

4 - 6 - 1964

CRITICA

EN EL PALACIO DE LA MUSICA GRAN EXITO DE MONTSERRAT CABA- LLE, EN UN ESCOGIDO RECITAL

Montserrat Caballé, nuestra eximia soprano, actuó anoche en nuestra primera sala de conciertos para los miembros de la Asociación de Cultura Musical.

La profunda admiración que Montserrat Caballé siente por Riccardo Strauss, se ha centrado este año en ella con la excusa del centenario de su nacimiento, al brindarnos excelentes interpretaciones de los "lieder" más expresivos del autor de "Elektra". Centenarios aparte, es lo cierto que nuestra gran soprano obtuvo ayer, con su actuación, uno de sus más resonantes triunfos de su carrera artística en el plano de la canción "pura", desvinculada del fenómeno escénico dentro del marco operístico.

La primera parte, dedicada íntegramente a Strauss, tuvo como sobresalientes títulos "Ruhe, meine Seele!", "Die Naacht", "Ich Liebe Dich", "Wiegenlied", "Ich Schwebte" y "Cacilie", entre otras no menos inspiradas canciones, en cuya interpretación nuestra paisana alcanzó límites de extraordinaria intencionalidad y matización. Pues, escuchando a Montserrat Caballé, asistimos al más sugestivo despliegue de personalidad y lirismo, donde queda prácticamente eliminado el elemento físico de la voz, como instrumento musical.

Debussy ocupó, en primer término, la segunda parte de este recital, con cuatro de sus mejores piezas vocales, sobresaliendo, empero, la exquisita sensibilidad que Montserrat Caballé supo infundir en "C'est l'extase langoureuse", "Mandoline" y "Beau Soir". "No lloréis ojuelos míos" y "Gracia mía", de Enrique Granados, hicieron de Montserrat Caballé a la intérprete ideal de nuestro famoso compositor, no ya por la pureza de la dicción, sino por el acento romántico que escuchamos en su línea melódica.

Con carácter de primera audición, nos ofreció Montserrat Caballé dos canciones de la Navidad latina, de Xavier Montsalvatge —"Deshecha de romance que cantaron los seraphines" (Fray Inigo de Mendoza o, según otros Fray Inigo el Trinitario), "Oração" (anónimo portugués)—, donde pudimos apreciar la exquisita factura que nuestro ilustre autor ha dado a estas canciones, ambas de un íntimo poder evocador. Creación y expresión, rivalizaron conjuntamente como factores esenciales de un arte de profunda concepción estética.

Finalmente, Montserrat Caballé interpretó, con inimitable estilo, dos inspiradas canciones de Joaquín Rodrigo, "Aire y donaire" y "De los álamos vengo, madre". La mentalidad serena, recogida y entera en su más noble alcance, inherente al arte de nuestro primer compositor patrio, tuvieron en Montserrat Caballé a la intérprete de facultades idóneas para ofrecernos su mejor y más equilibrada expresión.

Miguel Zanetti, como pianista acompañante, realizó una soberbia labor, llena de propiedad y ajuste a las exigencias de cada obra.

R. Bayod y Serrat

CRITICA

LOS CONCIERTOS

MONTSERRAT CABALLE EN LA ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

Montserrat Caballé ha pasado definitivamente la sutil pero decisiva frontera que separa una cantante con voz, temperamento y empuje, de una artista definitiva que ha llegado donde se proponía, templada tanto en la sala de conciertos como en el teatro. Su recital del miércoles en el Palacio de la Música fue una confirmación de que la intérprete de «lieder» y canciones está en el pleno dominio de aquellas facultades que caracterizan una verdadera concertista; la pureza jamás velada de la emisión vocal, la musicalidad y el más absoluto aplomo que se manifiestan en ella y producen al auditorio una sensación de tranquila seguridad y de confort, que permiten al que escucha interesarse por la belleza de la música transmitida sin sobresaltos, sin exceso temperamental, con una ponderación que acaso resulta un tanto académica pero que no resta encanto ni morbidez a la manera de decir de la artista.

Montserrat Caballé dedicó una parte del programa a las canciones de Richard Strauss, no tanto por conmemorarse este año el centenario del compositor germano, como para manifestar la predilección que siente por su obra, que transmite con particular intensidad expresiva. Logrando una admirable ductilidad de sonido, con unos agudos generosos y fulgentes y complaciéndose en el filado exquisito de ciertas frases, cantó con igual acierto los doce «lieder» straussianos escogidos de su extensa producción, poniendo el acento más convincente en «Schlechtes Wetter», que es una de las últimas melodías escritas por el compositor y que paradójicamente es la más tenue y ligera, mientras «Die Nacht» — también dicha con emotiva gravedad — pertenece a la opus 10 del artista, y es una de las más austeras. El éxito de estas versiones fue grande y le obligó a añadir el célebre «Morgen», en el que colaboró el violinista Manuel Calsina al lado de Miguel Zanetti en el acompañamiento.

Siguieron cuatro canciones de Debussy, de tanta densidad musical como literaria, dos de Granados y dos de Rodrigo, entre las cuales incluyó el estreno de otras dos compuestas por



Montserrat Caballé

quien esto escribe. Es obvio que de esta parte del programa no puedo hacer otro comentario que destacar la exquisita manera con que transmitió la versión musical de una «Oração» de autor portugués anónimo y el encanto fluido con que dijo las palabras que escribiera Fray Íñigo de Mendoza para una deshecha del «Romance» que cantaron la novena orden que es la de los seraphines, prodigio de la pretérita poesía castellana.

En estas obras, igual que en todo el programa, la intervención de Miguel Zanetti al piano fue de primerísima calidad. El acompañante, sin perder su condición de tal, impuso, junto a la irreprochable precisión de su técnica, un estilo noble y exquisito.

Hubo aplausos fervorosos durante el concierto y al final la temperatura de éstos se elevó hasta la temperatura de bravos, justificando la repetida sucesión de añadidos al programa, que terminaron con el evocador «Romance» de Santa Lúcia, de Toldrá. — M.

4 - 6 - 1964

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

TRIUNFAL ACTUACION DE MONTSERRAT CABALLE, ACOMPAÑADA DE MODO MAGNIFICO POR MIGUEL ZANETTI



Que la triunfal carrera ascendente de Montserrat Caballé ha alcanzado su cúspide quedó plenamente comprobado en su magnífico recital de anoche en el Palacio de la Música para la Asociación de Cultura Musical, pues sus privilegiadas dotes vocales brillaron más que nunca, en toda la plenitud de sensibilidad, técnica y matización. Justificados, por tanto, los recientes laureles conquistados por nuestra eximia cantante en Francia, Alemania, Suiza e Italia, a los que seguirán los que obtendrá indudablemente en su próxima gira artística por distintos países de América, tras la cual volverá a actuar en nuestro Gran Teatro del Liceo. A destacar la espléndida colaboración de ese joven y gran pianista que es Miguel Zanetti, acompañante excepcional a lo largo de todo el programa.

Quiso Montserrat Caballé rendir en este concierto tributo de homenaje a la memoria de Ricardo Strauss en el

centenario de su nacimiento, y estuvo en ello acertadísima, pues el gran compositor de Munich, aparte de sus extraordinarias dotes de sinfonista y operista, fue un apasionado compositor de "lieder" — escribió alrededor de 150 incluidos en diversos ciclos, y justamente Montserrat Caballé se ha manifestado siempre como la intérprete ideal de estas bellísimas canciones del músico alemán, influidas algunas de ellas por Schubert, Schumann y Brahms, pero sobre todo por Hugo Wolf, confiando, como éste, importante papel al acompañamiento pianístico.

¡Con qué idoneidad de acentos y matices cantó Montserrat Caballé los bien seleccionados "lieder" strausianos! El timbre purísimo de su voz privilegiada supo imprimir, merced a la ductilidad de su registro, toda la ambientación requerida por cada uno de ellos, con textos de Heine, Bierbaum, Henckell, Schack, Hart y otros poetas germanos. La gradación de matices no pudo ser más perfecta, pues si admiramos la dulzura emotiva de los "pianísimos" agudos en "Die Nacht" ("La noche") y en "Wiegenlied" ("Canción de cuna") y la agilidad vocal en "Staendchen" ("Serenata"), nos cautivó igualmente la espléndida potencia vibratoria en "Schlechtes Wetter" ("Mal tiempo"), de Heine, y la fogosidad temperamental puesta en "Ich liebe dich" ("Te amo"), con vigorosos acentos dramáticos. A subrayar, además, su depurada dicción en alemán, cuyo estudio, sin duda, ha perfeccionado últimamente.

Fue tan entusiasmáticamente aclamada al terminar esta primera parte, dedicada a Strauss, en unión de su mag-

nífico acompañante, Miguel Zanetti — íntimamente compenetrado con ella en técnica y sensibilidad —, que hubo de prolongarse aquella con una de las más bellas canciones de Strauss, "Morgen", en cuya emotiva interpretación intervino nuestro admirado violinista Manuel Calsina, que matizó exquisitamente la cautivadora melodía.

En la segunda parte mostró Montserrat Caballé los mayores aciertos al captar en canto y dicción de modo delicioso las sutilezas expresivas de cuatro canciones de Debussy, culminando en el "aria de Lia", de "L'enfant prodigue", con una logradísima riqueza de contrastes, que arrancó vibrantes "bravos". Después cantó con garboso aire "No lloréis, ojuelos míos" y "Gracia mía", de Granados, que fueron seguidas del estreno de dos inspiradas canciones de Montsalvatge: "Deshecha de romance que cantaron seraphines", de Iñigo de Mendoza, el franciscano poeta predilecto de Isabel la Católica, cuyos romances, villancicos e himnos han sido incluidos por Foulché-Delbosc en su "Cancionero castellano del siglo XV", y "Oração" (anónimo portugués). En ambas canciones fluyen unos acentos de tierna emotividad, amoldados al ambiente de cada una de ellas. Fueron cantadas de modo exquisito por Montserrat Caballé, que compartió los nutritivos aplausos con el autor, obligado a levantarse de su asiento para corresponder a aquéllos. A nosotros nos gustó muy especialmente el murmullo de los sutiles arabescos impresionistas del piano en la primera de estas canciones.

Tan brillante recital finalizó con la alegría impetuosa de dos canciones de Rodrigo: "Aire y donaire" y "De los Alamos vengo", interpretadas por nuestra gran soprano con tal galanura y emoción, juntamente con Miguel Zanetti — magnífico, volvemos a decir, a lo largo de toda su actuación — que el concierto hubo de ampliarse con varias canciones fuera de programa.

Manuel R. de Llauder

5 - 6 - 1964



MONTSERRAT CABALLE EN LA ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

Actualmente oímos cantar a todas horas; nos pasamos la vida oyendo canciones y cantantes. Pero ¡qué pocas veces oímos cantar como esta noche hemos oído a Montserrat Caballé!

Cantar con todas las reglas del arte; cantar con todas las potencias del espíritu; cantar con voz bella fundida en los puros moldes de una suprema técnica. ¡Eso es cantar! Así canta esta artista española, orgullo nuestro, ahora ya en la plenitud no sólo de sus espléndidas facultades naturales, sino con la madurez de una experiencia y con la exquisitez de un estilo propio.

Porque Montserrat Caballé no es la artista «simplemente» perfecta que se mueve dentro de la campana neumática de un depurado academicismo y se apoya en la ornamentación y la filigrana. Todo eso lo posee ella por añadidura. Montserrat Caballé, además de su gran estilo académico; además la galanura en la dicción y en la emisión de la voz; además de la maravillosa exquisitez en los matices, es un temperamento, es una personalidad interpretativa fuerte, definida, con características y perfiles inconfundibles.

Siente, comprende y por lo tanto penetra en las canciones. Vibra con el texto y con la música. Tiene un poderoso y finísimo sentido dramático, que pone en ignición todos los valores emotivos de un «lied», desde los más íntimos y delicados, hasta los más expansivos y patéticos. Su lírica es intensamente humana y por eso, paradójicamente, alcanza acentos celestiales.

Montserrat Caballé se sumerge en las canciones y las hace suyas; y haciéndolas suyas, entregándose a su libre inspiración interpretativa, es como resulta una fidelísima intérprete.

En conmemoración del primer centenario del nacimiento de Ricardo Strauss, cantó doce «lieder» del genio de Munich, abrumador programa por la suma de dificultades a vencer y de esfuerzos a realizar.

Pura y áurea resplandeció la honda poesía romántica de estas canciones, máximo exponente del romanticismo germano, captador de las más frágiles sutilezas del sentimiento, sin sensualidad y sin empalagosas afectaciones.

Como en un arco iris, en el cual existen todos los colores sin que sea posible encontrar las líneas que los separan, así brillaron en la voz de Montserrat Caballé todos los coloridos del matiz, desde los lejanos pianísimos violeta, hasta el rojo de los potentes fortísimos, limpios y audaces. Largamente ovacionada, cantó fuera de programa «Morgen» (Amanecer), también de Strauss, con la intervención acompañante, de violín, del que se encargó el eminente profesor Manuel Calzina.

Luego le oímos cuatro «lieder» de Debussy. Otro estilo, otra manera; la suprema elegancia intencionada del impresionismo francés y el dramatismo con sabor mitológico del «Aria de Lia», de «L'enfant prodigue», en la que hizo una magistral demostración de intensidad expresiva, sin la más mínima concesión al efectismo.

Siguieron canciones españolas de Granados; otra faceta de su dúctil adaptación a las más opuestas estéticas. Primera audición de «Dos canciones de la Natividad latina», de Montsalvatge, que esta vez se ha servido de un texto de Fray Inigo de Mendoza, el misterioso poeta confesor de Isabel la Católica, y de otro texto de autor anónimo portugués. Tanto el primero, titulado «Deshecha de romance que cantaron los serafines», como el segundo, titulado «Oração» (Oración) son dos felices realizaciones en las que el compositor, ha sabido crear una atmósfera sonora que evoca el ambiente de transición del medievo al Renacimiento (siglo XV) utilizando melodías de cadencia de sabor gregoriano, sobre una armonía gris y nebulosa. Fueron muy aplaudidas y el compositor hubo de levantarse a saludar.

Acabó el recital con dos deliciosas canciones de Rodrigo a las que Montserrat Caballé imprimió la vivacidad, la ternura, la gracia y la intención que requirieron, entusiasmando al auditorio.

Abrumada por inacabables ovaciones y bravos, llevó su generosidad al extremo de regalarnos otras cuatro canciones: una petenera popular, una canción suiza popular, y sendas canciones de Montsalvatge y Toldrá. La ovación final fue imponente.

Compartió el público agasajo, el pianista Miguel Zanetti, excelente acompañante poseedor de un verdadero virtuosismo, sin el cual no es posible afrontar la ejecución de las canciones de Strauss, exquisito matizador y artista especializado en esta delicada labor de dar fondo y apoyo a la voz, sin cubrirla. Su trabajo fue realmente admirable.

JAIME TORRENTS.

5 - 6 - 1964

VIDA MUSICAL

RECITAL POR LA SOPRANO MONTSERRAT CABALLE, EN EL PALACIO DE LA MUSICA

En verdad, es una cantante de excepción Montserrat Caballé. El «virtuosismo» vocal que ostenta en sus actuaciones es vivamente potestativo, no admite comparaciones; en sus modalidades técnico-declamatorias hácese ya acreedor al calificativo de insuperable.

En la proclamación de su arte vocal —igualmente apto para ser manifestado en la escena lírica, como dedicado a expresar la canción de cámara— la soprano barcelonesa lleva conquistados señalados triunfos, entre los cuales los obtenidos últimamente Lima —actuando con la Orquesta Sinfónica Nacional interpretó canciones de R. Strauss—, y en Lausanne, tuvo confiada la encarnación escénica de «Rosine», en la representación de «Las bodas de Figaro», de Mozart.

Nueva declaración de las virtudes que distinguen su personalidad artística ofreció Montserrat Caballé en el recital dedicado a los asociados a Cultura Musical, en la sesión celebrada por la entidad artística anteayer en el Palacio de la Música.

Su actuación vocal fue, en todo momento, una lección de lírico «bien decir»; interpretando las obras en programa, ella mostróse oradora musical de superior categoría.

Sus líricas dicciones presentaron la máxima exaltación declamatoria en las canciones de Richard Strauss. ¡Con qué efusiva comprensión tradujo los «lieder» straussianos!

De acuerdo con los románticos

sentimientos que les asignara su genial autor, expresó Montserrat Caballé los melodismos de la poética suite vocal. Con ardorosa pasión cantó, «Te amo»; en cordial recogimiento dijo, «Canción de cuna»; alroso curso asignó a su dicción de «Flotando» —a movimiento de vals—; pasionales acentuaciones expresivas fijó a, «Llevo mi amor»; procediendo triunfalmente su superexpresiva dicción de la canción titulada «Cecilia» —como si procediera de su propia fantasía declamó Montserrat Caballé «Si tú supieras lo que significa soñar con besos ardientes...».

Y, en la realización de su elocuente acción traductiva, la excepcional soprano conjugó apropiadamente sus armoniosas facultades vocales, plasmando vibrantes sonoridades en el registro agudo de su voz, y efectos sonoros de «plañisimos en sordina».

También estuvo notoriamente acertada Montserrat Caballé en sus interpretaciones de las restantes canciones inscritas en el programa de su recital, a todas las cuales asignó sus peculiares estilos expresivos mediante la práctica de apropiados fraseos.

«Ex íntimo corde» declamó las cuatro características canciones de Debussy; los elegantes melodismos que presentan, «No llores ojuelos míos», y «Gracia Mía», de Granados; las dos canciones de la Natividad latina, devotamente expresivas, de Montsalvatge —dadas en primera audición—; y las castizas melodías, «Aire y Donaire», y «De los Alamos vengo», de Rodrigo.

Montserrat Caballé fue largamente aplaudida y obsequiada con abundantes ramos de flores en el transcurso de su excepcional recital vocal, que realizó con la colaboración, al piano, de Miguel Zanetti, a quien hizo partícipe del homenaje recibido. (Es un perfecto concertista del piano Miguel Zanetti. Su colaboración instrumental no fue, de simple acompañante interpretativo.)

A. CATALA

21 de setiembre 1964

En la tarde del domingo se celebraron conjuntamente diversos conciertos, recitales y otros actos, que solamente podemos ya reseñar. En el Liceo se estrenó el «ballet» «Evocación», montado por Magriña sobre temas de las obras de Sibelius, el que nos reservamos de enjuiciar para su próxima representación, junto a «Julio César», la próxima semana, en la que en principio estaba prevista su presentación.

* * *

Miguel Tarrés, brillante alumno barcelonés del Conservatorio Municipal de Música, en el que recientemente ha sido galardonado con el premio extraordinario, posee un temperamento y un dominio técnico del instrumento ya muy notables, que prometen para muy pronto un concertista completo y de destacado porvenir. Su interpretación en el concierto de ayer tarde en el Colegio de Abogados, de un programa muy variado y de casi opuestas escuelas, sirvió para justificar lo merecido de sus triunfos y la complacencia con que se le escuchó.

* * *

La Asociación de Cultura Musical presentó a Abbey Simon, pianista norteamericano, que posee un temperamento netamente impetuoso. Sus interpretaciones se caracterizan por el vigoroso contraste entre brillantes y potentes pasajes, junto a otros en que la dulzura predomina hasta el extremo más sutil. Su técnica es de virtuoso de primera fila, lo que le permite una limpidez absoluta en los más difíciles pasajes. Fue muy merecidamente aplaudido, con el consabido alargamiento del programa con nuevas páginas.

* * *

El Ayuntamiento barcelonés ha organizado unos conciertos extraordinarios, con nuestra Orquesta Municipal, con motivo de las festividades navideñas, que se iniciaron el pasado viernes con uno con intervención de la Sociedad Coral de Bilbao, el que dirigido por su maestro Juan Cordero Castaños, ofreció el magnífico oratorio de Händel, «Israel en Egipto», así como las «Estampas vascas», de Jesús Guridi. Sabido es que Händel escribió diversos oratorios, de los que la culminación correspondió al popular «Mesías». No por la grandiosidad y divulgación de este último desmerecen los anteriores, y el que escuchamos posee magníficas condiciones de inspiración y grandilocuencia

muy estimable. La labor de la masa coral bilbaína fue magnífica, con una unanimidad en sus ataques, una uniformidad de voces en cada cuerda y un equilibrio de las mismas admirables. Domina el matiz y ofrece muy interesantes momentos en la interpretación. El maestro Cordero condujo a profesores y cantantes con gran autoridad, precisión de ademanes y un conocimiento de la partitura verdaderamente dignos de elogio. El concierto, con bastante más concurrencia que el viernes, se repitió ayer mañana con carácter popular y con el mismo o mayor éxito si cabe.

20 de septiembre 1964

MUSICA

ABREY SIMON

intérprete extraordinario

Los que allá por los años del 1925 tuvimos la inmensa dicha de escuchar a pianistas como Sauer, Friedman, Bauer, Rosenthal, Schnabel, Rislér, Cortot, Rubinstein, Brailowsky, etc., ¿qué nueve nombres!, así, en un momento, ¿podríamos señalar, tan rápidamente, hoy, nueve nombres con esa aureola? Nos encontramos en situación algo difícil para atrevernos a juzgar valores actuales, pensando en aquellos gloriosos pianistas. Naturalmente que hoy hay nombres que ocuparán los puestos de tan excelsos artistas: Claudio Arrau, Arturo Benedetti, Rudolf Firkušny, Alejandro Uninsky, por no citar más, aunque no demasiados, a pesar de haber actualmente muchísimos más pianistas que en aquellos años.

La técnica, como nos decía el gran intérprete de Beethoven, Paul Loyonet, es lo que impera dentro de la tendencia general pianística. Escuchamos a uno de estos pianistas con esa técnica soberbia, pero aun hay otro y otro y otro que le supera. Loyonet comentaba: «Una técnica muchísimo mayor que la mía, yo me equivoco frecuentemente pero el público justifica y perdona, estas equivocaciones, cuando hay un verdadero arte».

Este preámbulo nos sirve para llegar a la conclusión de que cuando un pianista como Abbey Simon está en posesión de una técnica tan brillante, tan perfecta, que unida a la profundidad interpretativa, a su extraordinaria musicalidad, a su capacidad de expresión y a su talento y temperamento, pueden darnos versiones de una tan gran dignidad como las que nos ofreció en trascendentales momentos de la Sonata núm. 31 «en la bemol» op. 110, de Beethoven, o en esa «Marcha fúnebre» de la Sonata núm. 2, «en si bemol» menor, de Chopin, o en la «Campanella» de Paganini-Liszt, que nos recordó, precisamente, la de Emil von Sauer, por su diaphanidad, por ese sonido cristalino, puro y al final y ya como «bis» aquella «Ondine», de Ravel, debemos rendirnos a la evidencia de que Abbey Simon es un extraordinario intérprete, de grande, enorme sensibilidad, serio, sin concesiones innecesarias y que está en la línea de esos nueve excelsos artistas que hemos mencionado al principio de la presente crónica.

El público de Asociación de Cultura Musical para quien actuaba Abbey Simon y a cuya entidad felicitamos por habernos dado la oportunidad de volver a escuchar a Abbey Simon no se entusiasmó, como en otras sesiones. Tal vez la coincidencia de tres actos, en el Palacio de la Música, además de la representación de ópera en el Liceo, produjo cierta fatiga en el auditorio impidiéndole entregarse a pesar del merecimiento del artista. Nos congratulamos de esas disposiciones de puntualidad, así como también de las adoptadas por la Junta Directiva de la «Cultural» en lo que a intermedios se refiere; deseamos se mantengan y se cumplan.

18 desembre 1964

CORREO DE LA



CONCIERTOS Y GRABACIONES

ABBEY SIMON. ASOCIACION
DE CULTURA MUSICAL
PALACIO DE LA MUSICA

Abbey Simon ha llegado a nuestra ciudad precedido de un sólido renombre. Abbey Simon, en el concierto del domingo pasado, hizo honor a su fama. Es un pianista norte-

las andanzas del don Juan anglo-hispánico en América, recuerdo muy bien que la historia termina con el ingreso del protagonista en una de tantas sectas religioso-acrobáticas que existen por aquellas partes del Nuevo Mundo, y que prometen el paraíso acá en la tierra, aguardando al celestial.



Leonora Milá

americano, dotado de una gran técnica (palabra horrible, sacada del mundo anti-arte, que hoy se ha convertido en la mutilación de todos los maestros de música y de todos los críticos de tres a un cuarto), y, además, eso es lo positivo, de un gran sentido de la «construcción» de la obra. Nos hizo pensar con su compatriota Van Cliburn, bajo este aspecto. El en esas latitudes, no se practica. «Os he explicado la composición y he producido la mejor calidad de sonido. ¿qué más queréis?» En Europa, se quiere, además, una entrega. Pero allí eso no es exigible. Existen unos «derechos del hombre», un puritanismo incompatible con tales efusiones de lo interior. La cuestión estriba en un caparazón impecable.

Además, al intérprete, lo hace un poco el público. En Norteamérica, un instrumentista tiene que ser, además de un buen artista, un bueno y sano atleta. Allí se da un gran valor a ciertas «performances». Involuntariamente, recuerdo un libro inglés, que leí hará cosa de treinta años, «Juan in America», escrito por un inglés (siento no recordar su nombre; pero la verdad es que nunca me he preocupado de hacer la ficha de mis lecturas con vistas a una exhibición cultural; lo que no deja de ser un pecado de egocentrismo por mi parte); el autor, inglés como he dicho, satiriza a sus primos los norteamericanos, e imagina al don Juan de Byron, o a un descendiente de éste, viajando en América e interfiriendo con la mujer norteamericana, más o menos convencional. La lista de sus aventuras es copiosa y picante. Una de sus conquistas, es una cantante que se gana su vida — y Juan, dócil y displicente, colabora con ella — cantando con su amante un dúo, subidos ambos a unos trapecios, para mezclar así lo estético y lo deportivo y espectacular. La cosa prosigue sin obstáculos hasta que a la prima donna se le ocurre mejorar el número. Ambos tendrán de cantar colgados en los trapecios por las piernas y de cabeza abajo. Juan, al fin y al cabo europeo, encuentra la «performance» excesiva y ridícula, lo cual es ocasión de ruptura con su amiga. Si al lector le interesa el acabamiento de

Ruego al lector que se tome esas remembranzas como una mera caricatura que son, más indicativa que literalmente exacta. Pero que pueden orientarle en lo que digo.

Abbey Simon interpretó una sonata op. 110 de Beethoven con una gran justeza y vida rítmica. En especial, la fuga estuvo construida espléndidamente, ensombreciendo ligeramente al Adagio que, a fin de cuentas, es el protagonista. El final fue de una contundencia muy beethoveniana. Igualmente estuvo acertado y digno en la sonata en si bemol menor de Chopin. En la célebre Marcha Fúnebre, hizo uso de un efecto no sé si inventado, pero ciertamente adoptado por Cortot, y que consiste en «acercar» mediante un crescendo, la Marcha al auditor y, después del Lamento cantable, «alejarla» con un disminuyendo simétrico, igual que si estuviésemos en el desfile del cortejo. El efecto es perfectamente lícito y eficaz dentro de lo simple e ingenioso.

En el resto del programa, la sonata de Prokofiev tuvo esa perfecta truculencia y vigor, y los Estudios de Liszt sobre los Caprichos de Paganini resultaron de un auténtico virtuosismo trascendente, con una ejecución impecable y segura, que es como deben ser esas cosas para dar de sí la gran belleza romántica de su contenido y de su brillante escritura.

Fuera de programa, Abbey Simon dio dos piezas, una de Chopin, y de Ravel la otra, con las mismas características de interpretación que las obras ejecutadas en el recital, uno de los bellos recitales de lo que va de temporada.

PAULINA ANGEL
ATENEU BARCELONES

En el ciclo de recitales que se dan en el Ateneu Barcelonés, en colaboración con las Juventudes Musicales — invisible, puesto que no nos fue dado ver nunca ninguno de sus miembros directivos en esos conciertos, como tampoco los del Ateneu, aunque de éste había, por lo menos, un ordenanza —, dio un concierto el pasado sábado, día 12, ante un numeroso público que llenaba la sala de actos de la docta casa, la joven pianista Paulina Angel, que recientemente ha obtenido medalla de plata en el

Concurso Internacional Viotti, de Vercelli, y ha sido obsequiada con una medalla de oro en la Sociedad de San Lucas, de Milán, con motivo de su actuación en ella, el pasado mes de octubre.

Paulina Angel es un valor musical que deberá ser tenido en cuenta de ahora en adelante. Posee una técnica limpia y clara y domina la interpretación con un buen gusto y una expresividad inteligentes. Su manera y su concepto destacan de la grisor que pulula en nuestros ambientes musicales barceloneses, más preocupados de apariencia (y ¡qué apariencia, vive Dios!) que de verdad. Interpretó excelentemente el Preludio y Fuga en mi bemol mayor, del segundo volumen del Clave bien temperado de J. S. Bach, y la difícil — musicalmente hablando — Sonata op. 2 núm. 2 en la mayor de Beethoven. Particularmente estuvo acertada en el «Largo appassionato», de un fraseo intenso y delicado, y en el «Rondo, grazioso» de un «toucher» excepcional.

En la segunda parte, escuchamos con placer el Estudio op. 10 núm. 6 de Chopin, estudio que plantea grandes problemas de equilibrio sonoro, la scherbia Novelette op. 21 número 8 de Schumann, expresada con el complejo lirismo que la obra schumanniana requiere y las danzas búlgaras de Bartók, con su juego sutil de ritmos y de raras, si bien sólidas armonías. Sobresalió la pianista en la simpática «Sonatina pour Ivette», de X. Montsalvatge, construida con una refinada simplicidad y una perfecta lógica constructiva y perfecto pianismo. Paulina Angel logró arrancar grandes aplausos del público traduciendo esas páginas modernas y vivientes, sin falsos hermetismos.

Fuera de programa, para corresponder a los reiterados signos de aprobación del público, interpretó «Minstrels», de Debussy.

DISCOS: LEONORA MILA.
HAENDEL (ALELUIA DEL MESIAS). BEETHOVEN: «EL CIELO GLORIFICA TU ETERNIDAD. NADALES POPULARES. CORAL SANT JORDI»

Estamos, desde hace tiempo, con deuda hacia las editoriales de discos que nos han favorecido con sus producciones. Con todos cumpliremos, si Dios quiere y la tipografía lo permite (que lo permitirá) en su día.

Hoy escogemos, del elenco, un disco en el que están grabadas obras de Chopin, Albéniz y Falla (Estudios op. 10, núm. 12, op. 10, núm. 5, y op. 25, núm. 12; El Puerto y Farruca, respectivamente). Leonora Milá, que todos los que siguen la vida musical de nuestra ciudad conocen cumplidamente, en todas esas obras hace gala de su estilo seguro, potente y equilibrado. Pese a su juventud, esa pianista posee una madurez y una autoridad nada comunes. No hay en ella ni un rastro del «ya está bé!», que es el pasaporte de los mediocres, por desgracia tan abundantes y cotizados desde el monumento de Colón al Tibidabo, y del Llobregat al Besós; mas, desconocidos en el resto.

Las Navidades nos han traído una colección de «nadales». Armonizadas por R. Shaw: «Fum, fum, fum», E. Ribó; «El cant dels ocells»; «Bella companyia», E. Cervera; y «El noi de la Mare»; y «El desembre congelat», de Eduardo Toldrà. Hermoso ramillete cantado con buen ajuste, afinación, elocución clara y expresión, por el excelente conjunto de proyección internacional «Coral Sant-

Jordi», que dirige el maestro Oriol Martorell.

También, mencionando obras corales, es de notar una grabación del «Aleluya», de Haendel, y del coro «El cielo glorifica tu eternidad», de Beethoven, composición menos conocida que la anterior, pero llena de una grandeza humana que la equipara a las mejores producciones religiosas del maestro. La ejecución, a cargo del Coro de la Catedral de Santa Eduwigis, de Berlín, la Orquesta Sinfónica de dicha ciudad, con la colaboración del organista Wolfgang Meyer y bajo la dirección de Karl Forster.

Rosendo LLATES

15 de setiembre 1964

LOS CONCIERTOS

El pianista Abbey Simon

En 1955, la Asociación de Cultura Musical presentó al pianista norteamericano Abbey Simon. La verdad es que al escucharle ahora de nuevo no recordábamos la impresión que entonces produjo y su actuación constituyó una verdadera sorpresa, muy agradable. Abbey Simon es un concertista fácilmente definible como típicamente norteamericano, pero esta clasificación, siendo acertada, es demasiado primaria para sugerir las características de una personalidad que se eleva mucho por encima del pianista «standard». Ciertamente, Abbey Simon se distingue primordialmente por la brillantísima perfección de su técnica. El mecanismo que domina lo aplica con tendencia a las percusiones contundentes en contraste con los resultados de una pulsación de increíble dulzura. Sus alternativas entre el fulgor sonoro y la filigrana sutil tienden a un cierto efectismo, pero ésta es la única reserva que haríamos a la categoría por tantos conceptos extraordinaria de su arte. Por lo demás, en este intérprete resulta admirable el dominio prodigioso de las resonancias y la facultad de enriquecer hasta el máximo el color tímbrico del piano, que en sus manos alcanza plenitudes orquestales y sugiere maravillosas y variadas sensaciones de profundidad, de potencia expresiva y de alada fluidez, según la música que interpreta.

La primera obra que le escuchamos (después de la «Sonata 110», de Beethoven, durante cuya ejecución los oyentes que se retrasaron unos escasos minutos respecto a la hora de empezar el concierto debimos permanecer confinados fuera de la sala) fue la «Sonata núme-

ro 2», de Chopin, en la que las particularidades del pianista se pusieron en total evidencia. Fue una interpretación de gran altura, con momentos de acierto máximo en los dos primeros movimientos, transmitidos con una elocuencia digna de los mejores especialistas chopinianos, con imprevistas contraposiciones de vigor y delicadeza en la «Marcha Fúnebre» y delicias de agilidad en el final.

La «Sonata número 3», de Prokofiev, Abbey Simon la dijo con una limpia plenitud que, no obstante, pasó algo inadvertida, pues hay que reconocer que la aludida sonata no es la mejor de las siete que compuso el compositor ruso. En cambio, los «Seis Estudios», de Paganini, que Liszt transcribió para piano (Liszt realizó un incalculable número de transcripciones, siendo la aludida una de las mejores), encontraron en la digitación del concertista unas realizaciones de auténtica perfección. El cúmulo de dificultades mecánicas de la obra fueron superadas con seguridad y limpieza absolutas. Ni los raudos arpeggios, ni las vertiginosas escalas cromáticas fueron enturbiadas por el más mínimo fallo y su vigoroso ataque no les restó agilidad ni carácter virtuosístico.

Los aplausos fueron muy insistentes, aunque no desbordados, como acostumbra pasar cuando el concertista viene precedido de una fama más popular. Consiguieron empero el regalo de un «Estudio» de Chopin, tocado con limpia resolución, y de «Ondine», de Ravel, en la que el artista reveló la exquisitez de una sensibilidad que en otras obras quedó un tanto ahogada por el fulgor de su técnica. — MONTSALVATGE.

15 de septiembre 1964

ABBEY SIMON, UN PIANISTA DE NUEVA ESCUELA

Han existido y existen innumerables tipos de pianista: el académico puro, atildado y frío; el charlatán sin sustancia; el frívolo remilgado; el orador afectado y pedante; el soñador nebuloso y lánguido; la máquina de tocar sin equivocarse; el acróbata atlético; el apasionado aplastante y el excéntrico espectacular. Frente a esos tipos defectuosos está el gran virtuoso y profundo intérprete, a la vez, fiel al compositor, a la obra y a sí mismo. Pero aún entre estos auténticos pianistas, que son una minoría, no es fácil hallar uno en el que no existan, por lo menos, indicios de algunas de las características de los tipos antes apuntados.

Después de escuchar a Abbey Simon hemos de reconocer que no nos es posible clasificarlo dentro de ninguna de esas categorías. Nos ha parecido un pianista «nuevo» o de nueva escuela, para calibrar al cual no nos sirven los tradicionales calibradores llamados mecánica, técnica, sensibilidad, personalidad, etcétera. Abbey Simon es un caso digno de muy atento estudio, que escapa a ese diagnóstico casi automático y «a ojo de buen cubero» que el crítico suele hacer, sin equivocarse casi nunca, a las primeras notas que el pianista desconocido pulsa sobre el teclado y que le permiten formular una definición de su estilo y de su calidad.

Si hubiésemos de definir a Simon en tres palabras diríamos que es un «pensador del piano». No porque parezca ensimismarse meditando, ni porque le falte la brillantez del que da la sensación de improvisar, sino por algo mucho más substantivo: porque nos produce la impresión de que, sobre todo, trata de descubrir y expresar todo aquello que, las notas, siendo clara expresión de sonidos, sólo pueden expresar de un modo jeroglífico: los intraductibles pensamientos del compositor.

Abbey Simon es una impresionante paradoja; funde la sobriedad con la vehemencia; la seriedad con la brillantez; la austeridad con la sensualidad; piensa y canta; sueña y calcula; busca el secreto de cada obra dentro de ésta y de sí mismo, a la vez.

En la «Sonata núm. 31, opus 110», de Beethoven, única sonata que no está dedicada a nadie, por su autor y que d'Indy califica de la más subjetiva de todas las sonatas beethovenianas Simon fue, en efecto, bastante subjetivo; se entregó a un decir, algo abstracto, serio, penetrante, esmaltado de delicadezas castas.

De la marcha fúnebre de la «Sonata núm. 2, opus 35», de Chopin, nos dio una versión nueva; atacó el primer tema en pianísimo y su reaparición, en fortísimo, con una robustez y un colorido orquestales, apartándose de lo consignado en el papel. Estas audacias serían harto discutibles en un pianista vulgar, pero Simon las realiza con una autoridad que se impone por sí misma, porque no trasluce un necio capricho de causar sensación, sino al contrario, el fervor y la fe con que un músico nos dice: yo la siento así. ¿No busca el fotógrafo ángulos nuevos para descubrir nuevas expresiones plásticas del mundo material ya conocido? Se nos figura que Simon, con algunas obras musicales humanas, trata de hacer algo semejante a lo que el fotógrafo hace con la creación de Dios. Al «Finale», famoso «presto» que, según algunos, imita el mugido del huracán, le dio un valor netamente impresionista.

En la «Sonata núm. 3, opus 28» de Prokofiev, pudo lucir un virtuosismo químicamente puro, sin complicaciones espirituales, porque esta obra carece de espíritu; es puro efectismo pianístico; pura charlatanería brillante. Y en los «Seis estudios» de Paganini-Liszt, reveló la faceta de una elocuencia, prisionera del virtuosismo, pero sobre la cual se proyectan luces románticas y sombras dramáticas. Su versión de «La campanella» fue de una diafanidad de cristal de roca. Fuera de programa, interpretó un «Estudio» de Chopin y «Ondine» de Ravel.

El auditorio le aplaudió mucho, muchísimo, pero no llegó al entusiasmo que creemos debía producir, en justicia, si los doctos oyentes no se parapetasen, tan rutinariamente como suelen hacerlo, tras clisés y tópicos, principios y definiciones, carentes de la necesaria flexibilidad, para comprender y medir, en todo su valor, la calidad y el estilo sorprendentes de este singular pianista.

La Asociación de Cultura Musical que lo ha presentado, puede sentirse satisfecha, Abbey Simon no es sensacional ni espectacular, pero ¿no

es mejor estremecerse que quedarse estupefacto?

La pianista Josefina Rigolfas, con la Banda Municipal

Josefina Rigolfas, que ha cursado sus estudios de piano con la eminente profesora Dolores Rosich, ha merecido mención de honor, por unanimidad del Tribunal, en las oposiciones al Premio Extraordinario de Piano, celebradas en el Conservatorio Superior Municipal de Música, de Barcelona y con este motivo la Banda Municipal la ha invitado a actuar como solista en el «Concierto en la menor, opus 16» para piano y orquesta, de Grieg.

Perfectamente identificada con el espíritu romántico, Josefina Rigolfas, dotada de una técnica pura y flexible y de una fina sensibilidad para matizar delicadamente, se cifó con soltura a las exigencias rítmicas y poéticas de la obra y logró una versión nítida y bellamente coloreada, demostrando que ha salido ya del capullo del academicismo y que posee una personalidad que, con el tiempo y la experiencia, ha de revelarse con acusados perfiles. Fue ovacionada y hubo de repetir el «Allergro» final.

La Banda, siempre admirable en calidad de sonido, en unanimidad interpretativa y en el logro de increíbles efectos sinfónicos, interpretó «Rosamunda» y la «Sinfonía inacabada», de Schubert; dos «Danzas húngaras», de Brahms y, en primera audición por ella, la emotiva sardana «Camí de l'església», de Luis María Solé. En el «Concierto» de Grieg, logró un ajuste perfecto con la solista.

La autoridad y la musicalidad del maestro Pich Santasusana, impulsaron, en todo momento, aquella nobleza de lenguaje y aquella calidad de estilo que caracterizan a nuestra Banda Municipal.

A. MENENDEZ ALEYXANDRE

IX RECITAL DE OTOÑO DEL "ESBART MARE NOSTRUM"

El «Esbart Mare Nostrum» celebró el pasado martes, en el Centro de San Luis Gonzaga, su tradicional Recital de Otoño. Integraban el programa una selección de danzas de muy diverso estilo, desde las exquisitas danzas de salón, pasando por los bailes de más puro sabor popular, hasta las pantomimas y danzas carnalescas, consiguiendo imprimir sus intérpretes el matiz que correspondía a cada una de ellas. Cabe destacar «Ball del Vano», «Morisca», «Ball de Déu» y «Ball de l'escombra». En la segunda parte, fueron ofrecidos bailes de fantasía: «Punta i taló», «Ball pla», «Contrapàs», del Maresme, y la «Fantasía Americana 1800» con «Cortesies» y «Ball de festeig», danzas de muy diversos contrastes, que pusieron a prueba la preparación de los componentes de este disciplinado conjunto de «dansaires», saliendo airoso en su cometido. Especial mención merece el cuadro «Festa de Carnestoltes», con tres danzas de Carnaval, que significaron una apoteósica rúbrica al festival. Fueron muy bien acogidos los estrenos de las coreografías de «Cortesies» y «Ball de la posta», creaciones de los directores coreográficos Manuel García Díaz y Margarita Argüés.

14 desembre 1964

En el Palacio de la Música

JOSEFINA RIGOLFAS Y LA BANDA MUNICIPAL. — EL PIANISTA NORTEAMERICANO ABBEY SIMON, EN LA "CULTURAL"

El Palacio de la Música registró otro lleno en el segundo concierto popular celebrado en la mañana de ayer, domingo y por la Banda Municipal. En esta ocasión contó con una admirable solista en el "Concierto en la menor", de Grieg, Josefina Rigolfas, que justificó los máximos galardones obtenidos, como digna discípula de María Dolores Rosich, en los distintos grados del Conservatorio Superior Municipal de Música y en el de virtuosismo del piano. En efecto, bajo las inteligentes y muy cuidadas consignas directrices del maestro Pich Santasusana, la romántica y brillante producción del compositor noruego obtuvo una versión llena de los mayores aciertos técnicos y expresivos, destacando la labor de la joven pianista de Igualada por la facilidad y dominio de mecanismo de que dió muestra en toda su parte, siempre con gran pulcritud digital y especialmente con extraordinaria agilidad de muñeca en las sucesiones de octavas rápidas en el primer tiempo, espléndidamente desarrollada la difícil cadencia. No le faltó emotividad en los líricos fraseos del "Adagio" ni sugestiva vivacidad rítmica en el "Allegro" final, que ante los insistentes aplausos, hubo de ser repetido.

El maestro Pich Santasusana, obtuvo, igualmente, unas idóneas traducciones de la obertura de "Rosamunda", de Schubert, de la "Octava Sinfonía" ("Inacabada"), de Schubert —; con qué suave ductilidad fue vertido el "Andante con moto", cosa difícil de conseguir, teniendo en cuenta las características instrumentales de la banda! — completando el programa las "Danzas húngaras núm. 1 y 6", de Brahms, interpretadas magistralmente en ritmo y expresión; y por último, la bella sardana "Camí de l'Esglesia", del llorado compositor Luis María Solé, fallecido en diciembre del pasado año. Esta última obra acusa la fresca inspiración y la habilidad de su autor en combinar el tema popular de la sardana con los emotivos sonos litúrgicos sin que falte el tañido de las campanas. La interpretación fue espléndida y valió al maestro Pich y a todos los profesores de la banda una clamorosa ovación final.

En la noche de ayer mismo, actuó para los afiliados a la Asociación de Cultura Musical y también en nuestra primera sala de conciertos, el joven pianista norteamericano Abbey Simon, discípulo de Joseph Hofmann, cuando este famoso pianista era director del Instituto "Curtis Institute", de Filadelfia.

A juzgar por su interpretación en las obras que pudimos oírle, Abbey Simon posee unas vigorosas facultades de mecanismo, más aptas para la brillantez del virtuosismo técnico que para la hondura y delicadeza de expresión. Así lo manifestó en la "Sonata núm. 2 en si bemol menor, op. 35", de Chopin, cuyos agitados tiempos extremos fueron vertidos con extraordinaria agilidad digital — sin que pueda contarse en su des-



ABBIEY SIMON

favor algún ligero "roce" — mientras faltó, a nuestro entender, dulzura emotiva en los fragmentos del "Doppio movimento" y de la "Marcha fúnebre", que así lo exigían.

Donde brillaron con más contundencia las citadas dotes del pianista americano fue en la segunda parte, en las que patentizó briosa pulsación al traducir el maquinismo que caracteriza la "Sonata núm. 3 en la menor", de Prokofieff y una excepcional facilidad de mecanismo en "Seis estudios", de Paganini-Liszt, cuyas complicaciones virtuosistas de todo género venció con aplomo y sin esfuerzo aparente, obteniendo del piano sonoridades orquestales.

Ante los prolongados aplausos, regaló un "Estudio" de Chopin y "Ondine" y "Brouillards", de Debussy.

Manuel R. de Llauder

Memorable concierto de la Orquesta Nacional de España

Madrid, 14. — El concierto de la Orquesta Nacional de España, en su programa matinal de domingo, en el Monumental Cinema, revistió caracteres de gran acontecimiento musical, con un programa dedicado íntegramente al maestro de Bonn, Lw. Beethoven, interpretándose la "Octava" y "Novena" sinfonías, que fueron aplaudidas con gran calor por toda la concurrencia, en número superior al de otros dominicos, ya que el público estaba en algunas localidades de pie. La "Novena Sinfonía" tuvo como principales intérpretes: Isabel Peñagos, soprano; Ruth Siewert, contralto; George Maran, tenor, y Rudolf Aue, bajo. El cuarteto solista puso todo el arte de que era capaz para lograr una versión adecuada en su actuación, completada con una colaboración muy destacada del Orfeón Pamplonés, que así se suma con toda justicia a las actividades musicales de la capital de España. También destaca la excelente labor del maestro Rafael Fruhback, quien

llevó todo el programa de memoria, logrando así la mayor riqueza de matices, altura de planos y conjunción entre orquesta, solistas y coro. La Orquesta Nacional de España estuvo, como siempre, a la altura de la importancia del acontecimiento que se celebraba, por la entrega a su labor interpretativa, sin reserva alguna.

Oposiciones a premios en el Conservatorio Superior de Música del Liceo

En las recientes oposiciones celebradas en el Conservatorio Superior de Música del Liceo, han obtenido premio los alumnos siguientes:

Piano sexto curso: Olga Fabregat, María Roca y Carmen Talleda, medalla.

Piano séptimo curso: Carmen Fornt, Cecilia Roma y Catalina Soler, Diploma.

Piano octavo curso: Olga Ruiz, medalla, y Mercedes Andrés y Juan Mujal, diploma.

Canto 6 curso: José M. Cabellud y Clotilde Miró, medalla.

Saxofón 6 curso: Carlos Varela, medalla.

Armonía 4 curso: Manuel Codina, diploma.

* **CRITICA de MUSICA***Asociación de Cultura Musical***Un intérprete-intérprete:
ABBEY SIMON**

Quería decir que Abbey Simon es un buen pianista, pero temo que el concepto resulte insuficiente para calificar a un concertista que toca mucho y bien. Dando al adjetivo su justo valor, Abbey Simon es acreedor a consideraciones estimativas por la honradez, nobleza y hondo servicio a la mejor condición interpretativa. Su estilo posiblemente no encenderá arrebatos entusiastas, pero convence por la autenticidad de un arte estrictamente musical, directo y ajeno al menor efectismo. En Abbey Simon hallamos un criterio interpretativo absolutamente sano, mesurado, sereno, sin concesiones extremas ni desmelenamientos que entrañan sólo el alarde. Si interpretar es comprender las sensaciones anímicas que el autor ha confiado a su obra y traducir ésta con absoluta fidelidad al estilo, creo que no puede pedirse mayor respeto ni más perfección de línea en el servicio al concepto.

Porque por musicalidad, capacidad expresiva, temperamento, sentido rítmico y talento pianístico Abbey Simon es un artista estupendamente dotado, dueño, además, de una sensibilidad y un buen gusto que excluyen cualquier efecto grosero en los momentos de mayor tensión y no permiten el amaneramiento en los que el «rubato» es imperativo inexcusable. Aparte cuestiones técnicas —de mecanismo y dominio de las posibilidades del instrumento que se dan con perfección admirable— la personalidad se orienta a una manera sobria, comedida y ponderada del uso de íntimas emotividades, expresadas con sutileza más que con arrebatos pasionales.

A tal respecto, su versión de la «Sonata número 2, en si bemol menor», de Chopin, fue modelo y lección de bien interpretar: con respeto, emoción, serenidad y vuelo lírico; sin enfermizos «rubatos» ni falsos romanticismos, pero tenso el matiz y penetrante la emoción. Oímos, pues, un Chopin romántico, dramático, incluso, pero varonil, entero, alejado de morbos al uso. Quizá con ganas de extremar el rigor crítico pudimos desear un punto de mayor efusión en la parte central de la «Marcha fúnebre», pero aun así, la versión fue realmente bella, aplaudida menos de lo que merecía.

Antes, las palmas habían premiado una excelente interpretación de la «Sonata número 31, en la bemol, op. 110», de Beethoven, en la que Abbey Simon supo situar en su justo punto la noble, fervorosa, enérgica, elevada poesía de esta deliciosa partitura. Prokofieff, con su «Sonata número 3, op. 28», en su «allegro tempestuoso» marcó uno de los puntos de mayor sutileza interpretativa del joven pianista norteamericano. El signo ondulante de este fragmento obtuvo una ejecución tan diáfana, tan perfecta de digitación y tan clara en su concepto que sería por sí sola motivo de auténtica admiración. Paganini-Lizst-virtuosismo... Si, también aquí el derroche de técnica, de mecanismo, se dio con generosidad, porque no cabe otra cosa. Y fue curioso comprobar como también puede tocarse la «Campanella» sin excentricidades ni contundencias sonoras, sin que por ello perdiera este estudio su condición vertiginosa ni su banalidad.

¿Aplausos? Sí, pero el público de la Cultural, que llenó totalmente el Palacio de la Música, no estuvo excesivamente pródigo en entusiasmo. No obstante, Abbey Simon hubo de ampliar su programa con tres interpretaciones no previstas.

Juan ARNAU

23 novembre 1964

MUSICA

YEHUDI MENUHIN EN BARCELONA. UNA TRIUNFAL «BOHEME» EN EL LICEO

Decir que la presentación de Yehudi Menuhin por la Asociación de Cultura Musical a sus miembros había despertado expectación, es reflejar fielmente el ambiente que se apreció en el Palacio de la Música el pasado lunes, lleno totalmente en todas sus localidades, y esta expectación subió de punto al aparecer el concertista en el estrado, saludado por una larga ovación. Su actuación se reducía a la intervención como solista en los «Conciertos para violín y orquesta en re menor», de Bach, y en re mayor, op. 61, de Beethoven, obras conocidas, que por ello son más propicias a su enjuiciamiento. Digamos desde ahora que el auditorio hubiera preferido un recital violinístico a estos conciertos, pero, no obstante, quedó satisfecho, ya que el concertista se prestó benévolo a corresponder a los bravos y a los unánimes aplausos, al final del concierto, añadiendo como extras a violín solo, dos tiempos de la «Tercera sonata», de Bach, donde mejor pudieron apreciarse sus condiciones de concertista.

Estas son, desde luego, insuperables, y comprendemos que durante tantos años haya sido aclamado como el número uno de los violinistas mundiales. Todo en él es corrección y rigor interpretativos, no se presta al fácil juego de la exhibición de facultades, tan relevantes en él, sino que contrae sus lógicos desbordamientos hasta anularlos totalmente en unas versiones de las obras que hemos de calificar como perfectas, sin la menor reserva. Llena totalmente su puesto, sin que la orquesta le desborde en ningún momento, y sabe también arrastrar a la misma con su influjo a compenetrarse

plenamente con su visión de las obras, que nos parece tan lógica, al compararla con nuestros recuerdos de numerosos concertistas que siempre han de imprimir su criterio personal, muy aceptable y efectista casi siempre, sobre lo que la página requiere, que da la sensación de sencillez y nos parece que traduce acertadamente nuestro propio criterio. ¡Difícil sencillez!

Fue, pues, este concierto de Menuhin un auténtico acontecimiento musical, que demuestra el interés de la Cultural por ofrecer a sus afiliados figuras de relieve mundial.

La Orquesta Sinfónica de Barcelona, que dirigió con todo acierto el maestro Rafael Ferrer, pareció, como hemos dicho, compenetrarse con el violinista, siguiendo con palpitante expresión los episodios de los dos conciertos. Previamente nos ofrecieron con igual interés y feliz resultado la «Sinfonía número 40 en sol menor», de Mozart.

22 novembre 1964

MUSICA

Triunfal actuación de YEHUDI MENUHIN

Hemos querido constatar si el éxito obtenido por Yehudi Menuhin en su actuación en el Palacio de la Música podría superarse y para ello nos hemos trasladado a Madrid para asistir al concierto que Menuhin realizó el pasado miércoles en el Monumental Cinema, ante una muchedumbre que sobrepasaba la cifra de las tres mil quinientas personas. Guardando la diferencia de proporción de asistentes, ambos conciertos han constituido, en Barcelona y Madrid, el acontecimiento más extraordinario de estas últimas temporadas. Las aclamaciones de estos dos públicos, Barcelona y Madrid, no se han diferenciado, en absoluto y quedarán como tributo a uno de los artistas que, en el momento actual, pasean por el mundo la grandeza de su arte.

Bach y Beethoven eran los autores elegidos por Menuhin para presentarse en Barcelona con orquesta y nos congratulamos de ello porque hemos podido apreciarle en estas dos interpretaciones que tan dispares criterios han merecido: Menuhin, ¿intérprete excepcional de Bach?, Menuhin, ¿excelso intérprete de Beethoven? Después de escucharle ese tiempo lento de Bach «vemos» la pureza de estilo, la esencia del espíritu, pero al mismo tiempo con una robustez de sonido extraordinaria. Recordamos a Casals, en Bach, y hemos de unir el nombre de Menuhin como intérprete capaz de aunar técnica y esa unción religiosa, a la par que un romanticismo depurado para lograr ese equilibrio exacto que Bach requiere. Por ello el público que abarrotaba el Palacio de la Música, se quedó con el ánimo suspenso después de escuchar el Concierto en mi mayor de Bach: aplausos inmensos, sin escándalo, como si aún se mantuviera en el aire las notas y pesaran sobre el impulso de los asistentes y al mismo tiempo los frenara.

Naturalmente que las ovaciones, los bravos, el entusiasmo inenarrable desbordó todo antes de terminar el «allegro» del Concierto en re mayor de Beethoven, ello era producto de lo anterior, de esa contención que se produjo al final de la primera

parte de tan memorable sesión. Entonces si Menuhin convenció con Bach y en Beethoven, el público, puesto en pie, le aclamaba por cuanto acababa de escuchar y obligó a aparecer en el escenario a Menuhin, al maestro Rafael Ferrer, a compartir este triunfal éxito también —con todo merecimiento— a los profesores de la Orquesta Sinfónica de Barcelona, que se superaron en esta ocasión, ¿cabe alguna duda de lo que fue su interpretación de ese inmenso Concierto de Beethoven? No; por ello, insistimos, Menuhin nos deja una imperecedera huella —muy difícil de olvidar— de su paso por Barcelona, precisamente interpretando esos dos nombres legendarios: Bach y Beethoven.

Asociación de Cultura Musical nos ha presentado a Yehudi Menuhin. Nuestro ambiente musical queda en deuda con esta benemérita entidad que no hace nada más que reafirmar, de concierto en concierto, y según vemos son 472 los celebrados en 33 años de actividad en Barcelona, sesiones como la del pasado día 16. Si la memoria no nos es infiel, en estos últimos años sus conciertos merecen señalarse, no sólo en el ambiente musical barcelonés, sino en el internacional, los nombres de Rubinstein, Francescatti, Dietrich Fischer-Dieskau, Brailowsky, Kempff, Gulda, Geza Anda, Trio de Trieste, Elisabeth Schwarzkopf, Orquestas de Cámara de Stuttgart, de Berlín, de Cámara de París, Ensemble Instrumental Barroque y otros y otros, han desfilado por estos conciertos de la «Cultura», coronados, hasta el momento presente, por este acontecimiento que ha constituido la actuación de Yehudi Menuhin.

ASE.

DESTINO

21 novembre 1964



MENUHIN, CASI VEINTE AÑOS DESPUES. — El gran violinista Yehudi Menuhin durante un ensayo en Barcelona; el genial violinista estuvo en Barcelona en 1935 y ahora ha retornado para triunfar nuevamente con el concierto de Beethoven, su obra maestra interpretativa. Célebre cuando niño, sigue hoy en el pedestal de la fama.

La alegría que pasa

MUSICA

por E. GISPERT

Menuhin, irregular y genial

LOS que conocen y siguen a Menuhin saben bien que este genial violinista no es exactamente un intérprete regular; saben asimismo que sus grandes mo-



Yehudi Menuhin

mentos de inspiración no llegan sino después de una búsqueda a menudo nerviosa y prolongada. Añádase que ha sido siempre mejor intérprete de Beethoven que

es difícil dar agilidad a esta obra, cuando se le aplica una orquesta numerosa. El primer movimiento, sobre todo, fue algo pesante, y en él Menuhin pareció sufrir una cierta incomodidad. Más encajados resultaron los dos tiempos restantes, si bien no era posible esperar que la voluntariosa labor de la orquesta estuviera a toda la altura de la circunstancia y Menuhin no llegó a entrar aún por completo en calor, ni rectificó sus habituales oscilaciones rítmicas, poco admisibles dentro de la interpretación bachiana.

Pero el Concierto de Beethoven nos mostraría a Menuhin en su «standard» máximo. Especialmente a partir de la primera gran cadencia, la riqueza sonora del solista, su unción expresiva, sus portentosos recursos técnicos, toda su inmensa personalidad, arrastraron a la orquesta, al público, a la obra, hacia zonas de suprema satisfacción artística. Este era el Menuhin esperado, el que hace bastantes años nos dejó, junto con Furtwängler, la más hermosa grabación del mismo concierto de Beethoven.

Nos unimos calurosamente a quienes agradecen a nuestra benemérita Cultural el inimaginable regalo de la visita de Menuhin. (Entre paréntesis, nos complace también en manifestar el entusiasmo que suscitan las próximas actuaciones anunciadas por la Asociación, entre las que destaca un sensacional concierto de Mstislav Rostropovitch, acaso el más importante violoncelista surgido después de Casals.) Volviendo, empero, a la actuación de Menuhin, el esfuerzo de nuestros organizadores al montar esta audición con orquesta, en lugar de un recital con piano, ha sido quizá mejor intencionado que oportuno. En todo caso, y aún tratándose de obras tan experimentadas, la colaboración con un solista de tanta categoría exige prolongados ensayos orquestales. Con ello

tuvo momentos de cuidadosa y devota compenetración con el protagonista.

Un excelente director español

AL margen del juicio que pueda recaer sobre cada una de las obras elegidas por el maestro Franco Gil para el segundo concierto de otoño de la Orquesta Municipal, la intención del programa, moderadamente contemporáneo y antirrutinario, nos parece muy plausible, y hubiera debido atraer mayor curiosidad pública. Para el que vive detalladamente el movimiento musical barcelonés, podía ser también un poderoso atractivo la confrontación con la gran orquesta de este director, al que conocíamos ventajosamente a través de sesiones de cámara.

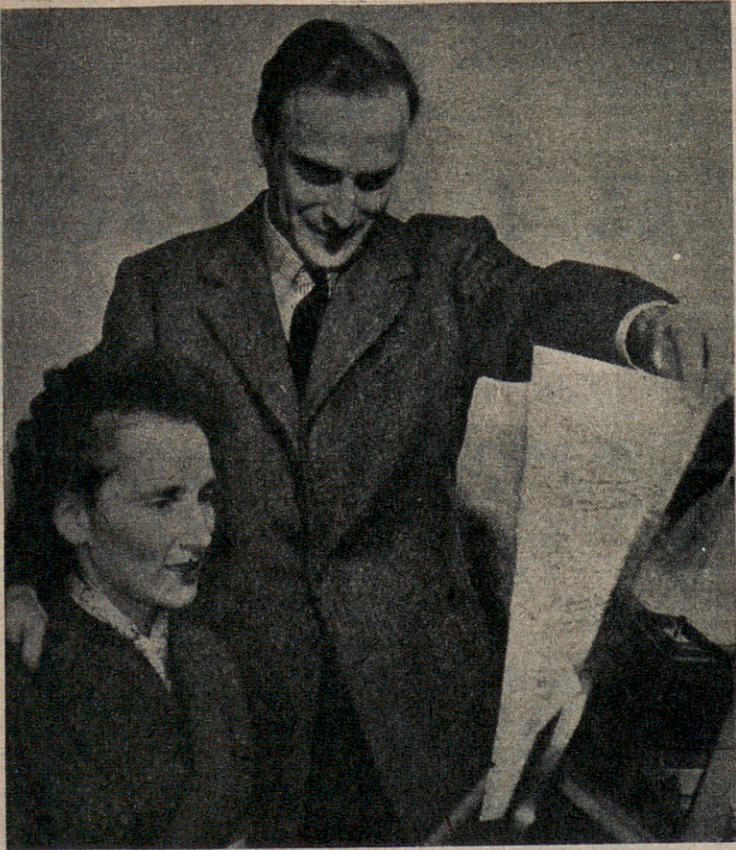
Franco Gil aumentó las buenas impresiones que de él teníamos. Es un director de conceptos claros y de órdenes eficientes. Su escueta honestidad musical rehúye todo exceso, y se produce sin énfasis ni vanos efectos; pero sabe hallar en cada caso el carácter, el tempo y el matiz expresivo oportunos. Obtuvo de la Orquesta Municipal un rendimiento notabilísimo y variado, y solamente podríamos reprocharle la aislada incertidumbre de algún gesto inicial.

Dos significativos ejemplos sinfónicos españoles abrían el

programa: las «Diez melodías vascas», de Guridi, y la «Partita 1958», de Montsalvatge. La agradable «suite» de Guridi pone de manifiesto la solidez de la escritura contrapuntística del compositor vasco, a la vez que la falta de unidad en las melodías. «Partita 1958», quizá la mejor obra orquestal de Xavier Montsalvatge, alterna fragmentos de noble elaboración con soluciones impacientes.

Toda la segunda parte estaba ocupada por la dilatadísima

Quinta Sinfonía de Shostakovich, que lleva el subtítulo de «respuesta de un artista soviético a justas críticas». Es la primera obra de la actual etapa del compositor ruso, en la que se pliega al servicio de una música de proyección comunitaria. El aliento posromántico de esta sinfonía sólo se quiebra en un allegretto caricaturesco, que es el movimiento más débil de la obra. En los tres tiempos restantes, la hinchazón y la reiteración disipan gran parte de la energía lírica.

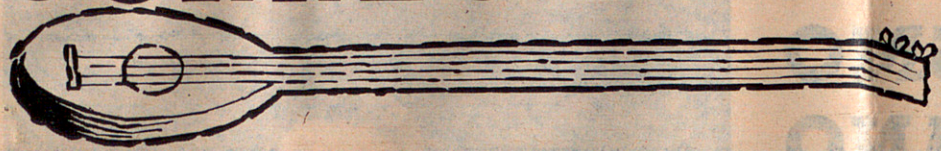


Menuhin con su hermana

de Bach, y convendremos en que su actuación del pasado lunes se ajustó a las previsiones normales. Así, pues, no podía alarmarnos demasiado la inicial tendencia rígida de Menuhin en el Concierto en «mi» de Bach. Por otra parte,

no quisiéramos regatear los merecimientos de la Orquesta Sinfónica de Barcelona que, dirigida por Rafael Ferrer, dio indudables pruebas de sus latentes posibilidades, y que, en particular durante el concierto de Beethoven,

CORREO DE LA



MUSICA

CONCIERTOS Y
DESCONCIERTOS

GYORGY CZIFRA

El Patronato Pro Música presentó el 11 de este mes un recital y homenaje dedicado al concertista húngaro Georgy Czifra, quien se había mostrado tan generoso para nuestra ciudad con motivo de las inundaciones del Vallés. Czifra, en el día 11, interpretaba la sonata de Beethoven, llamada en los países latinos Aurora; el Carnaval de Schumann; el Preludio, Coral y Fuga de César Franck; dos impromptus de Chopin; un Vals y la Rapsodia VI (de las octavas), de

Liszt. Con todo ello, nada tiene de extraño que, al acabar el concierto, ante las clamorosas ovaciones de sus devotos, alegase fatiga y no diese los acostumbrados regalos a que tan aficionados somos los barceloneses. Czifra es un pianista que, o se es entusiasta suyo, o no dice nada a otro tipo de auditorio. Inútil andarse con distingos. Su lema, como el de Prim, podría muy bien ser: «O caixa, o fal·la». Respetamos esa manera de ser.

JOSE MARIA FRANCO GIL,
CON LA MUNICIPAL

Un programa muy bien concebido, y que se sale de los habituales carriles sin pedantería ni extravagancia. Las «Diez melodías vascas», de Guridi, tan hermosas y con una instrumentación maciza, como de coro, instrumentación y armonización sólidas, bellas, recias, se diría fabricadas y talladas en roble y nogal. La «Partita», de Montsalvatge, ingeniosa, elegante, con un colorido caleidoscópico, en facetas de diamante, y una perfecta adecuación de lo armónico y lo tímbrico, todo ello servido por una escritura polifónica sin pesadez ni vanos artificios mecánicos. Montsalvatge, de entre todos los compositores catalanes, y hasta diremos peninsulares (contando Portugal) es el que posee más «esprits»; cualidad siempre loable y

más en nuestros días de «culto a la latosidad».

La quinta sinfonía de Chostakovich, es una gran obra maestra pese a su pesantor y a su monotonía eslava, que, de tan visibles como son, llegan a impresionarnos y a constituir casi un par de excelsas virtudes.

El maestro José María Franco Gil, longilíneo, de gesto aristocrático, es un director que sabe donde va y pone intensidad y alma a sus interpretaciones, sin desbaratar la construcción. Es, sobre todo, un gran ordenador de la dicción y pertenece al grupo de músicos que ya los antiguos adscribían a la tendencia constructiva de Orfeo, el príncipe pastor que, junto con sus ovejas, apacentaba a los tigres como si tal cosa.

YEHUDI MENUHIN, EN LA CULTURAL

Después de muchos años de ausencia, hemos tenido de nuevo a Yehudi Menuhin entre nosotros, gracias a los esfuerzos realizados por la Asociación de Cultura Musical, de Barcelona. Con él, en el concierto que dio en el Palacio de la Música, colaboraba la Orquesta Sinfónica de nuestra ciudad, bajo la batuta del maestro Rafael Ferrer. La circunstancia de que hiciese tanto tiempo que el violinista más celebrado de nuestros días no se había escuchado aquí,

añadía expectación al natural interés.

Menuhin pertenece a la escasa categoría de los que «son de veras». Nada espectacular; pero con un poder extraordinario, procedente de la perfección y penetración del sonido, purísimo; la afinación, precisa, y la dicción perfecta, sin afectaciones ni exhibiciones intempestivas de ejecución.

Interpretó dos obras de gran empeño: el Concierto en mi mayor, de Bach, y el concierto



El pianista Czifra con su perrazo

para violín de Beethoven. La verdad y la profundidad con que las expresó, pese a la ausencia de toda teatralidad, y quizá por eso mismo, resultaban sencillamente estremecedoras. Dio, fuera de programa, un preludio y una bourrée de J. S. Bach, para violín solo, que tal vez fue lo mejor de la velada, por cuanto, libre, entregado a sí mismo, su

arte podía respirar más a sus anchas.

En el Palacio de la Música estaba todo el público de las grandes ocasiones, que aplaudió a rabiar, entusiasmado.

Completó el programa una ajustada versión de la célebre sinfonía en sol menor de Mozart. Bien por el director y la orquesta.

¿QUE SIGNIFICA EL «TEATRO INSTRUMENTAL»?

La semana pasada, la Asociación francesa «Domaine Musical», que tiene por objeto dar a conocer la música de los contemporáneos y de lo que se llama, en general, la «vanguardia», organizó un concierto en dos partes, incluyendo, la primera de ellas, lieder para canto y piano de Webern, cultivador refinado de esa consecuencia suprema del romanticismo que se llama atonalismo y música serial, hoy ya perteneciente al pasado y sobre cuyos cultivadores se comienza a poder discernir entre el grano y la paja. Webern es de los que quedarán como escasos testigos de un arte sutil y ultra-sabio que ha tenido su tiempo y que hoy ya se fabrica en cantidades industriales y a precios populares al alcance de todos los bolsillos artísticos. Algo así como la pintura abstracta.

En la segunda parte, pudo el público asistir a una producción de Mauricio Kagel, músico argentino, sin duda de origen teutónico y que realiza sus estudios en Colonia. Se intitula «Sobre la escena» y pertenece al género llamado por su autor «Teatro instrumental». Robert Sichoan, en «Le Monde», nos explica la cosa:

«Fórmula (dicho teatro instrumental) que ofrece de particu-

lar el que, además del mimo (artista mimico), del cantante y del actor, los instrumentistas, en número de tres, están dotados de una «vida escénica»... si es que se puede llamar así el hecho de examinar de una manera ostentosa, bajo todos sus ángulos al piano y su taburete giratorio, como si se contemplasen esos objetos por primera vez en la vida; o el pasearse entre los pupitres golpeando, al pasar, tal o cual instrumento — juego de campanas o xilófono —; o el cantar vuelto de espaldas al público; o el dar sustos al conferenciante... porque hay un conferenciante que recita en alemán frases sin pies ni cabeza, pretendidamente entresacadas a críticos o a estudios pseudo-científicos sobre el arte musical contemporáneo y que yuxtapuestas, truncadas, desmembradas, pretenden — lo dice así el programa — imitar el estado de confusión mental de toda clase de literatura que tiene a la música por objeto.»

«Durante todo el tiempo, el mimo expresa con signos las reacciones del auditorio... pasando volublemente del entu-



Yehudi Menuhin, a la izquierda, con otro gran violinista: David Oistrakh

VIDA MUSICAL

ACTUACION DEL VIOLINISTA JEHUDI MENUHIN Y DE LA ORQUESTA SINFONICA DE BARCELONA, BAJO LA DIRECCION DEL MAESTRO RAFAEL FERRER, PARA «ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL»

La segunda sesión del actual curso celebrada por «Asociación de Cultura Musical» anteanoche en el Palacio de la Música, tuvo por primordial atractivo artístico la actuación del famoso violinista Jehudi Menuhin, quien había actuado por primera vez en nuestra ciudad el año 1935.

Para la presentación de sus aptitudes concertísticas, mediante el violín, a los asociados a Cultura Musical, Jehudi Menuhin seleccionó dos obras superiormente apropiadas para realizar esta su acción artística: «Concierto en Mi mayor, para violín y orquesta», de Bach, y «Concierto en Re mayor, para violín y orquesta», de Beethoven. Que es excepcional «virtuoso» del violín lo puso diáfamanamente de manifiesto el célebre artista en sus traducciones instrumentales de las partecillas solistas de los citados Concier-tos. Por lo que se refiere al tecnicismo violinístico que acredita Menuhin —del que es absoluto dominador— cabe consignar que, en su actuación concertística, sus dedos plasmaron en las cuerdas del violín una copiosa sucesión de conjugaciones rítmicas; el juego del arco,

sonoridades armoniosas, vibrantes. Y, la afinación siempre perfecta.

La versión instrumental que ofreció Menuhin de la partecilla bachiana fue sin duda, su mejor acierto interpretativo. En su primerísima acción traductiva quedaron en la mayor evidencia el cortesano estilo declamatorio de la obra, los polifonismos que recogen los tres tiempos del Concierto. Admirable, modélicamente expresiva procedió su dición del inspirado «Adagio».

Como protagonista interpretativo del Concierto de Beethoven, Menuhin realizó una acción traductiva acentuadamente peculiar, en la que hizo gala, ante todo, de su imponente tecnicismo instrumental, practicando en el violín toda suerte de airoas escalas cromáticas, octavas, trinos...

Tal vez hubiera sido de desear en esta interpretación beethoviana —fue una versión depurada— la adjudicación de expresividades en mayor grado vigorosas, y que las exposiciones discursivas de los tres tiempos no procedieran en tan lentos movimientos.

La magnífica declaración de su excepcional «virtuosismo» violinístico ofrecida por Jehudi Menuhin mereció las entusiastas demostra-

ciones admirativas prodigadas por el numerosísimo concurso de asociados, a cuyo homenaje correspondió el insigne artista interpretando dos obras a violín solo.

La Orquesta Sinfónica de Barcelona, dirigida por el maestro Rafael Ferrer, prestó correcta colaboración interpretativa a la actuación concertística de Menuhin, en las audiciones de los Concier-tos de Bach y de Beethoven, interpretando, en el inicio de la selecta velada musical la «Sinfonía N. 40. en Sol menor» de Mozart, una de las obras más representativas del característico sinfonismo del genio.

A. CATALA

Actividades de las Juventudes Musicales de Barcelona

Prosiguiendo el esfuerzo desarrollado por las Juventudes Musicales de Barcelona al organizar el II Festival Internacional de Música y el ciclo de conciertos dedicados al maestro Eduardo Toldrá, hoy se iniciará en el local social el cursillo de iniciación a la Música, a cargo de don Luis Ortiz. Las sesiones tendrán efecto a las ocho menos cuarto.

El día 25, en el Palacio de la Música, será inaugurado el III Ciclo de Audiciones para Iniciación de los Escolares, dedicado a «Las Formas Musicales», con «La Sonata», con participación del pianista Antonio Besses y comentarios a cargo de Jorge Roch. El acto comenzará a las once, y se interpretarán obras de Scarlatti, Soler, Mozart, Beethoven, Chopin y Brahms.

«Diario de Barcelona»

18 Noviembre 1964

EN EL PALACIO DE LA MUSICA

Señalado éxito de Yehudi Menuhin, con la Orquesta Sinfónica de Barcelona

Yehudi Menuhin reapareció ante el público barcelonés en la audición que "Asociación de Cultura Musical" ofreció a sus afiliados, celebrada anteanoche en el Palacio de la Música.

Con el buen recuerdo de su presentación en España —precisamente en Barcelona— en el mes de diciembre de 1935, nos trajo este famoso virtuoso del violín la presencia personal de su arte extraordinario, a través de un programa de gran interés. El público, como era ya de suponer, acudió en masa al "Palau" para escuchar en Menuhin una música por encima de todo situada más allá de la mera exhibición estilística.

POR ENCIMA DE TODO, MUSICO

La técnica interpretativa de Menuhin, diríase que por su estrecha, íntima funcionalidad con el valor musical al que sirve, ha quedado un tanto ajena a ciertos dictados de mecanismo y exactitud sonora —desde el punto de vista del fenómeno físico— que han acaparado en los últimos años la atención y objetivos de muchos violinistas. Quiere esto decir, que el impacto de la despersonalización —deshumanización del arte diría Ortega— del artista en beneficio de formas técnicas de suma frialdad, no ha hecho mella en el fino espíritu de Menuhin. Su misma técnica del arco— en algunos momentos matizada incluso por una rudeza espontánea, elemental— nos revela hasta que punto este virtuoso, que por encima de todo es músico, continúa unida a ese instante maravilloso y creador del divino arte en que el instrumento, el medio de realización, permanece subordinado a los imperativos del hombre. Produce de tal suerte ese fenómeno de tan honda trascendencia para el arte de nuestro tiempo, como es la humanización de todo aquello que, nacido del espíritu del hombre, queda sumergido muchas veces en simple presencia del imperativo lógico, despojado de toda intencionalidad.

OBRAS FUNDAMENTALES

Dos obras fundamentales para calibrar cumplidamente la ejecutoria de un artista escogió Yehudi Menuhin para esta velada. El "Concierto en mi mayor", de J. S. Bach, y el "Concierto en re mayor, Op. 61", de Beethoven. La serenidad y pulcra medida del estilo clásico y la fuerza poderosa del romanticismo.

Con plena conciencia del papel que el instrumento solista desempeña en el conjunto orquestal, Menuhin se subordinó con enorme humildad —elocuente símbolo de su magisterio ejemplar— al interés de la obra y, con ella, al respeto que merece la figura de Juan Sebastián Bach. Bástenos señalar, para ello, la forma con que ejecutó su parti-

cela en el "Adagio", tiempo en el que el violín, más que en auténticas funciones de solista —el concepto del "solo" es, en rigor, una conquista formal del romanticismo— adquiere una función paralela al discurso de la orquesta, viniendo a ser en determinados momentos una sublimación, en términos de individualizado acento, del desarrollo melódico.

INDISCUTIBLE EXITO

De igual forma, el "Concierto" de Beethoven tuvo en Menuhin un magnífico intérprete. Y, naturalmente, la acogida que le dispensó el público fue la prueba unánime de su indiscutible triunfo; ovaciones a las que amablemente correspondió con el "Preludio" y la "Gavota", pertenecientes a la "Partita en mi mayor", de Bach.

La "Sinfonía n.º 40, en sol menor", de Mozart, completó el contenido del programa, y de ella nos ofreció la Orquesta Sinfónica de Barcelona, al igual que de las dos obras citadas, una notable versión. El maestro Rafael Ferrer, desempeñó un meritorio papel, cuidando con evidente eficacia la integración armónica entre madera, metal, cuerda y percusión.

R. Bayod y Serrat

"Solidaridad Nacional"

18 November 1964

Finalmente, Yehudi Menuhin en el Palacio de la Música

Su concierto para la «Cultural» fue una inolvidable manifestación de veracidad y sobriedad interpretativa



Menuhin después de una de sus interpretaciones

La vuelta de Yehudi Menuhin a nuestra primera sala de conciertos, bajo los auspicios de la «Asociación de Cultura Musical», era esperada con indecible expectación, sólo equivalente —si no superior— a la que despertó hace unos años la presentación de David Oistrak y la reaparición de Rubinstein o Segovia después de la guerra española. El famoso violinista norteamericano de origen turco, no había actuado en Barcelona desde 1935, pero en torno a su nombre —protagonista constante en gran parte de las manifestaciones musicales internacionales, gran figura de los Festivales Europeos de los últimos años— se formó y sigue manteniéndose íntegramente una aureola mítica tras el cual muchos de sus admiradores de aquí han andado por esos mundos, de Bath y Aldeburgh a Edimburgh, de Prades a Granada, para mantener contacto con su arte y conocer de cerca su evolución. Menuhin es pues, un concertista estimadísimo en Barcelona, igual que en todas partes. Su aparición en el estrado del Palacio de la Música fue recibida con una calurosa y prolongada salva de aplausos que fue el preludio de sus dos interpretaciones como solista de la Orquesta Sinfónica dirigida por Rafael Ferrer: el «Concierto en mi mayor», de Bach y el «Opus. 61 en re mayor», de Beethoven. A estas obras siguieron dos regalos; el artista, aclamado al final incesantemente con efusión de bravos inflamados, accedió a tocar el Preludio y la Gavota de la tercera sonata para violín solo, con lo que las manifestaciones de simpatía redoblaron.

Al margen del entusiasmo desbordado, Menuhin desorientó un poco. No estamos acostumbrados a un arte como el suyo, tan antiefectista, tan estrictamente sometido a una escuela violinística de la que quedan pocos representantes. Heredero por partes iguales del rigor técnico de Heifetz y del espíritu cultivado y europeísta de Kreisler; continuador de su maestro directo George Enesco, del que aprendió a convertir en música auténtica el puro juego de la facilidad mecánica, Menuhin ha madurado su personalidad esencialmente musical a lo largo de treinta años de estudio y de ininterrumpido contacto con los auditorios de todas las latitudes. Sobreponiéndose a influencias y a la tentación del divismo

al que estaba inclinado por gracia de sus prodigiosas facultades, ha trabajado constantemente con una fe casi mística las particularidades más esenciales de su oficio. Ha practicado y practica periódicamente la música íntima, formando parte de tríos, cuartetos y pequeñas agrupaciones, dirigiendo y orientando una reducida orquesta de cámara creada por él, interesándose por la pedagogía, formando en su residencia de verano de Gstaad un grupo de devotos seguidores en el empeño de despojar la interpretación musical de toda artificiosidad y de cualquier intención que no sea la de desentrañar sus más recónditas y profundas esencias.

Por esto, el arte de Yehudi Menuhin carece de espectacularidad y acaso hubiese impresionado más rotundamente sin el complemento de la orquesta, al lado de la cual parecía contraerse como evitando una dispersión obligada por la naturaleza colorista del acompañamiento sinfónico.

Aparte de estas consideraciones, todo fue admirable, aleccionador en las interpretaciones de Menuhin; la sonoridad robusta de su «Stradivarius», tañido con magistral aplomo y al propio tiempo con momentos de extraña convulsión lírica; la sobriedad de la melodía bachiana con una limpia y concreta articulación de cada nota y un elevado sentimiento clásico en cada frase; el nervio expresivo en el Concierto de Beethoven, palpitante y contenido, y finalmente el fulgor del Preludio de Bach y hasta una cierta crispada fatiga que intuimos en la versión de la Gavota perteneciente a la misma Sonata en mi mayor. Pocas veces una interpretación nos ha conmovido tan hondamente y nos ha parecido tan espiritual y tan humana.

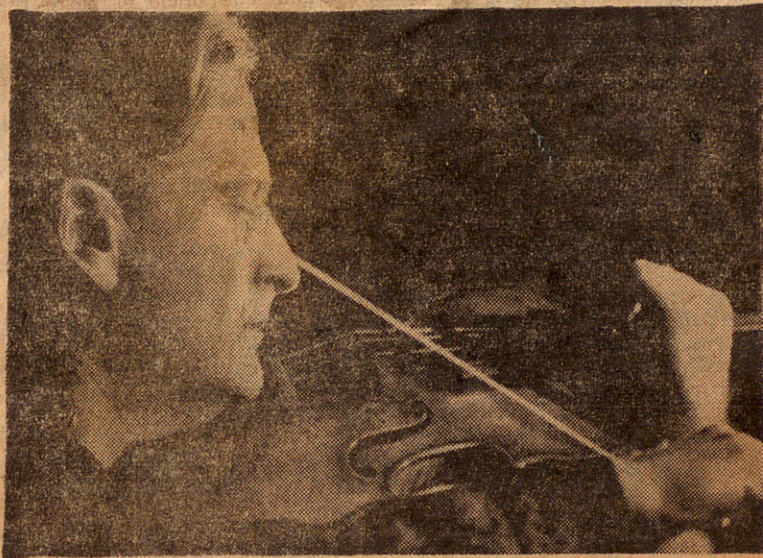
El concurso de la Orquesta Sinfónica y la dirección del maestro Rafael Ferrer reveló el máximo esfuerzo para ponerse al nivel de las circunstancias. Tanto en la inicial «Sinfonía número 40», de Mozart, como en los Conciertos con el solista, el conjunto estuvo notablemente ajustado, un tanto apagado en el sonido como por temor de evaporar la atmósfera de prodigio musical creada por el violinista.

Xavier MONTSALVATGE

« La Vanguardia »

18 November 1964

Yehudi Menuhin, nuevamente en Barcelona



Para el público afiliado en la "Asociación de Cultura Musical", reapareció anoche en Barcelona, en el Palacio de la Música, el famoso violinista, Yehudi Menuhin.

Este extraordinario virtuoso del arco, que hizo su presentación en España, concretamente en nuestra ciudad, el año 1935, obtuvo en esta velada un resonante triunfo, como solista de dos grandes obras del repertorio violinístico: el "Concierto en Mi mayor", de J. S. Bach, y el "Concierto en Re mayor", de Beethoven. Dirigió la audición el maestro Rafael Ferrer, al frente de la Orquesta Sinfónica de Barcelona, completando el programa la no menos célebre "Sinfonía núm. 40, en sol menor", de Mozart. Nuevo y merecido éxito el de Yehudi Menuhin, que cuenta ya con más de treinta años de actividad concertística en todo el mundo.

“Solidaridad Nacional”

17 November 1964

Asoc. CULTURA MUSICAL

Esta noche, 10'15. Palacio de la Música
Concierto núm. 472

MENUHIN
violinista

Orquesta Sinfónica
Dtor.: Mtro. RAFAEL FERRER

Exclusivamente socios
Vía Layetana, 113, 1.º, 2.º

"El Noticiero Universal >>

16 Noviembre 1964

Asoc. CULTURA MUSICAL

Esta noche, 10'15 - Palacio de la Música

MENUHIN

violinista

Orquesta Sinfónica

Dtor.: Mtro. RAFAEL FERRER

Exclusivamente socios

Vía Layetana, 113, 1.º, 2.º

Asoc. CULTURA MUSICAL

"La Hoja del Lunes"

16 Noviembre 1.964



PAGINA DE LA MUSICA

DESDE MADRID

Triunfales estrenos de las sinfonías «Aitana» y «Don Rodrigo», en la clausura del I Festival de América y España

REPRESENTACION ESCENICA DEL «RETABLE», DE FALLA, Y OBRAS DE RODRIGO, MOMPOU, HALFFTER Y CORDERO

Sin duda, el concierto mejor interpretado, el más brillante, el de conjunto más feliz entre los que integraron el ciclo del primer Festival de América y España, fue el de clausura. Al margen de una «Sinfonía» del panameño Roque Cordero en la que la voluntad de contrastes y el dramatismo buscado no prende por lo abrupto y ruidoso del discurso; al margen, también, de las «Secuencias» de Cristóbal Halffter, ya comentada con amplitud en las páginas musicales de LA VANGUARDIA, sin olvidar los saludos de ambos autores ante las ovaciones de la concurrencia que abarrotaba el Teatro del Ministerio de Información y Turismo, cuatro motivos apocan el carácter de acontecimiento

su pulso de artista maduro, dueño de grandes recursos y con efusividad que salva, incluso, la agreste corteza disonante, como la emoción esta noche venía la voz ruda y el ademán seco.

Emoción bien legítima. Porque su obra consiguió una versión de alto, altísimo nivel, perfectamente sentida por Fröhbeck y con la Nacional en maravillosa prestación desde los grandes solistas, flauta y oboe, al instrumentista último. Porque el público se rindió sin reservas. Porque, en fin, la palabra fervorosa, justa, documentada y humanísima del ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne, prologó la imposición realizada por él de las insignias

mu fructífera en el futuro. Por otra parte, se habla ya de que el Festival no será empeño aislado. Y en su continuidad tenemos todos puestas las mayores esperanzas. ¡Enhorabuena y adelante!

Antonio FERNANDEZ-CID



Oscar Esplá en el intermedio del concierto en que dio a conocer su Sinfonía Aitana

de la sesión: el estreno de la «Sinfonía de don Rodrigo», de Alberto Ginastera; el de la «Sinfonía Aitana», de Oscar Esplá; el homenaje rendido al compositor alicantino; la espléndida contribución de la Orquesta Nacional y su maestro, Rafael Fröhbeck, a los que se debieron las ejecuciones coherentes, claras, brillantísimas y cuidadosas en el matiz y el estilo.

Alberto Ginastera, destinatario de uno de los «encargos» —recuérdese que el otro recayó en Ernesto Halffter— del Festival, ha cumplido su compromiso con una elaboración nueva, inteligentísima, de materiales contenidos en su ópera «Don Rodrigo», estrenada en el Teatro Colón, de Buenos Aires, todavía no hace cuatro meses. Tres fragmentos se brindan con identidad en el procedimiento: introducción orquestal y aria sucesiva de soprano. Aria que, adviértase inmediatamente, no quiere decir romanza en el estilo tradicional. La voz recita, declama; a veces habla, frasea, entona o, decididamente, canta. Sus relatos, muy distintos, nos hablan con versos de Casona —presente y ovacionado— de la «noche», de la carta escrita por «Florinda» a su padre y, en fin, de las «verdes Asturias», evocadas con muy contagiosa emoción. Más, todavía, de la intervención de la solista, resuelta con facultades y temperamento por Sofía Bandín, lo que importa es la prestación del conjunto instrumental nutridísimo. Y, dentro de sus cometidos, los del primer número, delicioso en el cuidado «timbrico» de la percusión, tan rica y nutrida como refinada. Lo que más alcanza el favor del público es el efecto final, cuando varios campanólogos, situados en muy distintos lugares —en escena, en platea, en anfiteatro— nos envuelven con sonoridades de efecto estereofónico y contagiosa fuerza. Ginastera, nada tímido en el léxico de filiación serial, se produce con esa firme autoridad capaz de que todos, incluso los menos propicios, cedan a su atractivo.

Oscar Esplá, en cambio, sigue como apóstol de la tonalidad y paladín de su tierra. Levante. Es cuando la evoca y recuerda, cuando escribe con el espíritu cerca de esos aromas inconfundibles sin necesidad de ser populares, cuando alcanza en sus obras mejores calidades, que titula «Invocación» en donde el estreno consigue elevarse a regiones de arte supremo. Recorramos al mejor Esplá de «La Nochebuena del Diablo», el más tierno en el melodismo poético, en la armonización sensible, la instrumentación quíntaesenciada y la modulación de raro encanto. Quizás en el «allegro enérgico» se limite un poco la belleza, que retorna en un «andante» fugado con voluntad expresiva y en el tiempo último, en el que parecen asomar ritmos y tonadas regionales sin apoyaturas «folclóricas». Esplá, una vez más, luce

de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, que viene así a exaltar la personalidad de uno de nuestros más grandes artistas actuales.

En la penúltima jornada, por entero dedicada a la música española, Odón Alonso al frente de su Orquesta Filarmónica, de los Coros de Radio Nacional, el violinista Agustín León Ara y los cantantes Isabel Penagos, José María Higuero y Raimundo Torres, tuvo una lucidísima noche como timonel afortunado y conocedor de tres obras calificadas: «El retablo de maese Pedro», de Manuel de Falla; el «Concierto de estios», de Joaquín Rodrigo, y los «Improperios», de Federico Mompou.

La obra del compositor catalán supo captar más nuestro ánimo, incluso, que en Cuenca. Su poesía, su tierno intimismo, la belleza de frase, la calidad inconfundible, la emoción trascendida por caminos de sencillez, se alcanzaron gracias también a la versión de rango, en la que Raimundo Torres, mucho menos feliz en Falla, volvió por sus fueros. Y Mompou tuvo que saludar una y otra vez, entre aclamaciones.

También se rindieron en homenaje a Joaquín Rodrigo, en premio a la chispeante gracia rítmica, la piedad y el virtuosismo desplegado en su «Concierto de estios», con su yerno, Agustín León Ara, de solista.

Con respecto a Falla, musicalmente bien visto y sentido por Odón Alonso y con Isabel Penagos de «Trujumán» admirable, contemplamos una versión escénica dirigida por Aitor de Goñi-celaya. Bellos sin duda los figurines, muy eficaces las marionetas de gran tamaño —en contraste con la tradición del humilde retabillero cervantino— sugere el decorado, sobró un poco el afán pantomímico excesivo, sobre todo en el preludio aprovechado para la salida de los comparsas en tono caricaturesco fuera del espíritu que la obra y sus autores piden. De todas formas, salvada tal reserva, el espectáculo resultó seductor en extremo.

Y de esta forma, con los dos conciertos reseñados, ha concluido el I Festival de España y América. Obras de cuarenta y tres compositores de trece países, con presencia de veintiséis de los músicos destinatarios director del público entusiasmo, de la cordialidad invariable, al menos, han marcado para la vida musical madrileña una efeméride inolvidable. Claro que no siempre el nivel se mantuvo en zonas de altura. Nada más lógico. Pero debemos al Instituto de Cultura Hispánica esta bella empresa de darnos a conocer las músicas y los músicos de América y establecer las bases de una mutua relación que puede ser

ESTA NOCHE SE INAUGURA EL CICLO DE CONCIERTOS DE LA ORQUESTA MUNICIPAL

Manteniendo la tradición, los viernes por la noche la Orquesta Municipal celebrará, durante el presente mes de noviembre, cuatro conciertos, el primero de los cuales está anunciado para hoy, dedicándose la audición a conmemorar el centenario de Richard Strauss. El programa que dirigirá Rafael Ferrer está integrado por obras del gran post-romántico germano, empezando y terminando con dos evocaciones castellanas: la de «Don Juan» y «Don Quijote», piezas maestras del compositor que estará representado también por sus cuatro últimas canciones con orquesta. En éstas intervendrá como solista la soprano Victoria Canale. En «Don Quijote» oiremos en las partecelas protagonistas al violoncelista José Troita y el violista Mateo Valero.

El próximo concierto del día 13, la Municipal estará a las órdenes del maestro José M. Franco Gil, presentado con tanto éxito en uno de los recientes conciertos del Festival de Barcelona. Franco Gil ha escogido para su reaparición un programa sin concesiones; las Diez Melodías Vascas de Guridi, la Partita 1953 de Montsalvatge y la 5.ª Sinfonía de Shostakovich.

El programa que conducirá el 20 de noviembre Gerard Devos es, en cambio de lucimiento para un director; la obra de «Le Roy d'Ys», de Lalo; la Sinfonía Fantástica de Berlioz, y «La tragedia de Salomé», de Florent Schmidt. Un programa de música francesa, como corresponde a la nacionalidad de Gerard Devos, con la obra de Schmidt, autor del que no recordamos haber oído nada desde los años en que la Orquesta Pablo Casals dio a conocer la obra que ahora será exhumada.

El último concierto (27 de noviembre) lo dirigirá de nuevo Rafael Ferrer, con un Concerto Grosso de Ernst Krenek, figura protagonista de la moderna música alemana de quien tampoco se ha dado en Barcelona ninguna obra sinfónica desde el Festival de la S.I.M.C. de 1936, y el Segundo Concerto para piano y orquesta, de Brahms, que tendrá por solista al intérprete bilbaíno Joaquín Achúcarro, uno de los principales pianistas españoles de la última generación.

LOS CONCIERTOS

ALICIA DE LARROCHA Y EL DIRECTOR PEDRO PIRFANO EN LA INAUGURACION DEL CURSO DE LA CULTURAL

VETERANIA EN LA ORGANIZACIÓN DE CONCIERTOS

La Asociación de Cultura Musical que durante 32 años ha contribuido a dar tono y vigencia a la actividad artística de Barcelona no pierde empuje. Algunos conciertos que anuncia para el presente curso lo acreditan y justifican que, al principiar la temporada, citemos con orgullo el programa que la entidad se propone llevar a cabo. Dentro de unos días —el lunes 16 de este mes— escucharemos a Yehudi Menuhin, considerado por muchos como el primer violinista actual. Menuhin, que no ha actuado en nuestras salas de audiciones desde algunos años antes de la guerra española, interpretará los Concursos de Bach y Beethoven con la Orquesta Sinfónica dirigida por el maestro Rafael Ferrer. Después del extraordinario solista, desfilarán por la Cultura Andrés Segovia, los «Anglian Chamber Soloists», Robert Casadesu, el Cuarteto Húngaro, la Orquesta Sinfónica de Bamberg dirigida por Rudolph Kemps y otros artistas de una lista con otros nombres prometedores. Indudablemente la Cultural se propone jugar este curso con varias bazas importantes en la mano.

LA DIRECCIÓN DE PEDRO PIRFANO ZAMBRANO

La obra de Mozart, la Cuarta Sinfonía de Schumann y el acompañamiento en el «Concierto n.º 5 de Beethoven» dieron lugar en la velada inaugural de la Asociación, a que se manifestara al frente de la Orquesta Sinfónica el director Pedro Pirfano, extremeño de familia italiana como acusan sus apellidos. Resulta difícil calificar a este joven maestro, igual que a casi todos los directores que se enfrentan circunstancialmente con nuestras orquestas, sin poseer un elemento esencial de juicio: lo poco o mucho que ha podido trabajar con los instrumentistas que han sido puestos a sus órdenes. No sería un desafío que en semejantes casos el programa nos informara de las horas o minutos que el director ha podido disponer para «montar» cada partitura. Es o no; permitiría atribuir a esta circunstancia, al director o a la orquesta, el origen de defectos que pudieran achacarse a cada interpretación.

El efecto (susceptible de futura revisión) que produjo Pedro Pirfano es el de un director con personalidad, que sabe mandar y exigir con autoridad. Exagera un tanto la «estilización» incluso cuando no hace falta «influencia» mal acimada de «Celibidache» y se preocupa más de la forma que del fondo de la interpretación. Su Cuarta Sinfonía de Schumann fue acertada en el detalle y bien conjugada pero incoherente en la solución de los problemas de estilo, con una «Romanza» de una pulcritud superficial, con un «Scherzo» lento, absurdamente sentencioso, y un «Vivo» trivialmente precipitado.

En la obra de Mozart y en el Concerto de Beethoven, sus aciertos fueron parciales. El mando fue tenso y rotundo pero la orquesta no siempre llegó a someterse al mismo. Sin embargo —repetimos— sería prematuro opinar definitivamente sobre un director nuevo. Esperemos que Pedro Pirfano vuelva (adivinamos en él méritos para que sea justificada una nueva visita) para dedicarle un comentario más conclusivo.

ALICIA DE LARROCHA, SOLISTA EN EL 5.º CONCIERTO DE BEETHOVEN

Hace veintiocho años que Alicia de Larrocha debutó en los conciertos de la Cultural. Desde entonces hasta ahora, esta pianista extraordinaria se ha

prodigado en nuestras salas de audiciones con una frecuencia de la que hubiese sido lógico esperar de su continuo y siempre acelerado ascenso en la consideración del público internacional. Es por este motivo que la reaparición de Alicia de Larrocha hay que considerarla un verdadero acontecimiento. Como tal fue celebrada su participación solista en el Concerto de Beethoven y su triunfo rubricado con las ovaciones que merecía.

Alicia de Larrocha ha llegado ahora al cenit de sus posibilidades como intérprete. Con una soberbia fuerza de pulsación que consideramos masculina si no supera dominancia con tan femenina ductilidad, con una técnica transparente, luminosa, de una agilidad increíble, se entregó al más turbulento de los Concursos beethovenianos, del que dio una versión rotunda y vehemente, de una densidad y apuro que es posible difiera de las antologías de los pianistas que han creado escuela pero que resultó imprecisa, escueta, pero que la interprete era una mujer y que sus menudas manos (las fabulosas manos de Alicia para las cuales no hay intervalo imposible) no parece que puedan concentrar tanta energía como es precisa para el absoluto dominio de la partitura solista de esta obra.

Alicia de Larrocha quiso dar tres extras con los que amplió y profundizó el éxito. En un Coral de Bach, sencillo y sereno, vertió toda su musicalidad; en una de las Sonatas del Padre Soler llegó, por nuestro gusto, a lo máximo que puede aspirar una pianista ofreciendo una interpretación de la obra que borró todas las anteriores que recordáramos y, finalmente, en el vertiginoso «Dans le bois» de



Alicia de Larrocha

Liszt, afirmó aún más el ímpetu y agilidad de un mecanismo radiante que ninguna dificultad de las partituras puede enturbiar. Con este y los anteriores alardes Alicia de Larrocha se afirmó como una concertista de categoría absoluta.

Xavier MONTSALVATGE

NOTICIAS

Cuarta sesión del Ciclo Toldrá: Las sardanas

Tanto como en las canciones, la personalidad de Eduardo Toldrá se refleja en gran número de sus sardanas, la mayoría compuestas sencillamente para que fueran bailadas en fiestas populares. Tienen pues estas obras, pequeñas joyas de arte aplicado, un encanto simple y directo obtenido con una nobleza de recursos musicales absoluta. Las sardanas de Toldrá, una tras otra como pudimos escucharlas en el pasado IV Concierto del Ciclo dedicado al compositor, resultan de una alegría y una distinción encantadoras. No hay en ellas la melancolía que trasciende a veces de la música popular para cobar. A lo sumo, la expresión melódica tiene acentos de delicada ternura que contrasta con la exultante vivacidad rítmica que da el tono general a estas composiciones admirables. Una selección de 17 sardanas fueron interpretadas alternativamente por las coblas «Barcelona» y «Popular» con semejante voluntad de servir fielmente a las ideas del maestro desaparecido. Todas consiguieron despertar los más fervorosos aplausos, multiplicados al final cuando se interpretaron las «Danses de Vilanova», repetidas bajo la perfecta dirección del maestro Antonio Ros Marbá. — X. M.

Premio de Composición «Concepció Alemany i Vall»

Reunido el jurado calificador del II Premio de Composición «Concepció Alemany i Vall», convocado por Juventudes Musicales de Barcelona, formado por Joaquín Homs, presidente; Xavier Montsalvatge, Manuel Valls, Xavier Benguerel y Antonio Ros Marbá, vocales, y actuando como secretario Luis Prats de Carulla, vicepresidente de las J. M., después de examinar las obras optantes al premio, ha decidido eliminar la partitura «Introducción Aire de Danza y Postludio» por no ajustarse el conjunto instrumental de la misma, a lo determinado en la segunda de las bases del concurso y seleccionar para pasar a la prueba final, las que tenían como lema «Zen» y «Sonis et modulatione». Abiertas las plicas referentes a dichas obras, han resultado ser sus autores, José Casanovas y Román Alís.

De acuerdo con lo señalado en la base tercera de la convocatoria, dichas obras serán interpretadas en los conciertos matinales que Juventudes Musicales tiene organizados para el curso 1964-65 y después de su audición, el jurado emitirá el veredicto definitivo.

INAUGURACION DE LA TEMPORADA DE CULTURA MUSICAL

Nuestra Asociación de Cultura Musical, que tantos meritos tiene contraidos con la afición musical de Barcelona, inició las labores del presente curso con un concierto sinfónico —el día 3 del actual— en el que tomaron parte la Orquesta Sinfónica de Barcelona, el maestro extremeño Pedro Pirfano y la pianista barcelonesa de proyección universal Alicia de Larrocha. Las obras interpretadas fueron: Obertura del «Ráptulo del Serrallón» de Mozart; la IV sinfonía, de Schumann, y el Concierto núm. 5 (Emperador), de Beethoven. No vamos a descubrir a los lectores todas esas obras, de las que hemos hablado abundantemente en otras ocasiones. Nos cumple decir que el maestro Pedro Pirfano es un director concienzudo que da su debido relieve a la partitura, que conoce al dedillo que la orquesta estuvo a la altura de su consagrada repu-

tación, y que la concertista Alicia de Larrocha se manifestó en la mejor forma, ejecutando la parte de solista en el famoso concierto beethoveniano con una seguridad y un relieve magistrales.

6 novembre 1964

EN EL PALACIO DE LA MUSICA
ALICIA DE LARROCHA, CON LA ORQUESTA SINFONICA DE BARCELONA

Notable actuación del maestro Pedro Pirfano

En el Palacio de la Música, "Asociación de Cultura Musical" celebró la función inaugural de la temporada, que dicha entidad ha preparado para el curso 1964-65. Programa de interesante factura, tuvo en la pianista Alicia de Larrocha a la excepcional intérprete de siempre y, en la Orquesta Sinfónica de Barcelona el vehículo eficaz para llevar a buen término la audición que nos ocupa, bajo la entusiasta batuta del maestro Pedro Pirfano.

Con la obertura de Mozart, "El rapto del serrallo" se inició la velada, ofreciéndonos el maestro Pirfano una buena versión de esta inefable página del gran maestro de Salzburgo, de la que debemos destacar, desde luego, el acento ágil que la tipifica a lo largo de su desarrollo.

Una discreta ejecución de la "Cuarta Sinfonía", de Schumann, tal vez por ser ésta una obra de siempre difícil preparación —número de ensayos aparte— nos brindó excelente ocasión, sin embargo, para apreciar la vocación de director que lleva en su interior este joven maestro. Precisamente por esto y porque el oficio de la batuta —todas las artes, además de la genialidad, requieren el sedimento de la experiencia y del hábito— se logra a través de lo que en términos artísticos llamamos carrera, hemos de valorar en su justo alcance la labor, atenta y abnegada, del maestro Pirfano al frente de una orquesta, quizá no del todo idónea en su aspecto de conjunto para ser intérprete perfecta de esta sinfonía de Schumann. De ahí el hecho de que esta audición de la última sinfonía del autor de "Carnaval", no levantara demasiado entusiasmo en el auditorio que llenaba por entero la sala.

Alicia de Larrocha triunfó nuevamente en esta ocasión, con el "Concierto número 5", de Beethoven, y a ese éxito como exquisita solista hay que añadir el carácter conmemorativo de su presencia en nuestra pri-

mera sala de conciertos, ya que anoche, precisamente, Alicia celebraba el veinticinco aniversario de su actuación para Cultura Musical, y con ella la propia entidad y el público barcelonés. Si excelente fue su intervención en los tiempos primero y tercero de esta famosa página de Beethoven, el segundo tiempo, "Adagio un poco moto", significó realmente la sublimación perfecta de su forma interpretativa, ya que Alicia de Larrocha reunió en torno a él la síntesis completa de cuantas virtudes elementales son precisas para obtener una música profundamente beethoveniana.

Fuera de programa, nos ofreció una pulquérrima versión de un conocido "Coral" de J. S. Bach y que, asimismo fue cálidamente aplaudido por el auditorio.

R. Bayod y Serrat

5 novembre 1964

VIDA MUSICAL

Palacio de la Música

CONCIERTO INAUGURAL DE «ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL»

Con el concierto celebrado ayer en el Palacio de la Música, la prestigiosa entidad artística barcelonesa inició las manifestaciones musicales que se ha propuesto realizar durante el curso 1964-65. En esta extraordinaria sesión inaugural actuaron para los asociados, la Orquesta Sinfónica de Barcelona, la pianista Alicia de Larrocha, y, como director, el maestro Pedro Pirfano, que ofrecieron brillante declaración de sus respectivas aptitudes concertísticas en la interpretación de las obras en programa, originales de tres inmortales maestros de la composición musical.

El maestro Pedro Pirfano —quien lleva conquistados señalados triunfos en el ejercicio de su magisterio directivo, aquende y allende las fronteras, fue el heráldico intérprete de las obras inscritas en la primera parte del programa. Al frente de la excelente agrupación instrumental presentó una airosa cuanto policromada traducción de la Obertura «El rapto en el serrallo», de Mozart, dando a comprender las intenciones descriptivas que asigna a la característica Obertura su genial autor.

El maestro Pirfano hizo la máxima declaración, podría decirse, de sus aptitudes directivas conduciendo la interpretación de la «Cuarta Sinfonía», de Schumann, dictando sus indicaciones expresivas —que los profesores de la orquesta atendieron debidamente— dio a entender que estaba en perfecto conocimiento del romántico planteamiento discursivo de la obra, de sus múltiples conjugaciones temáticas. Bajo su firme batuta, los instrumen-

tistas expresaron vibrantes expresiones a su lírica exposición del primer tiempo de la sinfonía, dejando en primer plano sonoro los elementos temáticos; como una cordial dedicatoria procedió su matizada dicción de la inspirada «Romanza».

Al término de esta audición schumanniana, el maestro Pirfano recibió efusivas demostraciones aprobatorias, de las que hizo partícipes a sus colaboradores instrumentales.

También procedió acordada a la fisonomía estética que ostenta, la versión instrumental del «Quinto Concierto para piano y orquesta», de Beethoven, que ofrecieron sus excelentes intérpretes. En esta audición beethoveniana fue protagonista interpretativa Alicia de Larrocha. Ni que decir tiene que su primordial actuación concertística constituyó una nueva declaración de su excepcional «virtuosismo» pianístico. Que es, por derecho propio, catedrático del piano, lo puso diáfamanamente de manifiesto Alicia de Larrocha traduciendo, ante el teclado, la partícula solista del citado Concierto. En su primordial ac-

ción interpretativa del tiempo «Allegro», hizo una importante manifestación de tecnicismo pianístico, practicando múltiples graduaciones sonoras; fue una lección de lírico «bien decir» su expresiva interpretación del «Adagio».

Alicia de Larrocha correspondió al homenaje que le tributaron el numeroso concurso de asociados interpretando varias obras a piano solo, entre las cuales, un «Coral» de Bach.

A. CATALA

4 novembre 1964

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

TRIUNFAL REAPARICION DE ALICIA DE LARROCHA CON LA ORQUESTA SINFONICA DE BARCELONA, DIRIGIDA POR EL MAESTRO PEDRO PIRFANO



No pudo ser más brillante el concierto de inauguración del curso 1964-65 de la Asociación de Cultura Musical ni más oportuno y acertado el confiarlo al arte superlativo de Alicia de Larrocha, en justo y merecido homenaje a las bodas de plata de nuestra eximia pianista con la prestigiosa entidad, para la que ha dado 16 conciertos, con la actuación de anoche. Fue en el curso 1939-40 cuando dio esta gran artista del teclado su primer recital para dicha Asociación (exactamente el 14 de junio de 1940), pero ya años antes había asombrado a nuestros melómanos con sus portentosas dotes. Recordemos que cuando sólo contaba cinco años, su maestro, aquel gran apóstol de la enseñanza del piano que fue Frank Marshall, la presentó por primera vez en público en su Academia, teniendo como invitado de honor a Joaquín Turina, quien le dijo, admirado: "¡Sois maestro de prodigios!". Y en efecto, este verdadero prodigio del piano que es Alicia Larrocha, volvía a maravillarnos, en el Palacio de Misiones de la Exposición Universal de Barcelona de 1929, como en 1934, actuando de solista del "Concierto de la Coronación", de Mozart, con la Banda Municipal dirigida por el maestro Lamote de Grignon, y en 1936, con la Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Fernández Arbós. Después seguiría una serie de triunfos que han culminado en sus actuaciones en los Festivales más importantes de España y del extranjero. Hoy, Alicia de Larrocha ha consolidado su alto prestigio internacional.

Se presentó anoche en el Palacio de la Música como director, el joven maestro Pedro Pirfano, natural de Fuente del Maestre (Badajoz), que tras sus estudios en Madrid y Barcelona, cursó la dirección de orquesta con los maestros Celibidache, Scherchen y Von Karajan. Ha dirigido el Orfeón Pamplonés y la Orquesta de Cámara de la capital navarra, así como la Orquesta Municipal de Valencia, debiendo señalarse asimismo sus actuaciones en Estados Unidos, Oriente Medio y diversos países europeos. Es un director serio, consciente y capaz de gesto sencillo, sin la menor contorsión corporal, pues confía casi exclusivamente a la mano derecha las concisas insinuaciones conductoras, que merced al dominio men-

tal de las partituras logra ejecuciones precisas y homogeneidad de conjunto, como sucedió en la "Cuarta Sinfonía", de Schumann —en realidad, la segunda, escrita en 1841 y recompuesta diez años más tarde—, de la que nos ofreció una versión quizás en exceso majestuosa, muy marcado el ritmo, lo cual si correspondía a los acentos solemnes del primer tiempo, con la intervención de las trompas y trombones, pudo amenguar en el resto de la obra, que aparte de la delicada "Romanza", inmersa en un ambiente poético, reviste caracteres de franco humor y júbilo, que requieren, a nuestro entender, una mayor ligereza y aleteo en la expansión melódica. Debemos reconocer, sin embargo, que fue muy bien llevado el tumultuoso final, en el que vuelven a aparecer los solemnes acordes del primer tiempo, al modo cíclico. Director y profesores de la Orquesta Sinfónica de Barcelona, fueron calurosamente aplaudidos.

Fue en el "Quinto Concierto para piano y orquesta", de Beethoven, donde el maestro Pirfano mostró, de modo claro, sus excelentes dotes directrices, obteniendo un perfecto acoplamiento entre la orquesta y la solista. Alicia de Larrocha estuvo inmensa... Y si esta obra del genial sordo de Bonn es conocida por el "Concierto del Emperador" —por haber sido interpretada en un gran festival benéfico en Viena, ante el monarca austriaco y teniendo como solista a Czerny, el de los famosos "Estudios"—, podemos afirmar rotundamente que nuestra admirada pianista se mostró como una auténtica "emperatriz" del piano, al recorrer toda la rica gama de sonoridades que del mismo pueden obtenerse, pues si nos asombró con su energía prodigiosa en la exposición firme del primer "Allegro", con el contraste de las notas suavísimas en la parte alta del teclado —¡deliciosos los "pianísimos"!— no pudo ser mejor vertido el "Andante con moto", a modo de plegaria, con matices de serena emotividad en la diáfana dicción, para maravillarnos, por último, con su vertiginosa agilidad digital y su excepcional pulsación en el "Rondó vivace", con que termina la obra. ¡Y con qué naturalidad venció las dificultades de mecanismo! No puede

pedirse mayor dominio técnico ni expresivo...

Ante los entusiásticos aplausos y "bravos" —compartidos por el maestro Pirfano y los profesores de la orquesta, puestos en pie—, Alicia de Larrocha nos regaló, sola ante el piano, tres modélicas interpretaciones de una "Coral" de Bach, "Dans le bois", de Liszt y una "Sonata" del Padre Soler. ¡Magnífico comienzo de curso de la "Cultural"!

Manuel R. de Llauder

22 octubre 1964

Programa de actividades que prepara la Asociación de Cultura Musical de Barcelona para el curso 1964-65

La Asociación de Cultura Musical, a la que Barcelona debe buena parte de su prestigio como ciudad filarmónica de alto nivel, pues a lo largo de sus treinta y dos años de existencia ha celebrado cuatrocientos setenta conciertos, en los que ha presentado artistas e instituciones musicales de prestigio internacional y ha prestado el máximo apoyo a los artistas españoles, muchos de los cuales han alcanzado la cumbre de la fama —recordemos a Victoria de los Angeles—, continuando en su tradicional línea de superación constante, sin contar con apoyo oficial alguno y si sólo con sus propias fuerzas y su espíritu de sacrificio, ha preparado para el próximo Curso 1964-65 un calendario de conciertos digno de su brillante historia y de lo que Barcelona tiene derecho a esperar e incluso a exigir.

El concierto inaugural, que se celebrará el próximo día 3 de noviembre, tendrá carácter conmemorativo. En esa fecha hará veinticinco años que la Cultural presentó a la pianista Alicia de Larrocha hoy pianista universal, y por ello se le ha confiado a este excepcional artista del teclado este concierto inaugural, en el que será acompañada por la Orquesta Sinfónica de Barcelona.

Para dar a tal solemnidad un interés y relieve todavía mayores, la dirección ha sido confiada al maestro español Pedro Pirfano Zambrano, que ha cursado sus estudios de dirección de orquesta con maestros tan famosos como Celibidache, Scherchen y Karajan, entre otros, y que ha llamado ya poderosamente la atención de los públicos y la crítica españoles y extranjeros. Este primer concierto corresponde al mes de octubre, pero la Cultural ha diferido la apertura de su Curso, hasta noviembre, para no sobrecargar ya más la actividad musical del mes actual, muy

densa a causa de estar celebrándose el Festival Internacional.

El 16 de noviembre actuará para la Cultural el violinista Yehudi Menuhin, cuyo solo nombre hace superfluos adjetivos y comentarios.

Sucesivamente actuarán nuestro gran guitarrista Andrés Segovia; la soprano ruso-israelita Netania Davrath, cuyos éxitos en Europa y en Norteamérica han sido sensacionales, y se está tramitando la actuación del «Anglian Chamber Soloists», integrado por un tenor, dos violines, una viola, un violoncelo, una «viola da gamba» laúd, guitarra y clavecín, conjunto que se ha hecho famoso por sus interpretaciones de obras del siglo XV hasta nuestros días.

En febrero oiremos a Robert Casadesús, considerado hoy uno de los diez pianistas más destacados del momento actual, y en marzo al «Dúo Sebok-Starker» —piano y violoncelo—, hoy solicitado en los grandes festivales de música.

En abril será presentado el famoso conjunto alemán «Deutsche Bachsolisten», de gran prestigio en Europa, que, como su título indica, está especializado en la interpretación de música de Bach. En mayo volverá el «Cuarteto Húngaro» y, para clausurar el Curso, se gestiona la actuación de la Orquesta Sinfónica de Bamberg, bajo la dirección del maestro Rudolph Kempe.

Para darles cuenta del esquema de este ambicioso programa de conciertos, la Junta directiva de la Asociación de Cultura Musical convocó a los críticos musicales de Prensa, Radio y T.V. barcelonesa, a un céntrico hotel, donde, al servirse el café, se cambiaron amplias impresiones sobre la actividad musical de nuestra ciudad y sus prometedoras perspectivas. — M. A.

MUSICA

por E. GISPERT

LA GRAN NOCHE DE MONTSERRAT CABALLE

HASTA ahora, las actuaciones de Montserrat Caballé en su ciudad habían mostrado sólo parcialmente la dimensión posible de esta cantante. Después de la memorable "Arabella" en el Liceo, donde admiramos por primera vez su asimilación de la labor realizada en escenarios suizos y alemanes, otras representaciones y numerosos recitales sirvieron tanto para confirmar sus eminentes cualidades como para situar peculiares límites. Conviene decir que, especialmente en los conciertos, no siempre se ha proporcionado a Montserrat Caballé el programa más favorable a su personalidad o a su momento formativo.

Para nosotros, Montserrat Caballé se iba definiendo como una muy especializada lirica straussiana, en cuya mecánica vocal sobresalían la poderosa capacidad de "fiatto" y la bellísima media voz aguda. Nos era difícil, en cambio, considerarla como una intérprete amplia, capaz de moverse con igual propiedad en géneros técnicamente y, sobre todo, espiritualmente diversos.

Acaso semejantes puntos de vista, generalizados y consolidados a través de las frecuentes apariciones de Montserrat Caballé, expliquen el ligero retraimiento en la asistencia del público a la penúltima sesión de la "Cultural". Pero esta vez nuestra soprano nos reservaba la satisfacción de oírla superada en todos los aspectos, en la más feliz demostración que de su arte haya realizado entre nosotros.

Algo de ello podía preverse con respecto a la primera parte del programa, destinada a honrar a Strauss por medio de sus canciones. Sin embargo, la calidad de la interpretación apenas decayó en las piezas vocales de Debussy, como



Montserrat Caballé

"Beau soir" y el aria de "L'enfant prodigue", y en algunas de los autores españoles. En Strauss, Montserrat Caballé emitió con mayor limpieza que nunca. Si bien en el extremo grave no suena aún con toda solidez, parece haber eliminado el ataque gutural que perjudicaba su registro medio, y los agudos tuvieron, a nuestro entender, una plenitud inédita. Pero, además —y reconociendo que el virtuosismo vocal de Montserrat Caballé proyecta cierta falta de espontaneidad sobre el fraseo—, hubo secuencias de una auténtica y excepcional profundidad

emotiva, entre las que registramos particularmente las correspondientes a "Allersee-len".

Como es natural, no todo podía mantener el altísimo nivel de las tres o cuatro canciones de Strauss más acertadas, o de las dos referidas piezas de Debussy; "C'est l'extase" y "Mandoline", de este último compositor, no alcanzaron su delicioso clima ni la exacta dicción francesa, y las canciones de Granados y Rodrigo tendieron a un españolismo enfático. Por el contrario, nos sorprendió muy agradablemente la versión simple e intencionada del "Romanç de Santa Llúcia", de Toldrà.

En primera audición, conocimos las "Dos canciones de la Natividad latina", de Xavier Montsalvatge. Estas melodías son una exquisita búsqueda de efecto levemente arcaizante, a pesar de desenvolverse a través de una cierta ambigüedad tonal.

Subrayemos la parte primordial que en el éxito de la cantante y del concierto tuvo la colaboración impecable del pianista Miguel Zanetti.

12 - 6 - 1964

VIDA MUSICAL

CONCIERTO DE CLAUSURA DE CURSO DE LA
ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL, EN EL
PALACIO DE LA MUSICA

Fue una manifestación musical de extraordinaria calidad artística, así por el programa seleccionado como por las sobresalientes capacidades interpretativas de los artistas actuantes, el concierto celebrado anteayer en el «Palau» por Cultura Musical, último de la serie del curso 1963-64.

En esta sesión de clausura del curso fueron oradores musicales los componentes de la Orquesta Municipal barcelonesa, llevando por artístico heraldo al maestro Rafael Ferrer, y el violinista Ruggiero Ricci.

En la primera parte de la sesión, el maestro Ferrer y sus colaboradores instrumentales ofrecieron la interpretación de la «Primera Sinfonía», de Beethoven, en cuya brillante versión instrumental pusieron en la mayor evidencia los característicos planteamientos formales de los cuatro tiempos de la Sinfonía. Oportunos fraseos asignaron a su expresiva dicción conjuntiva del «Andante»; por sus exultantes traducciones instrumentales de los tiempos, «Scherzo» y «Finale», quedaron de relieve sus airoso procesos discursivos, sus optimistas conjugaciones temáticas.

Que Ruggiero Ricci es un excelente «virtuoso» del violín ya lo consignamos en los comentarios escritos al margen de la primera actuación concertística que dedicó a los asociados a Cultura Musical. En esta oportunidad también acreditó las excelencias de su arte del violín Ruggiero Ricci. El fue el magnífico protagonista instrumental en las interpretaciones de los Concier- tos para violín y orquesta: «en Sol menor», de Max Bruch, y «en Re mayor», de Brahms. Con ardorosa cordialidad realizó su primordial actuación concertística.

Por lo que se refiere a la traducción instrumental de la partitura solista del Concierto de Max Bruch ofrecida por Ruggiero Ricci, cabe decir que fue, ante todo, una imponente declaración de tecnicismo del violín.

Sus ágiles dedos plasmaron en las cuerdas toda suerte de escalas, notas dobles, arpeggios, trinos, una «lluvia» de sonidos... Actuando de protagonista instrumental en la interpretación del Concierto de Brahms, testimonió al máximo sus aptitudes interpretativas Ricci; sin duda, por las inspiradas declamaciones líricas que recogen los tres apartados de la sinfónica obra. Muy bien expresó Ricci al violín los elegantes melodismos del tiempo «Adagio»; en su matizada dicción, su arco plasmó aterciopeladas sonoridades.

Al frente de la agrupación instrumental, el maestro Ferrer prestó perfecta colaboración interpretati-

va a la primordial actuación concertística de Ricci.

Efusivo homenaje admirativo tributó a todos los concertistas la distinguida concurrencia de asociados.

A. CATALA

Música española en París

En la Sala Pleyel de París ha tenido efecto un concierto homenaje al maestro Altisent, interpretándose diversas composiciones del mismo, e nlas que ha intervenido Nadine Clado como pianista y la soprano María Lourdes Parés, esta última procedente del Conservatorio Superior de Música del Liceo de Barcelona, donde cursó sus estudios. El programa estaba completado con obras de Granados, Falla, Turina Albéniz, etcétera obteniendo todo él una calurosa acogida.

11 - 6 - 1964

LA MUSICA

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

BRILLANTE CIERRE DE CURSO, POR RUGGIERO RICCI Y LA ORQUESTA MUNICIPAL, DIRIGIDA POR RAFAEL FERRER

La Asociación de Cultura Musical cerró anoche brillantemente su curso 1963-64 en el Palacio de la Música con un concierto a cargo del violinista Ruggiero Ricci y de la Orquesta Municipal de Barcelona bajo la dirección del maestro Rafael Ferrer. Se registró un lleno.

El interés de la velada se había concentrado especialmente en esta nueva actuación del violinista norteamericano, de ascendencia italiana, que en su reciente recital de presentación ante nuestros melómanos asombró por sus alardes de mecanismo como intérprete de Paganini. Anoche, tras una versión diáfana y sumamente expresiva de la "Primera sinfonía" de Beethoven por nuestro conjunto municipal, merced a la inteligente y cuidada dirección del maestro Ferrer, Ruggiero Ricci interpretó las partes solistas de dos obras sinfónicas de similares caracteres: el "Concierto en sol menor op. 26", de Max Bruch, y el "Concierto en re mayor op. 77", de Brahms. Aunque en éste hay más profundidad que en el del compositor de Colonia, en ambos "Conciertos" se acusa análogo ambiente en cuanto a expresividad lírica e incluso los dos últimos tiempos de uno y otro comienzan casi con idénticos frases melódicos. Es de observar que la obra de Max Bruch — que hacía años no oíamos en Barcelona — es anterior a la del compositor hamburgués. Y he aquí una curiosa circunstancia: ambos "Conciertos" fueron dedicados al famoso violinista Joachim y dirigidos, el día de su respectivo estreno, por sus propios autores. El de Max Bruch se dio por primera vez en audición íntima en el Teatro Real de Hannover en octu-

bre de 1867 y su estreno en público tuvo lugar en Bremen el 7 de enero del siguiente año. El de Brahms se estrenó en el "Gewandhaus", de Leipzig, el 1 de enero de 1879.

Ruggiero Ricci patentizó ya en la primera de estas románticas obras, aquellas dotes excepcionales en técnica que le admiramos en su anterior actuación: absoluta limpieza de mecanismo, seguridad y precisión digital en la mano izquierda, nervio y flexibilidad de arcada, que le permite obtener un sonido pleno, vibrante. Estas cualidades brillaron especialmente en los tiempos extremos, o sea, en los dos "Allegros" mientras que en el bellísimo "Adagio", con sus acentuados acentos melancólicos y que ha merecido la denominación de "una gloria melódica del siglo XIX", faltó, a nuestro modesto entender, emotividad en la dicción, el logro de aquellos matices delicados que llegan a conmovir el corazón.

En el "Concierto" de Brahms, el violinista norteamericano estuvo mucho más completo, aún dentro de las características apuntadas, y justo es consignar que sobre toda la interpretación de la "cadencia" del primer tiempo fue magistral, por el absoluto acierto y el perfecto dominio de que hizo gala el solista en las dobles cuerdas, en la nítida emisión de las notas sobreagudas y filigranas virtuosistas. Tal sucedió, igualmente, en el "Allegro final", que Ruggiero Ricci interpretó con un ímpetu y una precisión rítmica admirables.

El maestro Ferrer llevó con su habitual cuidado y entusiasta fervor en ambos "Conciertos", los diálogos entre el solista y la orquesta, muy eficiente en todas sus secciones, sin que deba influir en el evidente éxito alcanzado, algún desajuste, justificado por la falta de ensayos, debido a que el violinista norteamericano no pudo personarse en nuestra ciudad hasta la tarde de ayer mismo a causa de haber sufrido su esposa un grave accidente en Pollensa, lo que motivó que el concertista, cuando ya se hallaba en nuestra

ciudad, hubiera de trasladarse en avión a Palma, para visitar a aquella, en la clínica en que le prestaban asistencia médica. Por lo tanto, es de elogiar el gesto de dignidad profesional de Ruggiero Ricci, y también, su sacrificio, al actuar anoche en tales circunstancias, cuando otro artista quizás hubiera pedido la anulación del concierto.

• Los entusiásticos aplausos y "bravos" tributados a Ruggiero Ricci, le obligaron a interpretar, fuera de programa, dos obras de Bach y Paganini.

Manuel R. de Llauder

Cena de homenaje a Mercedes Plantada : : : : :

Bajo el patrocinio del Real Círculo Artístico, un grupo de admiradores de Mercedes Plantada, con motivo de las bodas de oro artísticas de la eximia cantante, que tantos días de gloria ha dado a nuestra lírica y especialmente al cautivador intimismo del "lied" y de la canción vernácula, le dedicará un homenaje, que consistirá en una cena en el hotel Oriente, el próximo viernes, día 12, a las diez de la noche.

Los correspondientes tiquets para la cena se facilitan en el Real Círculo Artístico (Archs, 5), en la joyería Mercadé (Rambla Cataluña, 6), en la joyería Capdevila (Vía Layetana, 129) y en el hotel Oriente (Rambla Capuchinos, 45-47).

Asociación Musical Estela : : : : :

La Asociación Musical Estela ofrecerá a sus afiliados el día 15 un extraordinario Concierto como cierre de sus actividades del Curso 1963-64. En primera audición, la Orquesta Sinfónica de la Entidad, dirigida por el Maestro Agustín Cobi Grau, interpretará la Sinfonía en fa menor de Rafael Subirachs. La pianista Ana M. Albors ejecutará el Concierto para piano y orquesta de Mendelssohn, y la soprano Carmen Vilalta se presentará con un recital de lieder con obras de Rodrigo, Fauré, Beethoven, Montsalvatge, Rossini, Alti-sent y Cobi Grau.

10 - 6 - 1964

CALENDARIO DE LOS CONCIERTOS

El tenor Juan Ferrer en «Tardes y Veladas Musicales»

Esta tarde y noche, se celebrará la doble audición de clausura de curso de «Tardes y Veladas Musicales» con la actuación del tenor Juan Ferrer colaborando con el pianista Jorge Albarreda en la interpretación de canciones y «lieder» de Falconieri, Scarlatti, Schubert, Brahms, Soler, Wolff y Strauss.

Ruggiero Ricci y la Orquesta Municipal en la «Asociación de Cultura Musical»

Esta noche, otra clausura de curso: la de «Asociación de Cultura Musical» que acostumbra a terminar la temporada con un concierto de orquesta. Esta vez, la Orquesta Municipal bajo la dirección de Rafael Ferrer interpretará la I Sinfonía de Beethoven y los Conciertos para violín y orquesta de Max Bruch y Brahms. Las dos últimas obras tendrán como solista al extraordinario violinista Ruggiero Ricci, cuyo éxito fue tan señalado hace unos días al presentarlo la Cultural y revelar al público barcelonés la elevada calidad de este artista norteamericano de ascendencia italiana, uno de los primeros virtuosos actuales de su instrumento.

El coro mixto «Roger de Lauria» en «Medina»

El próximo concierto del Círculo Medina tendrá lugar el viernes a las 10'30 de la noche y correrá a cargo del coro mixto «Roger de Lauria» que dirige el maestro Angel Colomer del Romero. El

conjunto coral interpretará una parte dedicada a canciones populares de la América hispana y una segunda parte de canciones catalanas armonizadas por los mejores compositores de música coral.

Fin de curso de la «Asociación Musical Estela»

Esta asociación ofrecerá a sus afiliados el próximo lunes, día 15, un extraordinario concierto de final de curso. La «Orquesta Sinfónica Estela» dirigida por el maestro, Agustín Cohí Grau interpretará como principio de programa la Sinfonía en fa menor de Rafael Subirachs. En la segunda parte la pianista Ana M.^a Albors intervendrá como solista del Concierto para piano y orquesta de Mendelssohn y en la tercera la soprano Carmen Vilalta cantará con la orquesta obras de Rodrigo, Fauré, Beethoven, Montsalvatge, Rossini, Altisent y Cohí Grau.

10 - 6 - 1964

MUSICA

El violinista Ricci y la Orquesta Municipal

En el Palacio de la Música se celebrará esta noche, a las diez y cuarto, el concierto de clausura de curso de Asociación de Cultura Musical.

Extraordinario interés ha despertado esta sesión, ya que actuará con la Orquesta Municipal de Barcelona y bajo la dirección del maestro Rafael Ferrer, el violinista Ruggiero Ricci, que tan entusiástica acogida obtuvo en su concierto de presentación. Ruggiero Ricci interpretará los conciertos de Max Bruch y Brahms, quedando completado el programa con la Primera Sinfonía de Beethoven. La junta directiva de Asociación de Cultura Musical anticipa a sus afiliados que entre otros famosos artistas contratados para el Curso 1964-65 puede anunciar ya al pianista Robert Casadesu y al violinista Yehudi Menuhin, y que próximamente expondrá el plan general para el mencionado curso.

9 - 6 - 1964

**EL VIOLINISTA RICCI
Y LA ORQUESTA
MUNICIPAL**

Asociación de Cultura Musical clausurará el Curso 1963-64 el próximo miércoles a las diez y cuarto de la noche en el Palacio de la Música con un importante concierto en el que interviene como solista el violinista Ruggiero Ricci con la Orquesta Municipal de Barcelona, bajo la dirección del prestigioso maestro Rafael Ferrer. El programa que será interpretado está integrado por Primera Sinfonía de Beethoven y los Conciertos en sol menor de Max Bruch y en re mayor de Brahms, para violin y orquesta. Digno final de Curso el de la «Cultural» en el que han actuado artistas de fama mundial como son los pianistas Rubinstein, Uninsky y Luis Galve, el clavecinista Rafael Puig, el dúo Cassadó, la soprano Montserrat Caballé, el Festival Strings de Lucerna, las Orquestas de Cámara de Stuttgart, de Wurzburg y del A.I.D.E.M. de Florencia, el Cuarteto Koeckert, el «Collegium Musicum Vocale» de Bonn y la «Camerata Vocale» de Bremen, el gran Concierto en Homenaje a Federico Mompou y el violinista Ruggiero Ricci, haciendo un total de quince sesiones las organizadas en el Curso 1963-64 por tan benemérita Entidad que mantiene con el mayor interés y entusiasmo el ambiente musical en nuestra Ciudad.

8 - 6 - 1964

MUSICA

Triunfo de Montserrat Caballé

Ultimos conciertos populares de la Orquesta y Bandas municipales

Citar a Montserrat Caballé en Barcelona, significa que cuantos leen su nombre recuerden alguna ocasión memorable en que se extasiaron con el arte de la eximia soprano. Unas veces en el gran escenario del Liceo y otras sola en un recital de canciones, pocos serán los que no la han aplaudido una o mas veces. Ahora, y presentada por la Asociación de Cultura Musical a sus afiliados, con un recital de «lieder», demostró una vez más que hace tiempo que alcanzó ese cenit tan codiciado por los cantantes, en que pueden enfrentarse con los diversos generos líricos más dispares, para los que hace falta, junto a una voz pura y perfectamente emitida, unas dotes de musicalidad y sensibilidad expresiva, que permita hacer llegar a los oyentes la emoción de las melodías interpretadas.

Montserrat Caballé inició su recital con doce canciones de Richard Strauss, a las que añadió «Morgen» (con acompañamiento de piano y violin, este último con Calsina), ante los aplausos que coronaron la primera parte. Sabemos de la predilección que Montserrat siente por este compositor y recordamos haberle oído no hace mucho obras de este mismo autor en triunfales recitales fuera de nuestra patria. La segunda parte comprendía diversos géneros. Se inició con cuatro canciones de Debussy. Siguiéron dos de Granados y dos de Joaquín Rodrigo, así como el estreno de dos «Canciones de la Natividad latina», de Montsalvatge, que significaron un triunfo de intérprete y autor. Todas las páginas fueron aplaudidas con calor y entusiasmo, reiterándose los

aplausos y ovaciones al final del recital, que hubo de prolongarse con numerosos extras, hasta que el auditorio quedó satisfecho de escuchar a nuestra gran cantante.

Como acompañante al piano, además de la episódica intervención de Manuel Calsina, actuó Miguel Zanetti, que no nos sorprendió con su perfecta labor, dando la importancia al instrumento cuando la precisaba y sabiendo desdibujarse hasta constituir un leve fondo musical cuando la cantante había de destacar. Su intervención fue también muy aplaudida.

—La Orquesta Sinfónica Municipal dio fin a sus conciertos populares de las mañanas de los domingos con uno dedicado a la memoria del que fue su fundador y primer director, Eduardo Toldrá. Se inició la sesión musical con un «Concierto grosso», de Haendel, y la «Segunda sinfonía», de Beethoven. El maestro Rafael Ferrer supo obtener de ambas partituras todo el interés que despierta su audición, siendo aplaudidísimo, junto con los profesores de la Orquesta. La última parte estaba dedicada a las obras de Toldrá, de quien se interpretó el «Scherzo», de una «suite» del llorado maestro, que la Orquesta ofrecía en primera audición. Fue escuchado con atención y aplaudido con emoción a su terminación. Ferrer levantó la partitura en alto, ofreciendo así a la memoria del autor los aplausos del público, puesto en pie. A continuación el tenor Juan Ferrer cantó con sumo gusto, emotiva dicción y perfecta comprensión del clima de la obra las cinco canciones «L'ombra del lledoner», que Toldrá compuso sobre

PALACIO DE LA MUSICA. — Mañana martes, 10'30 noche. LA TRAVIATA, ópera en 4 actos de Giuseppe Verdi; María Soler, Eduardo Jiménez, José Simorra, Eduardo Soto. Mtro. director: Jorge Egea. Dirección escénica: F. de A. Toboso.

poesías de Tomás Garcés. Creadas inicialmente para piano, el mismo Toldrá instrumentó parte de la «suite» para orquesta, habiendo completado esta labor con las restantes el maestro Ferrer, con todo cariño y deseo de mantenerse en la línea sensitiva del autor. Nuevas ovaciones coronaron la interpretación de estas páginas, que dejaron en los oyentes la emoción y el regusto de la poética versión de la obra de Toldrá.

—También la Banda Municipal ha clausurado el ciclo de sus conciertos populares con uno celebrado el viernes por la noche, con extraordinarios atractivos, que congregó mucho público en el Palacio de la Música. «Egmont», la popular obertura de Beethoven, y el poema sinfónico «Muerte y Transfiguración», de Strauss (esta obra como conmemoración del centenario de su autor), constituyeron la primera parte del programa, aplaudida con unanimidad por los asistentes, aplausos que el maestro Pich Santasusana ofreció al autor de la partitura. En la segunda, la pianista Susanne Lessner, como solista, interpretó con la banda el «Concierto para piano y orquesta», de Schumann, en la menor. La versión de la concertista fue muy acertada, recibiendo aplausos muy nutridos y merecidos.

En la parte final los Orfeones «Atlántida» y «Enric Morera», que dirige el maestro Antonio Coll, cooperaron con la Banda en tres obras sinfónico-corales: de Beethoven, de Grieg y la última de César Franck, que fueron interpretadas con calor por la numerosa masa coral y los profesores de la Banda, en feliz conjunción, acertadamente dirigida por el maestro Pich Santasusana, que con el maestro Coll y los solistas, junto a cantantes y profesores, recibió ovaciones fragorosas del público, que tan asiduamente asiste a los conciertos populares de nuestra Orquesta y nuestra Banda municipales, hasta el punto de constituir una institución barcelonesa de renombre internacional, los cuales despidieron a nuestras dos formaciones hasta la próxima temporada.

L. G. M.

El violinista Ricci y la Orquesta Municipal

Asociación de Cultura Musical clausurará el Curso 1963-64 el próximo miércoles día 10, por la noche, en el Palacio de la Música, con un importante concierto en el que interviene como solista el violinista Ruggiero Ricci con la Orquesta Municipal de Barcelona, bajo la dirección del prestigioso maestro Rafael Ferrer. El programa que será interpretado está integrado por Primera Sinfonía de Beethoven y los Conciertos en sol menor de Max Bruch y en re mayor de Brahms, para violín y orquesta.

DIARIO DE BARCELONA

3 - 6 - 1964

MUSICA

Recital por Montserrat
Caballé, soprano, y
Miguel Zanetti, pianista

Hoy, a las diez y cuarto de la noche, celebrará en el Palacio de la Música, un recital Montserrat Caballé, soprano, con Miguel Zanetti, pianista, dedicado a los socios de Cultura Musical. El programa, que interpretará Montserrat Caballé, está integrado por doce «lieders» de Richard Strauss, cuatro canciones de Debussy, 2 de Granados, la primera audición de tres canciones de La Natividad latina, de Xavier Montsalvatge, y dos canciones de Joaquín Rodrigo.

3 - 6 - 1964

LOS CONCIERTOS

Los lieder de Schubert en el Ateneo

La quinta y última sesión dedicada al ciclo de «lieder» de Schubert tuvo lugar como en ocasiones anteriores en el Ateneo Barcelonés, al que acudió un numerosísimo auditorio para escuchar tanto las significativas obras del gran romántico, como para conocer la interpretación que les daba la soprano norteamericana Eva Marie Wolff, a quien acompañó el pianista Jaime Padrós.

La versión de la liederista fue excelente, gracias a la calidad de su voz, de un timbre muy uniforme, de tensa inflexión lírica y de una encantadora emoción. Diecisiete canciones figuraban en el programa, lo que inclinó esta audición hacia una cierta monotonía, inevitable aunque de las páginas de estos «lieder» trascienda lo mejor de la personalidad de Schubert. La contención expresiva de la cantante contribuyó también a aumentar la uniformidad de público dejó de admirar la calidad y la audición, pero en ningún momento el público dejó de admirar la calidad y sensibilidad musical de Eva Marie Wolff y la flexibilidad expresiva con que la acompañó el pianista Jaime Padrós. — X. M.

Otros conciertos

En el Círculo Medina actuó la pianista Alicia Font Puig. Dio pruebas de estar dotada para el piano, pero el programa escogido —con una parte dedicada a Chopin y otra a Ravel, Debussy, Albéniz y Granados— era demasiado complejo para una artista en curso de formación, cuya técnica no ha alcanzado todavía la necesaria madurez para afrontar el público de conciertos.

En la Sala de Letras de la Biblioteca Central, la voluntariosa orquesta de cámara «Amics dels Clàssics», que dirige con mucha autoridad el maestro Juan Palet Ibars, interpretó la suite «Don Quijote», de Telemann, y las «Miniaturas», de Juan Manén. Su actuación fue particularmente acertada, probando que el conjunto va alcanzando una progresiva cohesión.

En la segunda parte fue muy aplaudido el Coro del Colegio Mayor Montserrat, bajo la dirección del maestro Angel Colomer del Romero, el cual, en colaboración con la orquesta, interpretó obras de varias escuelas y tendencias, entre ellas dos melodías folklóricas de Bolivia, espirituales negros y fragmentos pertenecientes a destacadas partituras de Purcell, Elgar y Grieg.

En el Auditorium del Amparo de Santa Lucía se ofreció a las cieguecitas allí residentes un concierto, en el que tomaron parte la Orquesta Sinfónica Estela, el doctor Fidel Saval y don Pedro Iglesias en calidad de solistas de piano y oboe, respectivamente.

Montserrat Caballé en la Asociación de Cultura Musical

Esta noche en el penúltimo concierto de esta temporada organizado por la Asociación de Cultura Musical interviene la admirada cantante Montserrat Caballé cuyos últimos éxitos en diversas actuaciones celebradas en Sudamérica y diversas capitales europeas van afirmando la extraordinaria calidad de esta artista.

Montserrat Caballé colaborará con el pianista Miguel Zanetti ofreciendo un programa en el que destacan doce «lieder» de Richard Strauss, canciones conocidas de Debussy, Granados y Rodrigo y el estreno de dos «Canciones de la Natividad Latina», de Xavier Montsalvatge; un «Romance que cantaron los seraphines» sobre un poema de fray Inigo de Mendoza y una «Oração» con letra de autor anónimo portugués.

La Cultural anuncia para el miércoles, día 10, una nueva actuación del violinista Ruggiero Ricci, solista de la Orquesta Municipal bajo la dirección de Rafael Ferrer en los Conciertos de Max Bruch y Brahms.

1 - 6 - 1964



PAGINA DE LA MUSICA

Ruggiero Ricci, otra vez

La presentación de Ruggiero Ricci por la «Asociación de Cultura Musical» hace poco menos de un mes, fue una excelente sorpresa. La vuelta del famoso violinista para clausurar el curso de la Cultural, si no ha renovado la sorpresa —aunque su actuación ofreciera la novedad del acompañamiento orquestal— ha mantenido nuevamente el interés de los que descubrieron en el primer recital barcelonés de Ricci un intérprete de insólitas posibilidades.

Los conciertos de Max Bruch y de Brahms confirmaron las cualidades de un artista, que sin duda podemos calificar de excepcional a pesar de la disparidad de su talento. En la personalidad de Ruggiero Ricci, domina el nervio expresivo que le mantiene en un estado constante de paroxismo lírico y la agilidad y precisión de su mecanismo que parece estar siempre al acecho de la oportunidad para desencadenarse y dejar al oyente deslumbrado. Esto, el violinista lo consigue indefectiblemente en Paganini. En los caprichos, en los dos conciertos del compositor italiano, tan cargados de ardor latino como de fuga y estremecimiento en el ritmo, hay toda la substancia que Ricci necesita para sus interpretaciones. El concierto de Max Bruch y mayormente en el de Brahms contienen algo más que llama sentimental y artificio técnico, algo que el violinista norteamericano a veces se le escapa. Su versión como solista de estas obras fue inestable. En muchos episodios alcanzó toda la dimensión expresiva que podíamos desear del violín. Algunas frases y temas de la partitura de Max Bruch, en manos de Ricci alcanzaron una intensidad emotiva y un fulgor inigualables. En cambio, otras y en especial la candente línea melódica de ciertos momentos del concierto de Brahms, tuvieron a través de la dición del violinista, un acento menos convincente, faltado de claridad y sobrado de color y fogosidad, con excesiva tendencia al «rubato», con episodios desequilibrados y precipitaciones entre el solista y la orquesta.

Matizamos con estas apreciaciones la actuación de Ruggiero Ricci como solista de la Orquesta Municipal, pero de ninguna manera queremos empujarnos su éxito que fue grande y merecido y que el artista reafirmó interpretando fuera de programa la «Joues» de la última Partita de Bach y el «Capricho n.º 5» de Paganini, dicho vertiginosamente y recibido por el público con entusiasmo perceptible en el fragor de los aplausos.

La participación en el concierto de la Orquesta Municipal bajo la dirección de Rafael Ferrer fue valiosa. El programa empezó con la Primera Sinfonía de Beethoven interpretada con aplomo y notable riqueza de matices. Ferrer y el conjunto en las obras de Max Bruch y Brahms consiguieron una notable cohesión. Algún desajuste entre orquesta y solista no puede atribuirse más que a insuficiencia de ensayos. Con alguno más, no hay duda de que se hubiese conseguido una sincronización total entre Ricci y nuestra orquesta y nuestros instrumentistas. — X. M.



Mercedes Plantada, con el compositor y pianista Joaquín Nin, en un concierto dado en París hacia los años treinta

MEDIO SIGLO DE CANCIONES

MERCEDES PLANTADA

Esta noche, los incontables admiradores de Mercedes Plantada le ofrecen un homenaje. Reunidos en torno a la artista en una cena de amistad, podremos expresar la adhesión de todos a un arte mantenido durante cincuenta años a un alto nivel de calidad, abierto a todos los horizontes del «lied» y la canción sin más limitaciones que las propias de un criterio selectivo, honesto y refinado.

El nombre de Mercedes Plantada ha tenido y tiene una viva significación para la cultura catalana de las últimas décadas, durante cuyo tiempo su voz, en la que encontramos todas las resonancias y todos los ecos líricos de nuestra manera de sentir, ha sido el vínculo de expansión de la música autóctona y la que sirvió para aproximar la de otras latitudes y caracteres. Ella dio a conocer las primeras canciones de Toldrà, casi todas las de Lamote, de Joaquín Nin y de la mayoría de los compositores de aquí, desde el ilustre Manuel de Falla hasta los más modestos. Con la misma fe, con aquella sinceridad de acento y su voz fresca y radiante cantó en los primeros programas que incluían las melodías de Strauss o Stravinsky quienes la acompañaron al piano. Toda la gama del «lied», romántico, las arias clásicas, la canción de cámara en general y también el oratorio con una fugaz incursión en la escena —ella fue la primera intérprete de «El Giravolt de Maig», compuesto para ella por Eduardo Toldrà— justificaron una constante presencia de Mercedes Plantada en la sala de conciertos, sobre todo en los años de la inolvidable «Associació de Música de Càmera», de los «Amics de la Música» y de los conciertos de la «Orquesta Pau Casals».

Mercedes Plantada se mantiene en activo y hace partícipe de su recio y fuerte temperamento artístico a sus numerosas alumnas del Conservatorio del Liceo. Sería imposible dudar de su maestría y eficacia en la labor pedagógica y ciertamente cualquier cantante que se haya beneficiado de sus enseñanzas y consejos conocerá el secreto de cantar sin que el rigor musical empañe nunca la espontaneidad y hondura expresiva. A pesar de todo, la fragancia en la manera de decir, la claridad, el color y la alegría de la voz de Mercedes Plantada no creo que pueda tener continuadores ni imitadores. Esta noche vamos a decirle a la artista que la eufonía de sus canciones permanece viva en la sensibilidad de todos. — X. MONTSALVATGE.

DESDE MADRID

TRIUNFO DE «PEPITA GIMENEZ» Y TORMENTA EN EL «DON JUAN»

Dejemos para la próxima semana la referencia sobre las dos óperas que concluyen el primer «Festival» madrileño y que habrán tenido ya lugar, quizás, cuando se publique este comentario. Hay amplio campo y tema de glosa con los dos anteriores que nos han sometido a un salto harto fuerte, al pasar desde el «Don Juan», de Mozart a la «Pepita Giménez», de Albéniz, en la versión nueva de Pablo Sorozábal.

No hay que decir nada a éstas fechas sobre la obra del compositor salburgués. Si, que en la versión que escuchamos en el Teatro de la Zarzuela encontró el público vibrante, apasionado y directo de la capital motivos para el entusiasmo, pero también para la repulsa. Entusiasmo que acogió, sobre todo, el trabajo de Giorgio Taddeo, bajo cómico admirable, en «Leporello» y de Alfredo Kraus, que cantó un «El mio tesoro» de antología, por calidad musical, perfección, técnica y línea. En cambio protestó cruentemente el mal momento de Antonio Campó, apenas audible por cortedad cuantitativa que a él mismo le influyó hasta el punto de ser causa de graves y casi constantes desajustes. Al concluir el primer acto percusiones adversas y siseos categóricos apagaron los aplausos y el telón se levantó con la escena vacía de intérpretes. Luego, frases gritadas, referencias no del todo limpias de pasión, hubieron de influir incluso en algunos intérpretes, como Enriqueta Tarrés, que habían comenzado bien su trabajo. El de Ana María Higuera, dentro de sus medios no excepcionales, fue bueno; el de Isabel Penagos, si aceptamos como idónea para la «Doña Ana» su voz —cosa muy discutible—, excelente. Y plausibles los de David y Villarejo, así como, en general, el de la Orquesta Filarmónica llevada con todo conocimiento por su maestro, Odón Alonso.

Triunfo abierto, inmediato, en el estreno de «Pepita Giménez». Presencia, que dio más realce a la gran gala del abarrotado teatro, de la esposa de S. E. el Jefe del Estado. La obra de Albéniz, en el decisivo arreglo —reinstrumentación parcial, acondicionamiento de las voces, cambios, cortes, revisiones— de Pablo Sorozábal, consiguió un veredicto entusiasta, sobre todo al concluir el primer acto. Y ello pese a un libreto impracticable, por la menos que mediocre versificación, el absurdo de las situaciones y el final que modifica el de Valera y cae dentro de un viejo estilo muy llamado a desaparecer. A veces deseáramos una mayor levedad en la orquesta, que no siempre deja que nos lleguen las voces en su plenitud. Otras, en cambio, es en la orquesta donde gustamos calidades mayores y, aquí, allá, surgen temas, frases, melodías de honda españolidad, de bello curso y calidad lírica extraordinaria. Por ello, como por lo difícil que es el encuentro de gran-

des óperas nacionales, hemos de sumarnos al público alborozo de la noche en que se dio el estreno; a los votos que muchos formulaban entonces por que surja un nuevo afán de escribir obras de teatro musical, ahora que el nuevo teatro oficial de la ópera tendrá que apoyar tales intentos y hacer materialmente posibles los estrenos, cuan-



Alfredo Kraus, uno de los cantantes más seguros y repetidamente celebrados en la temporada de ópera que ha tenido lugar en Madrid

do incluso entidades privadas como el Liceo les han dado paso. ¡Y ahí está el ejemplo sazonado de «Una voz en off», de nuestro Montsalvatge!

Queda por advertir que al éxito coadyuvaron los intérpretes todos —Lorenz y Kraus, magnífica pareja central, Clara Alcalá, Campó, Torres, Catania, Rico, Monjo, el «ballet» de Pilar López, los coros de López Cobos, la Filarmónica...— volcados en una versión «a la española» —a la brava— de la que fue timonel entusiasta el maestro Pablo Sorozábal, que levantó al concluir la partitura, como en dedicación especial de los aplausos a la memoria de Albéniz. — Antonio FERNANDEZ-CID.

El maestro Ricart Matas y los «Amigos de los Museos»

«Amigos de los Museos» han rendido un simpático y original homenaje a un ilustre hombre de música; al maestro J. Ricart Matas, violoncelista, profesor, musicógrafo, fundador y director del Museo Municipal de Música de Barcelona que hoy se juzga uno de los más notables, especialmente por algunas de las piezas que en él se cobijan, como sus magníficos órganos. Una de las facetas del homenaje de los «Amigos» ha sido precisamente un concierto de órgano. Para ese concierto se eligió el templo barcelonés, recoleto y barroco, corus-

cante de oros y luces de San Severo, a la sombra de la Catedral, la iglesia que posee el más antiguo órgano de la ciudad y de más bellas resonancias y nobilísimos timbres.

El concierto de órgano dedicado a una sola persona y oído por unas pocas, corrió a cargo de Montserrat Torrens, nuestra admirable intérprete de este instrumento. Durante el acto, el presidente de «Amigos de los Museos», señor vizconde de Güell, acompañado de la Junta Directiva, le concedió la medalla de oro de la Entidad en reconocimiento a una vida consagrada a la música y a la musicografía.

Ciertamente, J. Ricart Matas ha sido un trabajador infatigable de la música, como intérprete y como historiador de todas las cosas de la música.

El doctor Tomás Carreras Artau —con el cual el maestro Ricart fundó el Museo Municipal de Música— escribió cierta vez la semblanza de nuestro extraordinario musicógrafo y dijo: «...es un hombre delgado, afable y sencillo, que se halla en plena madurez mental, físicamente ni joven ni viejo, espíritu esencialmente curioso e investigador, quien durante su vida ha sabido aliarse, sin esfuerzo y con toda naturalidad, el ejercicio de su carrera artística con las tareas docentes y la búsqueda en bibliotecas, archivos y museos de música».

Como violoncelista recorrió las grandes ciudades europeas. Le acompañaba siempre una pianista excepcional, particularmente para él: su madre, Carmen Matas, sensible y exquisita intérprete. Cuando murió su colaboradora, Ricart Matas en un gesto lleno de ternura, de afecto y adhesión hacia su madre renunció a los conciertos.

Ricart Matas —que por cierto es un políglota— residió durante trece años en Londres, alternando las ocupaciones musicales con sus pacientes rebuscas en la Biblioteca del British Museum. Después de Londres, Barcelona. De regreso a España —aún nos valemos del esbozo biográfico de Carreras Artau—, se estableció en Barcelona. En el Congreso Internacional de Musicología celebrado en nuestra ciudad en 1936, desarrolló el tema «Los instrumentos musicales en la iconografía hispánica de la Edad Media». En 1942 obtuvo por concurso oposición la cátedra de violoncelo de la Escuela Superior de Música —hoy Conservatorio Superior de Música—, a la que se agregó más tarde la enseñanza del folklore musical.

Después vino la creación del Museo de Música, sus libros, sus traducciones, sus estudios, su delicioso «Refrancero Internacional de la Música y la Danza...».

Y hoy ha llegado el homenaje, como podía haber llegado ayer, porque Ricart Matas, maestro en tantas cosas, siempre ha sido una figura digna de festejar, de colmar de honores, porque si el músico es bueno, el hombre vale. — A. M.

LOS CONCIERTOS

Fin de curso en «Tardes Musicales»

«Tardes y Veladas Musicales» han cerrado el curso con un balance artístico favorable que ha compensado la apatía del público y su desapego para la música de cámara que la aludida asociación intenta aclimatar con la organización de periódicos recitales en el Colegio de Abogados.

El último de estos conciertos fue confiado al tenor Juan Ferrer y al pianista Jorge Albareda, con quien el primero ha trabajado a conciencia la especialización de «liedistas», muy bien enfocada puesto que la canción de cámara es la más adecuada para sus facultades y temperamento.

La voz de Juan Ferrer, de una delectable calidad lírica, alcanza su mayor ductilidad en el «lied» romántico, que expresa con un acento sincero y emotivo. La oportunidad de escucharle al lado de Jorge Albareda, pianista de intensa musicalidad con el que el cantante ha sabido compenetrarse totalmente y el hecho de haber preparado ambos un programa antológico de la melodía romántica, partiendo de sus antecedentes —Falconieri y Scarlatti— hasta llegar a sus últimas derivaciones —Wolff y Strauss, sin olvidar a nuestro compositor José Soler—, fueron los factores determinantes del éxito obtenido por ambos intérpretes que, correspondiendo a las demostraciones admirativas del auditorio —limitado pero atento y enervorizado—, bisaron el «Morgen» de Strauss añadiendo un nuevo «lied» de Schubert. Otros cinco del mismo compositor, así como cinco más de Brahms, figuraban en la parte central del programa y proporcionaron tanto al cantante como al pianista la oportunidad de alcanzar los más cálidos matices en la dición. — X. M.

Inmediatas audiciones

La temporada musical prácticamente ha terminado. Sólo tenemos noticias de dos conciertos inmediatos:

Hoy noche, en la Biblioteca Central, la Orquesta «Amics del Clàssic» ofrecen

una extraordinaria audición de la que destaca una parte del programa dedicada a obras del maestro Enrique Morera. Cantará las «Cançons de carrer» el tenor Cayetano Renom, interpretándose también un «Andante» para cuerdas y la sardana «Davant la Verge». Completan dicho programa una suite de Purcell y un concierto para viola y orquesta de Hoffmeister (solista, Francisco Fleita). Dirigirá el maestro Juan Palet Ibars.

La «Orquesta Sinfónica Estela» anuncia para el lunes por la noche en el Colegio de Abogados un concierto bajo la dirección del maestro Cobi Grau con el siguiente programa: Obertura de Wallace. Arias y canciones de Rossini, Faure, Beethoven, Cobi Grau, Montsalvatge, Altisent y Rodrigo por la soprano Carmen Vilalta. Concierto para piano y orquesta de Mendelssohn (solista Ana M. Ibars). Sinfonía en fa menor (estreno) de R. Subirachs.

MUSICA

NOTICIARIO

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL. — RUGGIERO RICCI, VIOLINISTA. — PALACIO DE LA MUSICA

El mundo de nuestros conciertos pasa por la constelación norteamericana. Después de Van Cliburn, ha sido el italoestadounidense Ruggiero Ricci. Lo mismo que el pianista, Ricci es un producto puro de la enseñanza musical de su país. Y eso es muy importante. Ya no se trata de alumnos aventajados que cruzaron el océano para recibir una enseñanza definitiva, un acabado, en los conservatorios serios de Europa, o al lado de un concertista famoso. No; Van Cliburn y Ricci, han salido de las escuelas de su país, y nos confirman en una cosa, por otra parte previsible desde hace tiempo. La existencia de una escuela autónoma en Norteamérica; escuela que, al comienzo, ha importado sus dirigentes de Europa; pero que, desde hace unos años, con aquella solera, va creando su estilo y se va definiendo, y cada vez tiende a definirse más y con más robustas características.

Un rasgo común de los artistas musicales formados en los Estados Unidos, es la claridad de concepto; su manera de «objetivar» la obra y construirla perfectamente para el que la escucha. La otra norma se

refiere al sentimiento. Existe un cierto pudor, que hace, en ocasiones especiales — por ejemplo, hablando de Ricci, en la frase lírica extratemática del primer movimiento de la sonata en do menor de Beethoven — que, en vez de abandonarse al rubato inevitable de aquel impulso, el intérprete más bien lo pasa como sobre ascuas, como si temiese cometer algún pecado contra un imaginario sexto mandamiento de un decálogo musical. En otros casos semejantes sucede lo mismo. Fenómeno tanto más notable, por cuanto el juego de Ruggiero Ricci no es nada inexpressivo ni académico. Parece como si el intérprete se dijese a sí mismo: «Sentimiento muy bien, pero hasta cierto punto». Y este «cierto punto» no se fija por razones de un esteticismo preciosista que no quiere desplazar los rasgos de su beldad, sino más bien, por consideraciones que diríamos de ética, de una cierta coquetería moral. En este aspecto, los norteamericanos, aunque sean de descendencia latina, como Ricci, continúan sin saberlo las maneras del puritanismo que, en Inglaterra y en los Estados Unidos, fue una de las bases morales sobre las cuales se ha estructurado la nación.

Aparte de estas consideraciones, Ruggiero Ricci es un violinista que domina de una manera impecable su instrumento, lo que se pudo comprobar en su correctísima versión de la Partita en «si menor», de J. S. Bach, en la sonata en «do menor», la séptima de las que escribió Beethoven para violín y piano, dedicada al zar Alejandro de Rusia, el adversario de Napoleón; obra de un gran patetismo (la «Patética» está en el mismo tono, y ya es sabido que el compositor daba suma importancia a la tonalidad, siempre significativa); con uno de los más expresivos y profundos adagios que jamás escribiera el gran músico; y, el de la segunda parte del concierto, escuchando la bonita sonata de Prokofiev, tan nublada y vehemente y los tres Caprichos, números 17, 5 y 24 de Paganini.

EL CORREU CATALÀ
30 maig 1964

MUSICA

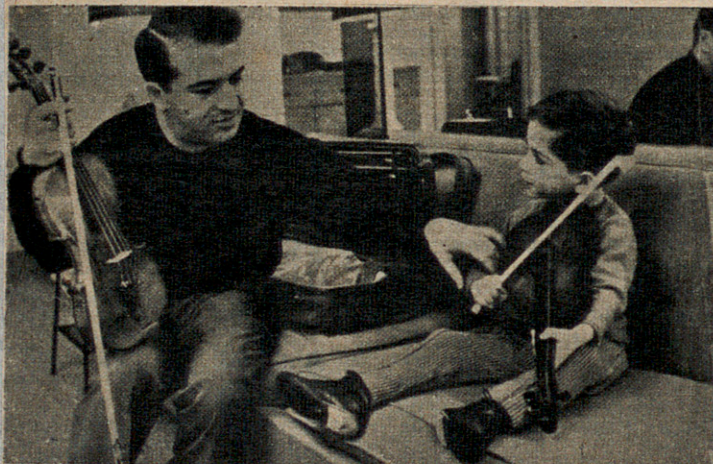
por E. GISPERT

UN IMPORTANTÍSIMO VIOLINISTA:

RUGGIERO RICCI

CON un criterio de máxima exigencia, podría limitarse la selección de los más grandes violinistas actuales a unos doce nombres, encabezados quizás por Menuhin, Oistrakh y Stern.

tativas. En términos generales, el actual énfasis mecánico no tiene verdaderos puntos de contacto con los exhibicionismos de otros tiempos en los cuales el alarde era un fin en sí mismo.



Ruggiero Ricci dando clase a su hijo

Dentro de esta selección restringida sería forzoso incluir la figura de Ruggiero Ricci. Con la particularidad, de que, tanto por su cronología como por su actitud espiritual, el intérprete italo-americano pertenece a una generación más joven que las de sus preeminentes colegas.

Ricci es un típico intérprete de nuestra era discográfica, en la cual la sabiduría técnica constituye, más que en ninguna otra época, un requisito previo a toda ulterior consideración artística. Requisito que, impuesto sobre todo por el oído y la memoria de los aparatos grabadores, ha de ser entendido como poderosa fuerza depuradora de transición hacia más fieles síntesis interpre-

Hoy se persigue mayor claridad, mayor honestidad en los medios de expresión, como vehículo de acercamiento a la verdad musical. Ciertamente que la atención especialísima dirigida al detalle técnico defrauda a veces los legítimos derechos de la sensibilidad y de la lógica constructiva: el desequilibrio acecha siempre en los periodos de reacción y de transición.

Semejantes consideraciones podían ser formuladas a propósito de la sorprendente versión que Ricci dio de la Sonata en do menor, de Beethoven, en la cual no convencieron ni el económico matiz expresivo, ni el discontinuo diálogo desarrollado con el excelente pianista Helmut

Barth. Acaso la sonata romántica a dúo no sea el género más apropiado para Ricci. Su especialidad fundamental es el repertorio para violín solo, maravillosamente ejemplificado en el célebre disco en el que interpreta sonatas de Bartók, Prokofiev y Hindemith y la «Elegía» de Stravinsky. En la sesión que comentamos, la Partita en si menor de Bach brindó el primer testimonio deslumbrante de la capacidad mecánica de Ruggiero Ricci, si bien su uniforme rigor expositivo llegó a los límites de lo enjuto. Al final, tres de los más vertiginosos Caprichos de Paganini acabaron de demostrar el inaudito virtuosismo del intérprete. Este tuvo mayor oportunidad para poner de manifiesto su vertiente sensible y la elegancia de su pensamiento musical en una perfectísima versión de la Sonata en re mayor de Prokofiev, una de las obras mejor conseguidas del desigual compositor soviético. Fuera de programa, las Danzas Rumana de Bartók y un Largo de Veracini fueron magníficamente interpretadas, aunque con el común interrogante de un exceso de velocidad.

Hay que agradecer profundamente a la Asociación de Cultura Musical la presentación de este importantísimo violinista, al que podremos oír nuevamente en el concierto con orquesta que clausurará el curso de la entidad.

18 maig 1964

MUSICA

RUGGIERO RICCI, UN VIOLINISTA DE PRIMERA CLASE «LA DAMA BOBA», DE WOLF-FERRARI

Empezó esta semana, bastante cargada de actos musicales, con el concierto que Ruggiero Ricci dio para los socios de la Asociación de Cultura Musical. Nacido este artista en Norteamérica, aunque de ascendencia italiana, se encuentra hoy día en los primeros lugares mundiales de su especialidad; así lo confirmó en su concierto del pasado martes, en el que escuchó las más unánimes ovaciones que fueron correspondidas con numerosas obras fuera de programa, como las «Danzas rumanas», de Bela Bartok, una página de Veracini y la popular y efectista «Jota», de Sarasate. El programa se inició y terminó con obras a violín solo, en las que se destaca mejor la maestría y dominio técnico del ejecutante; las obras fueron la «Partita en si menor», de Bach, y tres «Caprichos», de Paganini. Si la primera fue tocada con toda la austeridad que requiere la música de Bach, en los Caprichos números 17, 5 y 24, los más populares, se demostró hasta qué punto la mano humana puede obtener del violín torrentes de notas en un malabarismo que subyuga, arrancando

del auditor el aplauso entusiástico. Estas endiabladas páginas no pueden tolerar la medianía, y si en su audición puede a veces apreciarse alguna desafinación pasajera y de escaso valor, hay que pensar que no puede obtenerse otra cosa de la conjunción de movimientos a que su interpretación obliga a los dedos de la mano derecha y al arco. Creemos que es imposible obtener más de lo que Ricci nos ofreció.

En el centro del programa escuchamos la «Sonata en do menor op. 30 n.º 2», de Beethoven, en la que pudimos apreciar un lirismo propio de un artista consciente que no se entrega fácilmente a los efectos de galería, así como una comprensión muy clara de los momentos destacados de cada tiempo. La otra obra fue otra Sonata, la en re menor op. 94, de Prokofieff, con menos contenido emocional que la de Beethoven, pero también muy agradable de escuchar, cuando la toca un maestro del violín. No es necesario decir que en el transcurso de todo el programa fue aplaudido con calor y entusiasmo por los asistentes.

La Orquesta Clásica de Acor-

deones, que dirige con tanto entusiasmo la profesora Pepita Sellés, se presentó como otros años en el Palacio de la Música con un programa integrado por transcripciones de obras conocidas, preparadas por la propia directora. Todo el programa fue muy aplaudido, alargándose con algunos extras, también apreciados inmejorablemente. Los intérpretes, así como su dinámica directora, recibieron el homenaje de los merecidos plácemes del auditorio.

El Club de Fútbol «Junior», cuyas actividades artísticas han formado ya costumbre en nuestra ciudad, dedicó su anual reunión operístico, al estreno de la ópera de Wolf-Ferrari, «La dama boba», versión lírica de la comedia de Lope de Vega del mismo título. Esta representación, que se enmarca perfectamente en el cuarto centenario del memorable escritor, constituye, como es costumbre en anteriores actos, un memorable acontecimiento artístico.

Los numerosos cantantes, todos ellos del más puro carácter aficionado, pese a sus innegables y reconocidas cualidades vocales y artísticas, fueron dirigidos por Antonio Carbonell Costa, que alcanzó una versión perfectamente sincronizada del plano vocal y orquestal. Los aplausos del auditorio se sucedieron entusiásticos y unánimes para intérpretes y director, prueba del agrado con que fue escuchada la obra.

La representación se celebró, por primera vez en el Palacio de las Naciones de Montjuich, enmarcando la escena con decorados de Juan Amat y Luis Fontanet, de acertada composición.

L. G. M.

15 maig 1964



Ruggiero Ricci, violinista-prodigio

El arte de Ruggiero Ricci, que hemos conocido gracias a la iniciativa de la Asociación de Cultura Musical, resulta curiosamente actual y anacrónico a la vez. El violinista, de ascendencia italiana, nacido y formado en los Estados Unidos, tiene todas las características de un intérprete americano que cuida el mecanismo hasta límites de insospechado prodigio. Hay quien dice que Ricci puede ejecutar los «Caprichos» de Paganini del derecho y al revés, empezando por el final, con idéntica facilidad. Si no es verdad, podría serlo a juzgar por la seguridad, viveza, soltura y decisión con que ofreció tres de estas piezas antológicas del virtuosismo violinístico, los «Caprichos» 5, 17 y 24. En cuanto a agilidad de dedos y control del arco, ya no cabe más que lo conseguido por el artista en esta música de escaso valor intrínseco pero de una habilísima textura violinística que pone a suprema prueba la capacidad del intérprete.

No todo es artificio digital o malabarismo de arco en el estilo de Ruggiero Ricci, como quedó probado en la bellísima «Sonata», opus 94, de Prokofiev, que dijo con un temple extraordinario. El violinista, que además se beneficia de la calidad de timbre de un soberbio «Guarnerius», manifiesta también un fuerte temperamento especialmente comunicativo cuando la obra requiere un fraseo ancho y fogoso. Su expresión, pero, en última instancia, parece obedecer a un rigor, a un deseo de no entregarse más que en contadas ocasiones a la efusión. Tocó, por ejemplo, la «Partita en si menor», de Bach, con una áspera y fría exactitud, y también la «Sonata n.º 2», de Beethoven, como soslayando sus episodios más líricos. El artista dio la sensación de encontrarse a sí mismo en Paganini y hasta en la infima «Jota» de Sarasate, que no podía faltar entre los bisés. Esto dio a su actuación un matiz anacrónico, paliado en parte por la aludida «Sonata» de Prokofiev, por tres de las seis «Danzas Rumanas», de Bartók, y por un arioso del florentino Francesco Veracini, añadidos también en el programa para corresponder a los aplausos que el auditorio prodigó.

Ruggiero Ricci fue excelentemente acompañado por el pianista Helmut Barth, que, sobre todo en la «Sonata» de Beethoven, demostró adaptarse perfectamente al solista sin anularse, con una clara idea de su misión. La Cultural anuncia para el 11 de junio el concierto de clausura del curso con una nueva actuación de Ruggiero Ricci, como solista de la Orquesta Municipal, dirigida por Ferrer. Será interesante escuchar al artista sincronizado con el conjunto instrumental, del que indudablemente destacará brillantemente. Si tocara el «Concierto» de Paganini, avanzamos que su éxito sería sensacional.

X. MONTSALVATGE



EL VIOLINISTA RUGGIERO RICCI

De nacionalidad norteamericana, pues nació en San Francisco, pero de origen italiano, Ruggiero Ricci parece haber reunido en su temperamento y en su personalidad, las características opuestas y por lo mismo, complementarias, de dos naturalezas musicales: la tradicional mediterránea, lírica, expresiva y cálida y la moderna americana, técnica, fresca y áurea.

El resultado de la confluencia en un sólo caudal, de dos manantiales de distinto signo, de diferente estética y tal vez diverso propósito expresivo, ha sido bueno. En Ruggiero Ricci encontramos la luminosidad y la temperatura italianas, contrapesadas por una técnica más fría, que evita las fogosidades espectaculares y los lirismos desorbitados y encontramos un estilo moderno, una mecánica americana, contrapesada por el sentimiento y la profundidad latinos, que evita la superficialidad y la impersonalidad.

Esta aleación, por decirlo así le ha permitido ofrecernos una versión de la *Partita en si menor*, de Bach, para violín solo, impregnada de un espíritu más germánico que el que suelen lograr los italianos, sin caer en la aridez o en el escolasticismo en que a veces caen los alemanes.

También en la *Sonata en do menor*, op. 30, núm. 2, de Beethoven se ha podido observar esa ponderación, ese equilibrio entre la profundidad trauductiva y el mero virtuosismo. Y en la *Sonata en re*, op. 94, de Prokofiev, se ha puesto de relieve cómo esa mezcla de dos opuestas maneras de pensar y decir, puede ser útil, cuando se equilibran, para encontrar la justa dosis de coloridos y golpes de efecto, sin dejarse llevar de mórbidos efectismos y la justa vehemencia lírica, sin que resulte excesivamente refrigerada ni frenada por la técnica virtuosística.

En los *Tres Caprichos* números 17, 5 y 24 de Paganini, apareció sin velos el total virtuoso que hace "diabluras" con el violín y domina dificultades casi inejecutables, con una facilidad y flexibilidad asombrosas.

ponderado intérprete, un virtuoso de gran clase y sobre todo, el artista que en todo momento halla el justo

Es pues Ruggiero Ricci un fiel y

medio entre esos dos inseparables enemigos que se llaman ejecución exacta e interpretación profunda.

Excelente colega suyo es el pianista Helmut Barth, que lo mismo ocupa su plaza en primera línea, al lado del violinista, en las Sonatas, reclamando nuestra atención y admiración por la pulcritud de su mecanismo y la riqueza de sus matices, como sabe pasar a la penumbra de acompañante, con una perfección que también admira.

Presentado por la Asociación de Cultura Musical, los afiliados a esta entidad se entusiasmaron y aplaudieron a ambos con gran vehemencia, obligándoles a salir a saludar incontables veces y a interpretar algunas piezas fuera de programa.

Jaime TORRENTS

13 maig 1964



TEATROS Y CINES



ASOCIACIÓN DE CULTURA MUSICAL

RUGGIERO RICCI, UN VIOLINISTA DE ASOMBROSO MECANISMO EVIDENCIADO ESPECIALMENTE EN LOS "CAPRICHOS", DE PAGANINI

La Asociación de Cultura Musical presentó anoche, en el Palacio de la Música, al violinista Ruggiero Ricci, nacido en San Francisco de California, pero perteneciente a una familia italiana. Venía precedido de la fama adquirida por unas excepcionales dotes de mecanismo, que ya asombró, a los nueve años de edad, cuando hizo su presentación en el "Carnegie Hall" de Nueva York, habiendo recorrido después, no sólo toda América, sino distintos países de Europa y también Australia. Hace dos años causó sensación en Rusia, a donde volverá la presente temporada. Le acompaña el pianista alemán Helmut Barth.

Ruggiero Ricci se impuso al público, en efecto, por unas dotes de mecanismo verdaderamente extraordinarias, puestas al servicio de un magnífico instrumento, un "Guarnierius del Gesu" del año 1734, de óptima sonoridad. Admiramos, desde luego, en el concertista italo-americano una afinación impecable, una firmeza y seguridad de arcada excepcionales, una digitación precisa en la mano izquierda que no admitía el menor fallo, siempre guardan-

do las condiciones exigidas por una perfecta cuadratura. Todo ello, producto de un estudio disciplinado, férreo, que permite al intérprete ejecutar con la mayor facilidad y aplomo las más erizadas dificultades virtuosistas.

Estas dotes técnicas pudieron apreciarse a lo largo de todo el programa, pero de un modo más convincente y trascendental en la última parte, dedicada especialmente al lucimiento que ofrecían la "Sonata en re mayor" de Prokofieff y tres de los "24 Caprichos" de Paganini. Porque la verdad es que la "Partita en si menor" de Bach fue traducida con cierta rigidez, rozando la frialdad. Faltó la hondura o la gracia expresiva que exigían las cuatro piezas incluidas en la obra, también denominada "Sonata II", según la edición de Breitkopf und Hartel, mientras que la "Sonata en do menor op. 30 n. 2" de Beethoven, si fue interpretada con perfecta corrección de mecanismo, faltó, a nuestro entender, la expansión emotiva que requerían, de un modo especial, los pasajes lentos del "Adagio cantabile", pues aunque Ruggiero Ricci obtuvie-

ra con su flexible arcada un "vibrato pleno", éste se hacia monótono. Faltó aliento anímico en el matiz... Mucho más feliz estuvo en las notas rápidas de los "Allegros", que requieren más agilidad que dicción emotiva.

Pero todo lo dicho no le quita a Ricci el aplastante triunfo conseguido en tres de los "24 Caprichos" de Paganini, en los que el genial violinista genovés agotó de tal modo las posibilidades del instrumento, que ello motivó la leyenda de "su pacto con el diablo". Fue maravillosa, en verdad, la ejecución de todas las florituras erizadas de las mayores complicaciones de mecanismo: dobles y triples cuerdas, sucesión de notas vertiginosas, contrastes de sonoridades en la región aguda, "pizzicatos" combinados con los roces del arco en las cuerdas, dobles armónicas... En fin, toda la gama de endiabladas dificultades que el autor puso al servicio de una superficialidad, que no deja de ofrecer atractivo melódico en el último de los "Caprichos", que ha merecido transcripciones para piano por Liszt, Brahms, Rachmaninoff y otros compositores.

Los entusiásticos y clamorosos aplausos y "bravos" obligaron a Ruggiero Ricci a conceder, fuera de programa, las "Danzas húngaras" de Bela Bartok, "Jota Navarra" de Sarasate y un "Largo de Bach".

El pianista Hemmut Barth mostró las excelencias de su técnica, clara, sobria y ágil, especialmente en las "Sonatas" de Beethoven y de Prokofieff, cuyas partes de piano adquieren la misma importancia que la de violín. Fue, igualmente, muy aplaudido.

Manuel R. de Ilander

19 - 4- 1964

Un bello recital de Gaspar y Cheko Cassadó

La Asociación de Cultura Musical de Barcelona ha querido unirse al homenaje que las Sociedades Filarmonicas han rendido a Gaspar Cassadó con motivo del cincuenta aniversario de su primer concierto en España.

En el concierto del viernes por la noche Cassadó con su esposa, pianista japonesa de excepcional calidad, tocaron una Toccata de Frescobaldi, extraordinariamente bien escrita para instrumento de arco, dominio en el que el compositor italiano fue un gran innovador; seguidamente Siete Variaciones sobre un tema de Mozart, de Beethoven y la «Sonata Op 58», de Mendelssohn, obra de virtuosa escritura instrumental, sonata muy cara a Cassadó que la ha interpretado en varias ocasiones. El programa finalizaba con la «Sonata en fa mayor, Op. 99», de Brahms, segunda y última Sonata que Brahms escribió para piano y violoncello.

En esta obra la parte de piano, esencial, tuvo en Cheko Hara, una artista idónea que trabajó la obra con visión netamente occidental. Su ejecución fue fuertemente contrastada y de gran convicción. El conjunto que forman Gaspar y Cheko Cassadó está perfectamente identificado, fruto de largas horas de trabajo en común.

La ejecución de Cassadó está dentro de la mejor escuela violoncelística, de la que el ilustre músico catalán es uno de los mejores exponentes: su maestría instrumental es innegable.

La libre expresión de Cassadó no nos pareció excesivamente preocupada por la construcción de la obra.

El sonido de Cassadó en esta ocasión fue más cálido y bello que nunca, gracias quizás al excepcional instrumento que nuestro músico posee en estos momentos: un Stradivarius, construido en 1709, tocado por el famoso Boccherini y que se ha conservado hasta nuestros días en España; extraordinario como instrumento. Cassadó sabe extraer de él sonoridades insólitas, de gran calidad.

Ha dicho Cassadó en una entrevista que su instrumento prefiere la música clásica, es en este aspecto que haremos el único reproche a este Concierto.

¿Por qué Cassadó, que tanto ha hecho para la música contemporánea, adaptando la técnica violoncelística tradicional a las exigencias de las obras actuales —pienso ahora en alguna composición de Dallapiccola, trabajada con la colaboración de Cassadó—, no ha programado en esta ocasión ninguna obra contemporánea?

¿Por qué esta voluntaria limitación en este recital del hombre que admiramos como un auténtico artista de nuestro tiempo?

Cheko y Gaspar Cassadó ampliaron su programa con dos obras de regalo —la última de ellas, intermezzo de «Goyescas», de Granados— para corresponder a los generales aplausos. El triunfo del Dúo Cassadó fue brillante, total. — M.

19 - 4 - 1964

CONCIERTO POR EL «DUO CASSADO», EN EL PALACIO DE LA MUSICA, DEDICADO A CULTURA MUSICAL

Años largos que es reconocido y admirado por el mundo filarmónico, sin par. «virtuosismo» violoncelístico de Gaspar Cassadó. Todas sus actuaciones concertísticas han procedido siempre triunfales. No en vano es de excepción su magisterio instrumental; es preeminente su personalidad musical.

La nueva actuación del ilustre violoncelista en nuestra ciudad —en esta oportunidad realizada en colaboración con su esposa, la excelente pianista japonesa Chieko Hara— había sido esperada con sumo interés por los filarmónicos barceloneses. El «Duo Cassadó» que ambos artistas constituyen es un dúo instrumental de excepcional categoría artística.

Admirable es la compenetración técnico-sensitiva que establecen en sus actuaciones concertísticas conjuntas.

Así, el concierto que dedicaron a los asociados a Cultura Musical fue

una selecta manifestación de música de cámara; la interpretación privó en grande. A todas las obras seleccionadas para este su recital instrumental conjunto les asignaron sus respectivos estilos discursivos; dieron claramente a entender sus formales planteamientos. Fue una delicia auditiva su versión instrumental de la «Toccata», de Frescobaldi —¡qué aterciopeladas sonoridades plasmó en las alturas instrumentales del violoncelo Gaspar Cassadó!—; las «Siete variaciones sobre un tema de Mozart», de Beethoven presentaron sus variadas conjugaciones temáticas por la inteligente traducción verificada por los concertistas, que acreditaron al máximo, podría decirse, sus sobresalientes aptitudes concertísticas en su vigorosa interpretación de la «Sonata en Fa mayor», de Brahms, en cuya vibrante acción traductiva pusieron de relieve la romántica fisonomía de la obra, su sinfónico planteamiento.

La excepcional actuación concertística del «Duo Cassadó» mereció las entusiastas demostraciones admirativas que le ofrecieron los asociados.

A. CATALA

Concierto por los pianistas Ana María Cardona y Francisco Burrull, en el Instituto Norteamericano

Los jóvenes y excelentes concertistas del piano, Ana María Cardona y Francisco Burrull, celebrarán un extraordinario recital en el salón de actos del Instituto de Estudios Norteamericanos el próximo día 21, a las 7.30 de la tarde. En la primera parte, Ana María Cardona interpretará obras de Albéniz, Granados y Halfter, y Francisco Burrull obras diversas de Gershwin, Fuleihan, Bela Bartok y R. de Llauder.

En la segunda parte, ambos concertistas interpretarán, a dos pianos, «Scaramouche», de Milhaud, y la «Rapsodia Sincopada», de Manuel R. de Llauder, de cuya obra fue solista Ana María Cardona cuando el estreno en su versión de «ballet» en el Gran Teatro del Liceo, en el transcurso de la temporada 1962-1963.

18 - 4 - 1964

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

UNA PRIMOROSA ACTUACION DEL "DUO CASSADO", CON OBRAS DE FRESCOBALDI, BEETHOVEN, MENDELSSOHN Y BRAHMS

Aclamaciones entusiásticas —"bravos" mezclados con insistentes aplausos— se oyeron anoche en el Palacio de la Música durante el concierto ofrecido por la "Cultural". ¿Motivo de ello? La maravillosa actuación del "Duo Cassadó" con un programa muy selecto, que integraban obras de Frescobaldi, Beethoven, Mendelssohn y Brahms.

La reaparición de nuestro querido y admirado violoncelista era esperada con gran expectación, máxime cuando en esta oportunidad le acompaña-

ba su esposa, la exquisita pianista japonesa Chieko Hara, a la que nosotros nunca habíamos oído y que anoche se manifestó como una depurada artista del teclado, completísima en técnica, magnífica en expresión. Además, se había anunciado que este concierto formaba parte de los organizados con motivo del cincuenta aniversario del primero de Gaspar Cassadó en España. Por lo que se refiere a Barcelona, creemos que su primera actuación pública fue en 1906 —contaba ocho años— en el antiguo

teatro de Novedades, acompañado por el pianista Ramón Guitart. Más tarde formaría Cassadó aquel buen cuarteto en el que tuvo como compañeros a Massiá, Quer y Garangou. Después, y tras sus estudios con Pablo Casals, en París, a donde le llevó su padre, el compositor mataronés Joaquín Cassadó y Valls —maestro de capilla de la Merced—, realizaría largas y triunfales giras artísticas por Europa y América...

Anoche se nos presentó Gaspar Cassadó con un violoncelo histórico: un "Stradivarius" construido en Cremona en 1709, que perteneció al Palacio Real de Madrid, donde lo tocó Bocherini y que desde hace muy poco tiempo ha pasado a ser propiedad de nuestro violoncelista. Con este instrumento de óptima calidad sonora, inició Gaspar Cassadó la velada en unión de su esposa, para llevar pro-

fundo delcete al auditorio con la "Toccata", de Frescobaldi, seguida de "Siete variaciones sobre un tema de Mozart" debidas a Beethoven, un primor de ejecución por los dos artistas, que se alternan en esta obra en los cantábiles y en la profusión de adornos. Ambos, en depuradísima cohesión espiritual y técnica, que volvió a patentizarse en la brillante "Sonata en re mayor op. 58", de Mendelssohn, a partir del impetuoso desarrollo del primer "Allegro", combinada la vehemente vibración del violoncelo, tanto en las notas graves como en las agudas, con los ágiles recorridos digitales de ella por el teclado, como así sucedió también en el último movimiento, "Molto allegro vivace", mientras privó la gracilidad conjunta en el "Allegretto scherzando" y fue una pura delicia la dicción en el tierno "Adagio", con los sonos

18 - 4 - 1964

MANO A MANO

CHIEKO HARA y GASPARD CASSADÓ



Gaspar Cassadó ha venido con un Stradivarius. El famoso violoncelista está muy contento por ello y tiene ganas de contar su historia; la del instrumento.

—Este violoncelo —dice— lo tocaba Luigi Boccherini, que fue durante veinticuatro años maestro de capilla de palacio. El instrumento lo construyó Stradivarius en 1709.

—¿Por cuántas manos ha pasado?

—Después de Boccherini, pasó a la colección del infante don Sebastián; luego, por herencia, a un pariente suyo, al marqués de Hernani y finalmente estaba en la colección de instrumentos del maestro Juan Quintero y éste me lo ha cedido a mí.

—¿Cuántos años supone ha permanecido mudo?

—Calculo que durante ochenta años nadie lo ha tocado.

—¿Hay muchos violoncelos Stradivarius?

—Creo que no llega ni a cien.

—¿Qué tiene, musicalmente, un Stradivarius que no tenga otro que no lo sea?

—Su matiz, la belleza de calidad. Aunque sean muy buenos los demás, un Stradivarius es cosa aparte, fuera de concurso.

—¿El suyo a qué es sensible?

—Le gusta más la música clásica; tengo la impresión de que con él la música moderna no suena lo mismo.

—¿El clima le afecta?

—Sí; lo tengo desde hace pocos meses, pero si un día voy a los trópicos no me lo llevo, no hay que exponerlo a temperaturas calientes, ni frías.

—¿Le plantea problemas su traslado?

—Muchos. Cuando viajo en avión, si no me lo dejan, por las buenas, cerca de mí, le saco un billete como a una persona. No permito que viaje, como equipaje, con las maletas, expuesto a que le caiga un baúl encima y lo haga polvo. El violoncelo a mi lado.

—Usted viaja con su esposa y el violoncelo, ¿a quién tiene más cerca?

—Siempre a mi mujer.

—¿De dónde viene ahora?

—De Roma; vivo en Florencia.

—¿Qué ha hecho este año?

—Norteamérica, toda Europa y estuve en el Japón.

—¿Por su mujer?

—Naturalmente, y por conciertos.

—¿Quién es más famoso allá, su mujer o usted?

—Ella; yo hago de príncipe consorte. Y me toleran; porque en el fondo no les gusta a los japoneses que las japonesas se casen con europeos.

—No es verdad —protesta Chieko Hara, su esposa.

—¿Cómo se entendieron la primera vez que se conocieron?

—Nuestro confidente fue la música —responde él—, yo no recuerdo nunca haberle dicho te quiero.

—¿Y usted Chieko?

—Tampoco.

—Yo me servía de mi violoncelo para hacerme entender.

—Yo contesté en mi piano.

—Y no ha hecho falta decir que nos queremos, desde entonces —resumí él.

—Al margen de la música, ¿en qué lenguaje hablan?

—Su primer maestro —explica él—, cuando tenía seis años Chieko, fue español; era primer premio del Conservatorio de Madrid, Pedro Villaverde, que estaba en Tokio. Cuando tuvo trece años la mandó a París al Conservatorio y ahí estudió con el gran

maestro Lazare Levy, y se ha educado en París. Es muy coqueta, le gustan los perfumes franceses y los vestidos. Nuestro idioma es el francés.

—¿En la vida musical hay perfecto entendimiento?

—Sí, y en la vida espiritual, porque ella es católica.

—¿Y en las costumbres, quién ha cedido?

—Siempre yo —confiesa él.

—Como todos los hombres del mundo entero —confirma ella.

—¿Y en las comidas también cede él? —pregunto a ella.

—Yo adoro la comida japonesa —responde el violoncelista—, me gusta comer "sukyarky" (carne cocida) y "tempura" (gambas fritas).

—¿Y el mobiliario de la casa?

—Europeo; dormimos en una preciosa cama matrimonial del siglo XVIII, castellana; es una pieza de museo.

—¿Cuál es su historia?

—La ignoro; la compré a un anticuario, en Oviedo.

—¿Qué ha puesto ella del Japón en su hogar?

—Un "tansu" (cómoda con aplicaciones de hierro) y un "kakemono" (una pintura que tiene doce siglos) —dice ella.

—¿Su familia?

—Procedo de Samurais. Lo que en España sería guerreros hidalgos.

—¿Qué significan su nombre y apellidos?

—Hara, quiere decir campo, y Chieko sabiduría en bondad.

—¿Es sabia y bondadosa en la práctica? —pregunto a él.

—Sí; lo era hasta que se casó conmigo.

—Es su mujer para toda su vida —le advierto.

—Sí; cuando nos dijo el obispo de Siena al casarnos: "sois marido y mujer para la eternidad", sentí un cierto sudor frío en la frente.

—Ya lo ha oído Chieko. ¿Y usted, qué pensaba?

—Yo soñaba.

—¿Cuántos años llevan casados?

—Cinco años y en este tiempo he descubierto —sigue él— que cuando mejor se encuentra es en casa, y me ha sorprendido agradablemente que le guste la cocina.

—Dicen —digo— que toda japonesa lo primero que aprende, y sin saberlo no se casa, es servir el té, cuidar las flores y tocar el instrumento japonés koto.

—Esas tres cosas sabe —interviene él—, pero su padre, que es director de un gran astillero, hombre moderno, no quiso que sus conocimientos musicales se redujeran al vetusto koto y por eso aprendió el piano. Gracias a esto yo la he conocido.

—¿Quién tuvo más suerte de encontrar al otro?

—Yo —él—. Yo quería casarme con una gran pianista y he tenido la dicha de encontrarme además con una mujer de hogar.

—¿Quién se considera más extraño, usted cuando va al Japón, o ella cuando viene a España?

—Yo en el Japón, que no sé hablar japonés, y a ella le encanta nuestro país.

—¿En casa lleva usted kimono japonés, Cassadó?

—Sí —ella—, y le cae muy bien. Además es muy cómodo para tocar el violoncelo.

—¿Toca en casa para usted?

—Muchas veces.

—¿Se ha casado con el hombre, o con el violoncelista?

—Con el violoncelista.

—¿Le duele a usted, marido, que así sea?

—No; así no hay equivoco; no es celosa del artista.

—Y usted, violoncelista, ¿a quién admira más a la mujer, o a la pianista?

—Empecé enamorándome de la pianista; ahora lo estoy de la mujer.

—¿Qué dice usted a esta confesión?

—Que ha cambiado; es otro.

—Pero la música les une en perfecta armonía...

DEL ARCO

18 març 1964

VIDA MUSICAL

ACTUACION DEL PIANISTA LUIS GALVE, EN EL PALACIO DE LA MUSICA

En la sesión celebrada anteayer en el Palacio de la Música por la Asociación Cultural Musical actuó el pianista español Luis Galve, cuyas excepcionales aptitudes concertísticas mediante el instrumento del teclado ya tuvimos oportunidad de poner elogiosamente de relieve en los comentarios dedicados a la interpretación del «Concierto para piano y orquesta», de Shostakowich ofrecida por la Orquesta Municipal en el transcurso de su cuarto concierto de invierno realizado el pasado febrero en la primera sala de conciertos barcelonesa, en cuya audición Luis Galve fue protagonista instrumental.

En esta su actuación concertística dedicada a los asociados a la citada entidad musical, Luis Galve mostró asimismo el excepcional «virtuoso» del piano. Por demás imponente es el depurado tecnicismo pianístico que acredita en sus actuaciones concertísticas: pulsando el teclado, sus ágiles dedos plasman sonoridades de nítida claridad. Sus interpretaciones proceden siempre oportunamente expresivas; en ningún momento manifiestan declamaciones «oportunistas».

Luis Galve inició sus recital con «Cuatro Sonatas», de Scarlatti, en cuyas airoas versiones instrumentales dio a comprender sus elegantes planteamientos discursivos. También estuvo notoriamente acertado el concertista en su interpretación de «Sonata en Re menor», de Schubert —obra no muy interesante; presentando efectismos sonoros el primer tiempo; excesivamente insistente la repetición del breve diseño melódico que priva en el curso del segundo apartado; el desarrollo del cuarto tiempo lleva impuesta una divagación ritmicomelódica—. Su traducción pianis-

tica de la citada «Sonata» vino a constituir una brillante manifestación de los medios coloristas del instrumento, y de lírico «bien decir», singularmente declarado en los expresivos fraseos asignados a la dicción del tiempo «Con moto».

En la interpretación de las obras inscritas en la segunda parte de su extraordinario recital pianístico, Luis Galve ofreció declaración de sus excepcionales aptitudes concertísticas. En su colorista versión instrumental de «Sonatina (pour Ivette)», de Xavier Montsalvatge, puso de manifiesto las cordiales expresividades líricas de la obra, sus fantásticas descripciones, al término de cuya audición, los asociados presentaron sus demostraciones admirativas a su prestigioso autor.

Cabe consignar, finalmente, que procedieron vibrantemente expresivas las interpretaciones ofrecidas por el concertista de las suntuosas composiciones pianísticas: «Dos Estudios», Rachmaninoff; «Dos Rapsodias», Brahms; «El Ruiseñor», Alabieff-Liszt, y «Polonesa en Mi mayor», de Liszt.

Luis Galve fue largamente aplaudido en el transcurso de su extraordinario recital pianístico.

A. CATALA

Concierto en el Ateneo Barcelonés

Hoy, a las 19.30 horas, en colaboración con el Instituto Británico y Juventudes Musicales de Barcelona, tendrá efecto un recital de piano a cargo de Carlos Santos, interpretando obras de Wyrd, Gibbons, Gérard, Bartok, Schönberg, Webern, Cabezón, Homs, Benguerel y Pueyo.

17 marzo 1964

LA MUSICA

LUIS GALVE CELEBRO ANOCHE SUS BODAS DE ORO ARTISTICAS CON UN CONCIERTO OFRECIDO A LA "CULTURAL"

Josefina Bartulí, en el "Amparo de Santa Lucía". — José Andreu y María Canela, en "Medina". — Antonio Besses, en el Ateneo

¿Será posible que Luis Galve celebre ya sus bodas de oro con su actividad concertística? Esto nos preguntábamos anoche al entrar en el Palacio de la Música y leer el programa en que así se anunciaba. Y es que nuestro gran pianista aragonés comenzó su actuación en público cuando apenas acababa de cumplir los cinco años de edad, en aquel concierto benéfico celebrado en Zaragoza, que fue punto de partida de sus giras artísticas por toda España y más tarde por Europa y América, interpretando a los más diversos autores y estilos.

Y anoche, al celebrar tan señalada efeméride para los socios de la Asociación de Cultura Musical, dio fe de esa amplia capacidad interpretativa que le caracteriza y sobre todo de ese buen gusto suyo en el decir, de su exquisita ductibilidad sensitiva, al servicio de una técnica siempre pulcra y segura, cualidades que le apreciamos desde el inicio de su actuación con "Cuatro Sonatas", de Scarlatti, seguidas de la "Sonata en re menor op. 53", de Schubert, compuesta tres años antes de su prematura muerte y que pese a su ampuosidad —característica de casi todas las sonatas que escribió— ofrece unas bellezas cautivadoras a lo largo de sus cuatro tiempos, combinada la ternura de los "cantábiles" —como el del "Andante sostenuto" a modo de "lied"— con el ardor de los pasajes agitados y la gracia rítmica —en el "Scherzo" y en el "Rondó"— todo lo cual fue expuesto con el mayor logro en las intenciones expresivas por el intérprete.

Llenas de atractivos, después, las versiones que Luis Galve nos ofreció de la "Sonatina (pour Yvette)", de Montsalvatge, tan pianística, con torrentes de notas vertiginosas en sus tiempos extremos, apareciendo en el último el infantil y viejo tema "Ah! Vous dirai-je, maman", que Mozart fue quizá el primero en desarrollar en variaciones y que el compositor gerundense adornó con profusión de arabescos y otras florituras rápidas para el lucimiento virtuosista del intérprete; de "Dos Estudios-Cuadros", de Rachmaninoff, vertidos en todo su rico colorido; "Dos rapsodias op. 79" de Brahms, con sus contrastes de delicadeza y arrebatos pasionales... Y si al final del programa, Luis Galve impresionó al auditorio con sus agilizas ejecuciones de "El ruiseñor" y de la "Polonesa en mi mayor" de Liszt —que ahora se toca poco y había sido una de las obras predilectas de Sauer— el auditorio gozó lo increíble cuando el gran pianista zaragozano, ante los reiterados aplausos, interpretó de modo delicioso un "Rondó", de Hummel, "Serenade for the doll", de la suite "Children's corner" de Debussy, y por último, "Serenata a la pastora", de Ernesto Halfter.

La joven soprano Josefina Bartulí, que acaba de obtener una beca de la Fundación March para perfeccionar sus estudios de virtuosismo vocal en Italia, añadió un triunfo más a los que ya tiene conseguidos, en su recital del domingo último en el "Amparo de Santa Lucía", Reafirmó en el mismo sus excepcionales dotes tanto para el "lied" como para la ópera, pues si en la primera parte, llevó la emoción al auditorio con sus exquisitas y sensibles interpretaciones de selectas canciones de J. S. Bach, Haendel, Schumann, Schubert, Mompou y Tolrá, imprimiendo a cada una el matiz adecuado, en la segunda patentizó la claridad de su grato timbre y la ductilidad de su registro al cantar escogidas arias de "Gianni Schicchi" (Puccini); "Canzone del salice", de "Otello" (Verdi); "Io sono lumile ancella" de "Adriana de Lacombe" (Cher); "Addio nostro piccol desco", "Manón" (Massenet) y "Tacea la notte placida" de "Il Trovatore" (Verdi).

Clamorosos aplausos premiaron su labor, que hubo de prolongarse para deleite de las cieguecitas acogidas a al benéfica institución y del público en general. Excelente el maestro Jaime Francisco Puig en su acompañamiento al piano.

He aquí a un flautista a quien auguramos un brillante porvenir artístico: José Andreu Batllori, alumno del prestigioso profesor F. Ri-

xac, del Conservatorio Superior Municipal de Música y de nuestra Orquesta Municipal. Recientemente su brayamos su depurada intervención solista en la "Séptima Sinfonía" de Beethoven, interpretada por la Banda Municipal, de la que es solista. Y el último viernes, reafirmó aquella impresión nuestra en el recital celebrado en el Círculo Medina, con la colaboración de nuestra admirada pianista María Canela.

En el programa se incluían obras de la "Sonata en sol menor", de Bach, "Introducción y variaciones", de Schubert, "Silfo" de Pich Santa-susana, "Soliloquio" de Mestres Quadreny (estas dos obras para flauta sola); "Juegos" de Jacques Ibert, "Sarabanda y Giga" de Renata Tarragó y "Sonatina", de Henri Dutilleux.

A lo largo de toda su actuación, José Andreu evidenció unas cualidades poco comunes en técnica y temperamento. Sonidos ductiles y aterciopelados en las notas graves y medias y un especialísimo acierto en la emisión limpia y expresiva de las notas agudas, siempre con arreglo a la matización exigida por cada obra.

Fue aclamadísimo, en unión de María Canela, como siempre, magnífica en su labor, especialmente en las dos primeras obras, de tanta importancia para el piano como para el violín. El programa hubo de ampliarse ante la insistencia de los aplausos.

Antonio Besses, predilecto discípulo del maestro Gibert Camins, confirmó, en su reciente recital en el Ateneo Barcelonés, en colaboración con nuestras Juventudes Musicales, las excelentes dotes de técnica y sensibilidad que le apreciamos no ha mucho en un concierto popular celebrado en el Palacio de la Música. Dedicó la primera parte a la "Sonata op. 5 n. 3 en fa menor" de Brahms, que pese a ser una obra juvenil del compositor hamburgués, no está exenta de profundidad en su subyugador lirismo, así como de riqueza de contrastes que van de lo melancólico a lo alegre, todo lo cual fue subrayado con pulcritud digital y acierto en los matices por el intérprete.

El joven concertista mostró, en la segunda parte, sus amplias posibilidades en la captación de distintos estilos al interpretar bellas páginas de J. Massié, F. Mompou y J. Zamacois, para terminar con "El Albaicín", de Albéniz, cuyas dificultades de mecanismo venció con temple y seguridad. Fue tan calurosamente aplaudido, que hubo de conceder, fuera de programa, una garbosa versión de la "Zambra" de Turina.

Manuel R. de Llauder

17 març 1964

EN EL PALACIO DE LA MUSICA NUEVO EXITO DE LUIS GALVE, EN UN ESCOGIDO RECITAL DE PIANO

Tras el rotundo éxito obtenido recientemente como solista del «Concierto núm. 2, para piano y orquesta», de Dimitri Shostakovitch, con nuestra Orquesta Municipal, el ilustre pianista Luis Galve reapareció anoche en el Palacio de la Música, para los socios de la «Cultural».

Un programa inteligentemente escogido, por no figurar en él, ciertamente, las obras al uso y abuso del repertorio cotidiano, hizo de Galve, una vez más, ese esforzado artista que más allá del triunfo asegurado de antemano en las audiciones fáciles de arrancar el aplauso, se nos muestra siempre preocupado por aportar a la música nuevos ángulos de apreciación en el plano interpretativo.

Con cuatro escogidas «Sonatas», de Scarlatti, inició Galve su recital en nuestra primera sala de conciertos. Significativo comienzo para una audición, en el momento en que el gran pianista aragonés celebra sus bodas de oro con la interpretación musical en público.

La escritura de Scarlatti, precursor de la moderna técnica en el campo del teclado, tuvo en Galve al idóneo pianista para ofrecer al atento auditorio esa ejemplar versión de una música concebida con profunda vocación de futuro en su línea melódica y en su estructura rítmica. La pulsación de Galve, unida en todo momento al empleo oportuno e inteligente del pedal, acertó en su radical esencia sonora a lograr el clima del mundo clásico, donde la originalidad de los temas — lejos está todavía de la sociedad histórica la propia conciencia de autor — cede con pleno sentimiento de humildad espiritual ante la exigencia estética.

Es el mundo de la forma, su cultivo riguroso, lo que imprime carácter y perennidad en el tiempo a sus grandes conquistas; época gloriosa en su estremecedora simplicidad, a través de la cual surge, como un milagro del destino, la fuente inagotable de formas, motivos y desarrollo sistemático de temas musicales, mientras el hombre sufre resignado — no el artista, que vive en su propio mundo — toda suerte de miserias, mitigadas tan sólo por el «favor» de los grandes magnates, en raros momentos de sensibilidad espiritual y trascendente.

Ese es el trasfondo de la música de Scarlatti, como el que permanece inmerso en la obra de tantos otros esclarecidos maestros clásicos. Ejemplo sublime de un magisterio formal y que Galve, consciente de su importancia, nos brindó sin concesión alguna al efectismo.

También la «Sonata Op. 53, en re menor», de Schubert, significó un nuevo éxito para este gran pianista. Obra que en muy raras ocasiones hemos podido escuchar, implica, sin embargo, un testimonio harto elocuente de la reflexiva ejecución artística de Schubert, en quien se conjuga, con meditada actitud, su respeto por el rigor clásico y el sentimiento arrollador privativo del romanticismo. No en vano existe en esta obra esa base armónica, de factura eminentemente cromática, que mucho nos hace pensar, hasta cierto punto, en lo que habría de ser poco después la importantísima carrera de Schumann y Brahms en el panorama de la música de Occidente. Y Galve, en efecto, supo traducir todo ese sistema — sublime fruto de un espíritu que obró siempre con arreglo a una intuición racional innata — a través de una audición de primer orden.

En la segunda parte de la velada, la «Sonatina» (pour Yvette), de Monsalvatge, tuvo en Galve a un pulcro intérprete, en todo el transcurso de sus tres tiempos. Línea segura, diáfana y, al propio tiempo, expresiva, fueron los presupuestos elementales en la dicción de esta inspirada obra del excelente autor catalán.

Completaron el programa «Dos Estudios-Cuadros», de Rachmaninoff «Dos Rapsodias, Op. 79», de Brahms. «El Ruiseñor», de Alabieff-Liszt; y la brillante «Polonesa en mi mayor», de Liszt. Todas ellas con arreglo a su propio dictado expresivo, fueron interpretadas por Luis Galve, dentro de un marco de autenticidad sonora.

R. Bayod y Serrat

CRITICA

MUSICA

por E. GISPERT

EL CUARTETO KOECKERT

CON la audición del Cuarteto Koeckert, presentado por la Cultural, hemos dado otro paso en el conocimiento vivo de los más importantes conjuntos de cámara actuales, conocimiento en el que últimamente concurren los múltiples conciertos del joven Novak Quartett y la reaparición del veterano Cuarteto Húngaro. Es de desear que nuestros organizadores reincidan, con habilidad, en estas incursiones dentro de la más pura región musical, y podamos seguir ampliando nuestra experiencia camerística, a través de los cuartetos máximamente destacados en el presente: los Juilliard, Budapest, Amadeus, Smetana, Italiano, etcétera.

También es deseable que, en estas como en otras ocasiones, sin perjuicio de complacer al público no especializado, se proyecten muy cuidadosamente los programas, analizando de modo particular las peculiaridades estilísticas de los intérpretes, el grado de ponderada novedad en las audiciones, y su calidad intrínseca. Sorprende, por ejemplo, que al Cuarteto Novak, de naturaleza eslava y especialización contemporánea, no se le haya podido aún oír en alguno de sus trascendentales cuartetos de Bartók.

En el programa del Cuarteto Koeckert, quizá se hubiera podido sustituir ventajosamente el prodigado cuarteto «americano» de Dvorak por alguna otra composición del repertorio germánico: Brahms, Hindemith y similares. Joseph Haydn tiene, sin duda, cuartetos de mayor sustancia que el primero del opus 54, situado en la apertura de la velada. Esta obra de circunstancias acusa su dedicación al ininterumpido lucimiento de cierto primer violín, en perjuicio de la riqueza contrapuntística y del contraste expresivo, pese a lo cual retiene la elegancia, la imaginación y la maestría formal distintivas de Haydn, que alcanzan su momento álgido en el sobrio y delicado tiempo lento. Koeckert y su conjunto mostraron claramente desde un principio sus características interpretativas, de las cuales sobresale una extraordinaria precisión



Robert Gerhard, joven

colectiva en todos los aspectos. La afinación, el equilibrio de volúmenes y la disciplina rítmica son insuperables. Se advierte cómo la consecuente limpieza de ejecución es el resultado final de un trabajo exhaustivo, en el que todo fue previsto hasta los menores detalles. Esta apariencia elaboradísima llega incluso a producir una leve impresión de falta de frescor expositivo, y de mecanización. Mejor que en Haydn, estuvieron los Koeckert en el opus 95 de Beethoven, el cuarteto más breve de este compositor, cuyos dos primeros tiempos ofrecen una bellísima exuberancia combinatoria.

CONCIERTO PARA VIOLIN Y ORQUESTA, DE GERHARD

EN nuestras circunstancias, difícilmente se hallaría una obra más adecuada para que Robert Gerhard volviera a tomar contacto con el gran público de su país. El Concierto para violín (1942), que, en su primera sesión de invierno ha estrenado nuestra Orquesta Municipal, con la colaboración solista de Xavier Turull, es, en efecto, una obra muy asequible, dentro de su abierta contemporaneidad. Pero además, parece contener una actitud espiritual cuya rememoración acaso sea especialmente oportuna. En su Concierto, Gerhard muestra una vertiente externa, brillantemente equilibrada, hábil, y otra vertiente interior, emocional, que, más o menos conscientemente, refleja un momento de profunda crisis anímica. Bajo las pompas de este Concierto, laten las evocaciones y el dolor del que ha visto derrumbarse el techo familiar. Es la música de un exiliado.

El Gerhard de la primera etapa inglesa (1938-1950, aproximadamente) prolonga su estética inicial, en la que se conjuga la tendencia nacionalista con la libre aplicación de la doctrina de Schoenberg. Algo así como un Bartók que hubiera adoptado parcialmente la serie, o como un Berg con raíces populares. Inscrito en este período y en tal estética, el concierto para violín es una obra de admirable estructura y magistral instrumentación. Incesantes desarrollos polifónicos y una rítmica muy contrastada proporcionan una sostenida eficacia formal, apenas quebrada por alguna concesión al clímax expresivo, que llega a su punto culminante en el segundo tiempo, y se resuelve en un final de amalgama, a la vez vital, amargo y humorístico, en el que los temas populares se presentan al descubierto. En la orquestación encontramos los signos más inmediatos del magnífico oficio que preside la obra.

13 febrer 1964

CRÍTICA

EN EL PALACIO DE LA MUSICA DESTACADA ACTUACION DEL "CUARTETO KOECKERT"

Para la Asociación de Cultura Musical, actuó en el Palacio de la Música el renombrado «Cuarteto Koeckert», de Praga, con un programa de sugestivo interés musical.

Este «Cuarteto», de singular ejecutoria artística, a través de sus actuaciones en las principales salas del mundo, está integrado por los siguientes artistas: Rudolf Koeckert, violín primero; Willi Buchner, violín segundo, Oscar Riedl, viola y Josét Marz, violoncelo.

Como primera obra del programa, nos ofreció el «Cuarteto en sol mayor, Op. 54» de Haydn. Escrita con arreglo a los más ortodoxos cánones de la escuela clásica, es esta una de las obras que con mejor claridad reflejan el soberbio cultivo de la forma, al par que el significativo imperio de la línea melódica, más allá de cualquier concesión al afectismo sonoro en gran parte privativo de la escuela romántica.

Este «Cuarteto» checoslovaco, consciente hasta el más profundo imperativo estético de la integración que los distintos instrumentos deben tener para constituir un todo orgánico, nos ofreció una magistral versión de la inspirada obra de Haydn, siendo su rasgo sobresaliente la claridad del fraseo melódico. De igual forma, el «Cuarteto en Fa menor, Op. 95» de Beethoven, tuvo en esta agrupación de cámara a los intérpretes idóneos que consiguieron una auténtica y ejemplar versión de la famosa partitura del gran maestro de Bonn, representativa por sí sola de la perfecta estructura en el género.

Individualización, dentro de un conjunto homogéneo, fue el factor determinante del éxito obtenido por el «Cuarteto Koeckert» que dejó en el ánimo del auditorio una impresión de la mejor calidad artística y honrosa actuación.

Finalmente, el «Cuarteto en Fa mayor, Op. 96» de Dvorak, rubricó con creces el triunfo de estos cuatro artistas, que por encima de todo saben sacrificar las excelencias de su personalidad individual para consagrarla en aras de un conjunto sonoro de la mejor calidad. He aquí, pues, una verdadera lección de virtuosismo de cámara y, consiguientemente, el éxito conseguido.

R. Bayod y Serrat

CRÍTICA

13 febrer 1964

Palacio de la Música

«ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL»

Es una excepcional agrupación instrumental de cámara el «Cuarteto Koeckert», que constituyen Rudolf Koeckert y Willi Buckner, violines; Oscar Riede, viola, y Josef Merz, violoncelo. De las superiores cualidades que distinguen sus personalidades artísticas, los instrumentistas germanos hicieron evidente declaración en el concierto que dedicaron a los asociados a Cultura Musical. Fue una selecta manifestación de música de Cámara esta su actuación instrumental conjuntiva.

Dieron superior tonalidad artística a esta sesión musical, el programa seleccionado para su celebración: Cuartetos, «en Sol mayor», de Haydn; «en Fa menor», de Beethoven, y «en Fa mayor», de Dvorak; y las sobresalientes aptitudes oratorias de sus intérpretes. Porque es justo consignar que entienden por lo alto la interpretación musical los componentes del «Cuarteto Koeckert». Actuando en

perfecta concordancia sensitiva, presentaron unas modélicas versiones instrumentales de los citados Cuartetos, en todo momento acordes a las intenciones discursivas que les asignaran sus inmortales autores. En sus admirables interpretaciones conjuntivas quedaron siempre entendidos los planteamientos formales; en primer plano declamatorio los elementos temáticos. Elegantes expresividades asignaron a su interpretación del «Cuarteto» de Haydn. Su dicción del tiempo «Adagio» procedió oportunamente fraseada; airoso el curso del «Vivace». Una vibrante traducción ofrecieron los instrumentistas del «Cuarteto» beethoveniano, poniendo brillantemente de relieve, en su acción interpretativa, en las vigo-

rosas acentuaciones expresivas que les asignaron, los dramáticos dibujos líricos de los cuatro tiempos de la obra.

También atestiguaron los instrumentistas sus sobresalientes aptitudes interpretativas en su matizada versión de los amables melodismos contenidos en el característico «Cuarteto» de Dvorak.

Repetimos: Es una excepcional agrupación instrumental de cámara el «Cuarteto Koeckert»; sobresalientes «virtuosos» de los instrumentos de arco son sus componentes. Así lo reconoció el numeroso concurso de asociados festejando con entusiastas palmadas su admirable actuación concertística conjuntiva.

A. CATALA

El maestro Santi Di Stéfano al frente de la Orquesta Municipal

Santi di Stéfano, uno de los valores italianos más cotizados en el arte de la dirección orquestal de nuestros días, se presentará mañana, al frente de la Orquesta Municipal de Barcelona con un programa en el que figuran en primera audición, obras de Respighi y Pizzetti.

En este concierto se presentará la arpista Giselle Herbet como solista en el «Concierto para arpa y orquesta» de Boieldieu, que asimismo se ofrece en primera audición. Completan el programa la Sinfonía «Linz», de Mozart, y la «Sinfonía breve», de Bellini, según revisión de Santi di Stéfano.

13 febrer 1964

LOS CONCIERTOS

El «Cuarteto Koeckert»

El antiguo «Cuarteto alemán de Praga», que posteriormente tomó el nombre de «Cuarteto Koeckert», ha sido presentado a sus afiliados por la Asociación de Cultura Musical, en un concierto que bien pudieramos calificar de antología «relámpago» del cuarteto de arcos, porque en el programa figuraban tres compositores representativos de tres situaciones estéticas disuntas y claramente perfiladas. Haydn, perteneciente a la fase en que la música está forzosamente circunscrita al gusto de los mecenas y de la época; Beethoven, primer compositor que abiertamente pone la música al servicio del «yo» y la hace traductora de una intimidad anímica; Dvorak, situado en el momento en que la música es captada del espíritu nacional, que busca su expansión.

También desde el punto de vista de la evolución técnica del cuarteto, ofrecía este concierto un particular interés, si atendemos a que Haydn pertenece a la época en que uno de los cuatro instrumentos «canta», mientras los otros armonizan; Beethoven es el máximo realizador de cuatro discursos melódicos intersubordinados, de cuya simultaneidad resulta la armonía; y en Dvorak encontramos ya la ocasional utilización de la técnica moderna, que se vale de cuatro discursos independientes unos de otros, lo que da lugar a efectos «verticales» sorprendentes.

En el «Cuarteto en sol», opus 54/1, de Haydn, que data de 1789 y sigue inmediatamente a la famosa «Sinfonía Oxford», los intérpretes dieron especial relieve a la elegancia cortesana que caracteriza esta obra, consiguiendo una impecable pureza en los perfiles melódicos y una sensación de ingravidez en la armonía.

El «Cuarteto en fa menor», opus 95, de Beethoven, llamado «Cuarteto Serioso», data de 1810, es el decimoprimer de los diecisiete que escribió el genio de Bonn y en él bullen la pasión y el dolor del desengaño, alrededor de su platonico idilio con Teresa Malfatti. Pletórico de energía, de turbulencias y de gestos rebeldes, es un modelo acabado de magistral construcción densa y audaz, ya en el umbral de la técnica moderna. Aquí el «Cuarteto Koeckert» sometió a triunfante prueba su unanimidad y su cohesión mecánica y expresiva.

Dvorak, en su «Cuarteto en fa», opus 96, escrito en 1893, y sexto de los doce que compuso, se entrega a una lírica tierna y fogosa, alternativamente. Checoslovaquia es hermana de Hungría y esto explica que el «Lento» tenga algo del «lassu» de la czarda y el «Vivace» final, algo de la «friska» frenética con que las czardas terminan. Los ejecutantes lucieron ahora un tercer aspecto de su arte: el virtuosismo.

Provisos de instrumentos que son verdaderas joyas, fundidos en una misma dedicación devocional al cultivo de esta noble forma de la música y artistas de fino temple y vasta preparación, los componentes del «Cuarteto Koeckert», constituyen una unidad espiritual y el resultado de su trabajo es óptimo.

Correspondiendo a los clamorosos aplausos que se le tributaban, interpretaron, fuera de programa, el «Andante» del «Cuarteto en re», opus 11, de Tchaikowsky.

Arturo MENENDEZ ALEYXANDRE

El maestro Santi di Stefano al frente de la Orquesta Municipal

Santi di Stefano, uno de los valores italianos más cotizados en el arte de la dirección orquestal de nuestros días, se presentará mañana viernes, al frente de la Orquesta Municipal de Barcelona con un programa en el que figuran en primera audición, entre otras obras, páginas representativas de la música italiana contemporánea: Respighi y Pizzetti.

En este concierto se presentará la arpista Giselle Herbet como solista en el «Concierto para arpa y orquesta», de Boieldieu, que asimismo se ofrece en primera audición. Completan el programa la sinfonía «Linz», de Mozart, y la «Sinfonía breve», de Bellini, según revisión de Santi di Stefano.

12 febrer 1964

Cuatro piezas de museo

2'51 h. Esta noche, en el Palacio de la Música, la Asociación de Cultura Musical, ha ofrecido a sus socios un concierto ejecutado por el Cuarteto Koeckert. Haydn, Beethoven (el infalible) y Dvorak (cada día más de moda en nuestra ciudad, pues no hay concierto en el que no se interprete alguna obra suya, desde que el "Orfeo Laudate" estrenó su "Stabat Mater"), han sido los autores programados.

El cuarteto lleva el nombre de uno de los componentes, Rudolf Koeckert. Me entrevisto con él, en el hotel donde se hospedan. Les sorprendió guardando celosamente los instrumentos.

Rudolf Koeckert toca con un violín Giambattista Guadagnini, que fue construido en Milán, en 1762, o sea, hace doscientos dos años.

Willi Buchner, el otro violín, posee otro J. B. Guadagnini, éste, fabricado en Parma, en 1737.

Oscar Riedl posee una viola Euricius Ceruti, construida en Cremona, en 1870.

Joset Merz, el violoncelo del conjunto, posee un Lorenzo Ventapane, hecho en Nápoles en 1830.

Por lo tanto, los cuatro miembros de este conjunto de Cámara, poseen

(Continúa en la página 29)

NOCHES DE LA CIUDAD

(Viene de la página 15)

cuatro instrumentos que son auténticas piezas de museo.

—¿Cómo y dónde formaron el conjunto? —le pregunto a Koeckert.

—Nos conocimos durante nuestros estudios en el Conservatorio de Praga y decidimos crear el Cuarteto a principios de 1939, con el nombre de "Cuarteto alemán de Praga".

—¿Por qué el cambio de nombre?

—Cuando la guerra, tuvimos que pararnos. Restablecida la paz, volvimos a encontrarnos fortuitamente en Bamberg. Durante algún tiempo pertenecimos como solistas a la Orquesta Sinfónica de aquella localidad, hasta que decidimos reunirnos de nuevo independientemente, dentro de la música de cámara y ya con el nombre de Cuarteto Koeckert?

—¿Viven en algún sitio concreto ahora?

—Desde hace diez años, fijamos nuestra residencia en Munich, pero apenas estamos allí, esa es la verdad, ya que no cesamos en nuestras "tournées" de conciertos por toda Alemania y demás países europeos, así como también a otros continentes.

—¿Cuáles?

—Desde 1955 hemos viajado y actuado en Indonesia, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Canadá y toda América del Sur.

—¿Actúan siempre en algún sitio determinado?

—Sí. Cada año, en Inglaterra. Ofrecemos en cuatro ciclos los cuartetos de Beethoven.

—¿Sólo una gira mundial?

—No. En 1961 fuimos a África del Sur y estuvimos hasta 1963 recorriendo de nuevo América, interpretando todos los cuartetos de Beethoven.

—¿Sólo interpretan música clásica - romántica?

—No. Desde hace cuatro años, o sea, desde que estamos invitados a los Festivales Internacionales de Salzburgo, Edinburgo y Wurzburg —Festival Mozart—, interpretamos no sólo el repertorio que comprende esta literatura, sino también las obras más importantes de los compositores modernos y contemporáneos.

En Estados Unidos opinan sobre este cuarteto que es la más importante agrupación de cámara del momento actual.

Carlos Carrero

12 febrer 1964

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL

UNA AGRUPACION DE CAMARA DE PRIMERISIMO ORDEN: EL "CUARTETO KOECKERT"

Oyendo anoche en el Palacio de la Música al "Cuarteto Koeckert" nos preguntábamos: ¿cabe una mayor perfección técnica y expresiva en un grupo de cámara? La respuesta llegaba inmediatamente a nosotros: No, no es posible una conjunción más equilibrada, más feliz en afinación y en matiz, de tan lograda homogeneidad de conjunto como la que nos ofrecieron a lo largo de todo el programa Rudolf Koeckert (primer violín); Willi Buckner (segundo violín); Oscar Riedl (viola) y Josep Merz (violoncello). Al primero se debe la fundación de este cuarteto en 1939, año en que los cuatro profesores se conocieron cuando estudiaban en el Conservatorio de Praga, formando a poco la agrupación de cámara con el nombre de "Cuarteto Alemán de Praga". También actuaron de solistas en la Orquesta Sinfónica de Bamberg y en la de Radio Munich. En 1955 emprendían la primera gira por todo el mundo. Han participado en los Festivales de Salzburgo, Edimburgo y Wurzburg.

Merece asimismo destacarse la extraordinaria calidad sonora de sus instrumentos. Los dos violines fueron contruidos por dos miembros de una famosa familia de "luthiers": los Guadagnini. El primero, por Lorenzo y el segundo, por Gianbattista. La viola, por Eric Ceruti, también de Cremona (1870) y el violoncello, por Lorenzo Ventapone, de Nápoles (1830).

Buenos intérpretes, buenos instrumentos... El resultado no podía ser otro que el profundo goce espiritual que este magnífico concierto ofrecido por la Asociación de Cultura Musical proporcionó al numeroso público que llenaba el "Palau".

El programa, además, bien seleccionado. Se rindió homenaje al creador del cuarteto, Franz Joseph Haydn, abriendo el concierto su "Cuarteto en sol mayor op. 54 n. 1", compuesto en 1789. Es uno de los que escribió como arreglo de "Las siete palabras", obra orquestal encargada por un párroco de Cádiz, como es sabido, para ser interpretada durante la Semana Santa, en consonancia con las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. Da preferencia Haydn en este cuarteto a la parte del primer violín, que Rudolf Koeckert ejecutó con una belleza y nitidez de sonido impecables, bien secundado por sus compañeros, perfectamente fundidos en expresión de conjunto.

Siguió el "Cuarteto en fa menor op. 95", de Beethoven, escrito en el año 1810. Obra de juventud, no deja de ser bulliciosa desde el "unisono" inicial, pasando por los animados diálogos entre los cuatro instrumentos, registrados en el "Allegro con brio". El "Allegretto" que le sigue es más bien de carácter místico, especialmente marcado por la intervención del violoncello, exquisitamente matizada por Josef Merz, como igualmente lo expresó Oscar Riedl, al iniciar con la viola, en la parte central, el movimiento fugado seguido de ornamentaciones a cargo de los cuatro intérpretes, que después se mostraron impetuosos en el "Allegro assai vivace" para terminar, tras un "largetto", cuyo ambiente doloroso se ha comparado al de un motivo del "Tristán" wagneriano, con el "Allegretto agitato", ejecutado con gran vibración dramática.

Verdadera delectación produjo, después, el acierto absoluto con que el "Cuarteto Koeckert" interpretó el exquisito "Cuarteto en fa op. 96", de Dvorak, que tanta similitud ofrece, en su línea melódica, con la "Sinfonía del Nuevo Mundo", pues como ésta, refleja las impresiones de la estancia del compositor checo durante tres años, en los Estados Unidos. En sus cuatro tiempos, con los contrastes de lo vivaz y lo sosegado, y en los que se alternan en los "cantábiles" los cuatro instrumentos, fueron vertidos con los mayores aciertos técnicos y expresivos por los cuatro intérpretes, que culminaron en el vigoroso final polifónico, con la recapitulación de los dos temas principales, modificados.

El desbordante entusiasmo del público motivó que el "Cuarteto Koeckert" nos regalara una emotiva versión del famoso "Andante cantabile" del "Cuarteto en re mayor núm. 1", de Tchaikowsky, con logradísimos matices en sordina.

11 febrer 1964

LOS CONCIERTOS

Los Cosacos del Don

Veinticuatro hombres atléticos, de gran talla y un director, Serge Jaroff, menos corpulento, pero cuya concentrada musicalidad y energía irradian una extraña sugestión, nos transportan, durante un rato, a un mundo lejano, poético, lleno de nostalgias y de evocaciones. Y lo consiguen con un arte reciamente viril, a veces con una aspereza selvática y, sin embargo, no exenta de gracia y de ternura.

En las canciones de estos hombres que conocen todos los rigores del exilio, hay fuerte sabor y color; son aires y ritmos, casi siempre folklóricos o religiosos, imponentes y un poco infantiles. Con una disciplina que tiene mucho de musical y algo de militar, cantan dando la sensación de una total espontaneidad, como si improvisasen. Y consiguen sorprendentes efectos onomatopéyicos; sensaciones de aproximarse y alejarse, hasta lo inverosímil; timbres metálicos de campana; trallazos vigorosos y «manchas» de color, como en una pintura impresionista.

Poderosos los graves, pastosos los medios y de gran aliento los agudos, este coro singular, en el que prácticamente todos los cantores son solistas, arrebató de entusiasmo al auditorio en la mayoría de las canciones que interpreta, casi todas arregladas por Serge Jaroff, con evidente dominio del arte polifónico.

Dos ágiles bailarines, de la mejor escuela rusa, ponen una nota de alucinante dinamismo en algunas de las interpretaciones. Jaroff, los cantores y los danzarines han escuchado largas ovaciones.

Michel Chauveton y Gerard Fremi en el Instituto Francés

Miguel Chauveton, que a partir de 1946, viene desarrollando intensa actividad en Europa y América, como concertista y como solista con prestigiosas orquestas, es un violinista de gran clase. Su estilo se inclina al academicismo, lo que no implica excesiva frialdad cuando las obras exigen temperatura expresiva, ni tampoco preciosismos virtuosísticos. Su volumen de sonido es extraordinario, su dicción muy precisa y diáfana y su juego de arco ágil y seguro.

Interpretó un «Concierto» de Vivaldi, concisamente, como dibujado «a punta de pincel». En la «Sonta número 1», de Brahms, se entregó a un adecuado lirismo efusivo. En «Seis danzas populares rumanas», de Bartok, logró un juego de armónicos de sorprendente intensidad y pureza, y en la «Sonata» de Poulenc, lució su espléndido mecanismo. Fue calurosamente aplaudido así como su acompañante Gérard Frémi, que en esta delicada misión, supo darle al piano toda la gama de jerarquías que cada obra le confiere, ya preponderante, ya dialogante, ya secundaria, con severa ponderación.

Poseedor de una mecánica fácil y segura y de una técnica de pulsación, muy dúctil, unida a un temperamento sensible a toda intimidad emotiva, su versión de seis «Preludios», del primer libro, de Debussy, resultó rica en sutiles matices y fielmente expresiva. Escuchó también muchos y merecidos aplausos.

Arturo MENENDEZ ALEYXANDRE

Asociación de Cultura Musical

Continuando su serie de grandes conciertos la Asociación de Cultura Musical presenta esta noche a las 10'15, en el Palacio de la Música al célebre con-

junto alemán Cuarteto Koeckert, considerado como una de las más importantes agrupaciones de cámara del momento actual. Interpretarán en el programa de esta noche cuartetos de Haydn, Beethoven y Dvorak. El próximo domingo, a las 10'30 de la noche actuará, en la segunda sesión correspondiente a febrero, la orquesta del A. I. D. E. M. de Florencia, que bajo la dirección del maestro Aldo Faldi y con el concurso del violinista Vittorio Emanuele ofrecerán el siguiente programa: «Obertura de El matrimonio secreto», de Cimarosa, «Concierto para violín y orquestas», de Mendelssohn, «Serenata nocturna», de Dvorak y sinfonía «El reloj», de Haydn.

3 febrer 1964

UNINSKY

La Asociación de Cultura Musical cuenta con un grupo de grandes concertistas, a los que

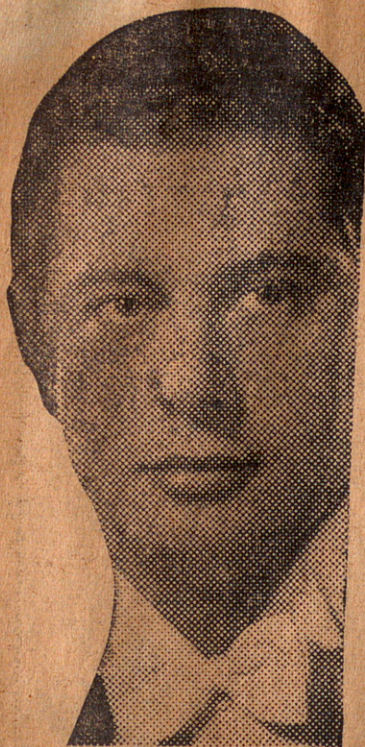
la amistad con los dirigentes de la entidad, el clima de confianza con que son tratados en Barcelona, les coacciona bondadosamente para aceptar venir a nuestra ciudad, que sin tales convincentes argumentos ignorarían quizá nuestra ciudad y aun España. Uno de estos concertistas es Uninsky, que una y otra vez consigue encontrar un hueco entre sus contratos mundiales, y más especialmente los que le acaparan en el continente americano, para dedicarnos alguna sesión, siempre interesante y agradable.

Hemos de decir que en esta ocasión y desde un punto de vista puramente personal, Alejandro Uninsky no nos emocionó como en otras ocasiones en que le hemos escuchado. ¿Causas? No queremos analizar obra por obra su labor del pasado lunes, pues, como siempre nos sucede, unas nos gustaron más que otras y el temperamento de los grandes concertistas no es siempre el mismo. Hagamos una excepción citando los «Cuadros de una exposición», de Moussorgsky, y las páginas chopinianas, que nos parecieron verdaderas obras de arte, y con esta cita enlacemos los aplausos que se le dedicaron, merecidos siempre, y su éxito al tener que añadir un par de obras más al programa para contentar a los entusiastas. Un buen concierto por una gran figura es el que escuchamos, con los siempre posibles pequeños lunares en la perfección que se exige a los consagrados.

L. G. M.

1 febrer 1964

MUSICA



RAFAEL FRÜHBECK

TENIENDO en cuenta que el concierto como hecho al margen de alguna asociación o entidad especializada no ha existido prácticamente en Barcelona durante el año 1963 y que la Orquesta Municipal ha desarrollado sus actividades con éxito pero sin notables desniveles con relación a otros cursos, la labor musical barcelonesa del pasado año en cuanto a resultados de mayor cuantía, debe ir ligada a dos instituciones que gracias a sus esfuerzos no siempre compensados por un público que hoy ya sólo se moviliza en masa para acontecimientos con nombres familiares incluso para los no especializados, han mantenido el interés del año musical —que no es igual a decir un año de música—. Me estoy refiriendo, el lector lo ha adivinado ya, a la Asociación de Cultura Musical y al Patronato Pro Música de Barcelona. Entre ambas, sin que la cita casi en exclusiva signifique desconsideración con las demás entidades que a la medida de sus posibilidades han hecho cuanto han podido por nuestra filarmónica, acaparan los conciertos más importantes lo mismo por la calidad de los intérpretes que por la selección de obras y confección de programas. Veamos.

La veterana Cultural ha alimentado sus sesiones con mayor predominio de las orquestas de cámara: la del Palazzo Pitti de Florencia, de Cámara de Mú-nich, la de Würzburg, la del Festival String de Lucerna, la de Cámara de Stuttgart y la Philharmonia Hungárica.

Pueden haber existido diversos criterios a la hora de juzgar la calidad de estos conjuntos, pe-

LA ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL Y EL PATRONATO PRO MUSICA MANTENEDORAS EN CALIDAD de la tradición musical barcelonesa

ro no creo que nadie haya podido poner en duda la valía de unas orquestas en realidad, muy buenas si de la calificación exceptuamos a la de Stuttgart, que a mi juicio entra ya en la de excepcional, especialmente cuando sus perfecciones se entregan a la obra de Bach, que es con el programa que la oímos por última vez. La Asociación de Cultura Musical nos ofreció, además, la actuación muy estimable del barítono francés Gerard Souzay, la siempre admirable técnica del violinista Campoli, la revelación de Rafael Puyana en un recital de clavecín inolvidable, la formidable actuación de Zino Francescatti con orquesta, y el gran acontecimiento de oír una vez más a Rubinstein, que a pesar de cuanto pueda censurarsele por personalismo interpretativo, continúa siendo el gran maestro de siempre, inimitable, porque lo que él hace sería blasfemia a veces en otras manos y es en él motivo de asombro y aplauso entusiasta.

El Patronato Pro Música de Barcelona ha seguido en la línea para la que fue creado: organizar conciertos de tal categoría y de presupuesto tan elevado que resultan prohibitivos para empresas particulares. Y así en ese renglón de excepcionales acontecimientos expuestos casi siempre a las pérdidas pero que no han hecho claudicar los ímpetus de los miembros del Patronato, hemos podido oír un Réquiem de Mozart dirigido maravillosamente por una de las primeras batutas del momento: Sergiu Celibidache, tan espectacular como eficaz y convincente y distinto según la obra. En el Réquiem fue un auténtico prodigio de austeridad del gesto, de limitación de movimientos, de profundidad de concepto. Para quien tuviera alguna reserva sobre la solvencia de este gran director, este concierto fue la confirmación de sus extraordinarias cualidades. Pudimos oír, asimismo, una memorable interpretación de «La Consagración de la Primavera», dirigida por Rafael Frühbeck a la Orquesta Nacional.

El mejor intérprete de la obra pianística de Beethoven, Wilhem Kemff, nos deleitó con un recital y un concierto con orquesta inolvidables, como no podremos olvidar a otro gran pianista que también nos dedicó un recital Beethoven y un concierto con orquesta dirigida por Andre Vandernoot, sensacional en la gran versión de «El mandarin maravilloso» de Bela Bartok. La última actuación de 1963 del Patronato fue una audición impresionante del Réquiem de Verdi, dirigido con todos los adjetivos encomiásticos a su favor por el maestro Mario Rossi —un gran divo sin divismos de la batuta— y con los solistas Pilar Lorengar, Olaria Domínguez, Luigi Ottolini y Boris Carmeli, con el Orfeón Donostiarra. Como puede apreciarse la labor del Patronato Pro Música de Barcelona no ha podido ser más espléndida, merecedora siempre de que el público apoye esta noble causa. En realidad no en todos los conciertos ha sido así y es una verdadera pena.

La Orquesta Municipal, bajo la dirección de Rafael Ferrer y maestros invitados, contribuyó sin apartarse de la tradición a mantener lo más alta posible la temperatura musical de nuestra ciudad con sus series de conciertos nocturnos —se suprimió la de primavera— y sus matinales, además de los conciertos de verano en el Teatro Griego.

Como nota sobresaliente del año 1963 puede considerarse el I Festival de Música de Barcelona, organizado por Juventudes Musicales en colaboración con el Excmo. Ayuntamiento, festival que fue un éxito rotundo y a cuyos organizadores debemos otorgar un margen de confianza y un apoyo total para que este festival se acreciente y tenga una continuidad tan fructífera como brillante. Barcelona lo necesita.

Otros muchos conciertos se han celebrado durante 1963, organizados por distintas entidades. Para ellas considérese trazado el elogio más adicto por un esfuerzo muy digno de consideración.

29 gener 1964

LOS CONCIERTOS

RECITAL UNINSKY PARA LA CULTURAL

Sin duda, Uninsky es un pianista de talla. No sería necesario saber que sus éxitos son constantes y de calidad, que sus giras europeas y americanas se multiplican y son refrendadas con las mejores frases de la crítica, para situarlo en el plano de los grandes virtuosos, en el que le emplazamos automáticamente cada vez que podemos escucharle. El fue uno de los primeros intérpretes de categoría que actuó en nuestro país después de la guerra civil, y en el curso de las dos últimas décadas ha venido cuatro veces para la Asociación de Cultura Musical. Siempre le hemos admirado tanto por las excelencias de su técnica como por la autenticidad de su expresión. Lo que Barcelona los conciertos de auténtica categoría se celebran muy de tarde en tarde, oímos periódicamente pianistas de muy diversas escuelas y vamos ma-

pasa es que ahora, a pesar de que entizando cada día más las preferencias, lo que nos impide casi siempre aceptar un concertista abiertamente y en todos los aspectos de sus interpretaciones.

Evidentemente, Uninsky ha depasado de mucho la zona en que coaccionan los problemas de mecanismo. Sus manos, su pulso no tiene defecto en cuanto a fuerza y agilidad y su expresión es siempre intencionada, por lo que estas cualidades merecen invariablemente el aplauso. Sin embargo, la aprobación del oyente es, a veces, relativa. Por ejemplo, en el recital del lunes, el sentido que dio a la «Sonata op. 31 número 3» de Beethoven, no es exactamente el que una gran parte de fieles melómanos hubiesen preferido. No sé si a causa del «tempo» llevado con premura y con apariencias de automatismo o por la inclinación a acentuar los contrastes de intensidad sonora, la interpretación resultó desvirtuada, al menos pensando en la que podía haberle dado alguno de los buenos pianistas alemanes que recordamos por haber actuado en nuestras salas.

Análogamente podríamos considerar su versión de la «Novelette op. número 8», de Schumann, tan compleja y trascendental, a pesar de lo que pueda sugerir el título. En cambio, en el «Impromptu op. 35», y en los dos raudos Estudios de Chopin, el arte de Uninsky alcanzó una dimensión extraordinaria, una penetración y fulgor que se mantuvo también en algunos episodios de los brillantes «Cuadros de una exposición», de Mussorgsky. Esta última obra, de tantas calidades orquestales, fue dicha por el pianista con sorprendente riqueza de matices, aunque con alguna que otra concesión al efectismo.

Hay que decir que el público quedó un tanto frío después de esta difícilísima interpretación, lo que hay que atribuirlo a que, más o menos conscientemente, la mayoría de los asistentes hubiesen preferido una última parte dedicada a Chopin. Los aplausos, sin embargo, fueron suficientes para dar lugar a un par de besos que redondearon el éxito. — MONTSALVATGE.

29 gener 1964

PALACIO DE LA MUSICA

«Asociación de Cultura Musical»

En la artística velada celebrada por «Cultura Musical» anteanoche en el Palacio de la Música fue protagonista el pianista Alejandro Uninsky. Para esta nueva declaración a los asociados de su pósticativo «virtuosismo» instrumental, el concertista seleccionó un programa de diversas modalidades estéticas, del que ofreció unas peculiares versiones pianísticas.

Uninsky dio principio a las interpretaciones de las obras en programa con «Tres Sonatas» —en Fa menor, en Si bemol mayor, y en Fa mayor—, de Scarlatti, cuyos clásicos procesos formales puso de relieve en sus depuradas traducciones instrumentales.

La interpretación que realizó el concertista de la «Sonata op. 31, número 3», de Beethoven procedió evidentemente acordada a su personal comprensión del planteamiento discursivo de la obra.

De ésta su característica versión beethoviana quedó mayormente acentuada su peculiar interpretación del primer tiempo: «Allegro». Su transcurso presentó libres oscilaciones metronómicas. Su mejor acierto interpretativo de los cuatro apartados de la citada «Sonata» fue, sin duda, su expresiva dicción del «Menuetto».

Unas exaltadas expresiones del romanticismo musical pregonado por dos de sus geniales adalides constituyeron las traducciones pianísticas ofrecidas por Uninsky de

«Novelette, op. 2», de Schumann —a la «manera orquestal» procedió su versión pianística de la fantástica «Novelette»; «ex toto corde» tradujo el «Impromptu op. 36», de Chopin, ofreciendo imponente manifestación el concertista de su tecnicismo pianístico en sus vivacísimas interpretaciones de «Dos Estudios», originales también del compositor polaco.

Con la interpretación de la poética suite, «Cuadros de una exposición», de Mussorgsky, —de cuyos títulos ofreció una policromada «exposición» al piano—, Alejandro Uninsky dio término a su interesante recital, que el numeroso concurso de asociados festejó con prolongados aplausos.

A. CATALA

29 gener 1964

ASOCIACION DE CULTURA MUSICAL ALEJANDRO UNINSKY, EN UN ESCOGIDO RECITAL DE PIANO

De nuevo hemos tenido entre nosotros al genial virtuoso del piano Alejandro Uninsky. Esta vez, con un programa de sugestivo interés musical, de factura ecléctica, donde la diversidad de escuelas se conjugó admirablemente con la significación de las obras escogidas.

En primer término, Scarlatti nos dio en las sonatas en "Fa menor", "Mi bemol mayor" y "Fa mayor" una pauta de la más entrañable raíz clásica, Uninsky, que es un gran músico —cualidad no siempre unida a la ejecutoria de un virtuoso de su clase—, interpretó la escritura del célebre maestro italiano según su peculiar sentido, cual corresponde al arte de quien tuvo la suprema virtud de adelantarse en mucho a su propia época como compositor.

La "Sonata Op. 31, núm. 3", de Beethoven, escrita bajo la doble influencia del clasicismo mozartiano y las exigencias inherentes a la dinámica romántica, tuvo en Uninsky al intérprete ideal para traducir al auditorio todo el auténtico fondo de la obra, destacando en su exacta proporción la coexistencia de ambos elementos.

De Schumann, escuchamos la "Noveleta Op. 2, núm. 8", página de profundos vuelos sinfónicos, en la que se advierte con meridiana claridad aquella sincera expresión del gran compositor alemán cuando manifestara que "el piano resulta muy reducido como medio de expresión de mis ideas". Verdadero alcance sinfónico posee esta obra, plétórica de vida y lírico acento. Uninsky, supo dárnosla según ese escrito y por ello hemos de calificar su versión como una de las mejores que hemos escuchado. Las líneas melódica surgió, de esta forma, recia, afirmativa y sublime, con vuelos no menos equilibrados de expresión y factura; cualidades éstas que también concurren en la versión que este gran pianista nos ofreció del "Impromptu en Fa sostenido menor", de Chopin, al que sucedió, en el orden del programa, la maravillosa sonoridad de dos estudios originales del famoso maestro polaco.

La segunda parte estuvo íntegramente dedicada a Mussorgsky. "Cuadros de una exposición" fue la obra escogida por Uninsky para darnos una personalísima versión de la música del gran compositor ruso. Personalísima interpretación, decimos, por cuanto que el "Bydlo", por ejemplo, se apartó notablemente de las versiones al uso, ya que atacó en régimen de "forte" el principio de este "cuadro", en lugar del "piano" con que siempre lo hemos escuchado y así lo hace Ravel en la orquestación que de esta obra magistral hizo por encargo del famoso Koussevitzki. Salvo esta particularidad interpretativa, pues, la versión de Uninsky transcurrió por entero dentro de la mentalidad espiritual de Mussorgsky, obteniendo del instrumento sonoridades de primera magnitud expresiva.

Al final de su actuación, Alejandro Uninsky fue largamente aplaudido por el auditorio, que llenaba por completo la sala del Palacio de la Música.

R. Bayod y Serrat